



La noche develada

La ciudad de México en el siglo XIX

**Lillian Briseño
Senosiain**



Ediciones
Universidad
Cantabria

LA NOCHE DEVELADA

La ciudad de México en el siglo XIX

Colección HISTORIA #135
Directora de colección: Ángeles Barrio Alonso



CONSEJO EDITORIAL

Dña. Sonia Castanedo Bárcena
Presidenta. Secretaria General, Universidad de Cantabria

D. Vitor Abrantes
Facultad de Ingeniería, Universidad de Oporto

D. Ramón Agüero Calvo
ETS de Ingenieros Industriales y de Telecomunicación, Universidad de Cantabria

D. Miguel Ángel Bringas Gutiérrez
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad de Cantabria

D. Diego Ferreño Blanco
ETS de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Universidad de Cantabria

Dña. Aurora Garrido Martín
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Cantabria

D. José Manuel Goñi Pérez
Modern Languages Department, Aberystwyth University

D. Carlos Marichal Salinas
Centro de Estudios Históricos, COLMEX

D. Salvador Moncada
Faculty of Biology, Medicine and Health, The University of Manchester

D. Agustín Oterino Durán
Neurología (HUMV), investigador del IDIVAL

D. Luis Quindós Poncela
Radiología y Medicina Física, Universidad de Cantabria

D. Marcelo Norberto Rougier
Historia Económica y Social Argentina, UBA y CONICET (IIEP)

Dña. Claudia Sagastizábal
IMPA (Instituto Nacional de Matemática Pura e Aplicada)

Dña. Belmar Gándara Sancho
Directora Editorial, Universidad de Cantabria

LA NOCHE DEVELADA

La ciudad de México en el siglo XIX

Lillian BRISEÑO SENOSIAIN



Ediciones
Universidad
Cantabria

Briseño Senosiain, Lillian

La noche develada : la ciudad de México en el siglo XIX [Recurso electrónico] / Lillian Briseño Senosiain. – Santander : Editorial de la Universidad de Cantabria, 2017.
188 p. – (Historia ; 135)

ISBN 978-84-8102-827-0

1. Ciudad de México (México) – Historia - S. XIX. 2. Vida nocturna - Historia.

94(725.2 M.)"18"

IBIC: HBTB, HBLL, 1KLCM

Esta edición es propiedad de la EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA, cualquier forma de reproducción, distribución, traducción, comunicación pública o transformación sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La colección *Historia* ha obtenido, en julio de 2017, el sello de calidad en edición académica CEA, promovido por la UNE y avalado por ANECA y FECYT.



Esta obra ha sido sometida a evaluación externa, aprobada por el Comité Científico y ratificada por el Consejo Editorial de acuerdo con el Reglamento de la Editorial de la Universidad de Cantabria.

- © Imagen de cubierta: Ana Cecilia Castillo Morfin
- © Cátedra Eulalio Ferrer
- © Lillian Briseño Senosiain
- © Editorial de la Universidad de Cantabria
Avda. de los Castros, 52. 39005 Santander
Tel. y Fax 942 201 087
www.editorialuc.es

ISBN: 978-84-8102-827-0 (PDF)

ISBN: 978-84-8102-826-3 (RÚSTICA)

Santander, 2017

Hecho en España - *Made in Spain*

SUMARIO

Introducción	9
I. El estudio de la noche	15
Los primeros destellos	19
Las primeras estrellas de la noche	22
De noche, no todos los gatos son pardos	24
La polifonía de la noche	26
El espacio nocturno en construcción	29
Los personajes nocturnos de la Ciudad de México .	30
II. La luna	35
Los sonidos del silencio	35
Iluminación de la luna	39
El lazo con el pasado	45
III. Algo de luz para las tinieblas	49
Luz más luz... ¿para qué?	55
Un rayito de luz, de luna o de fuego	58
De las velas a las lámparas	62
IV. Libertad o prohibición. Los personajes nocturnos ..	67
La seguridad nocturna	74
<i>Los serenos</i>	74
<i>Será el sereno, pero no se ve linterna</i>	80
<i>Noche de perros (o de lechuzas)</i>	83
Mujeres nocturnas	87

<i>Las noctivagas</i>	87
<i>Comadronas y parteras</i>	94
<i>Los otros trabajos nocturnos para las mujeres (y niños)</i> .	96
Otros actores nocturnos	100
<i>Los demás...</i>	100
V. La aventura de la noche (diversiones y salidas).....	105
¿Y qué hacía la gente de noche?.....	105
Los paseos nocturnos	109
Teatro	115
Las fondas, cafés y cantinas.....	118
Tertulias y fiestas.....	120
Billares y bailes	124
Parrandas, antros y albures.....	131
Verbenas, Carnavales, Semana Santa, Navidad, Día de Muertos y fiestas patrias.....	134
VI. Los miedos nocturnos.....	141
La Llorona y otros aparecidos	149
Lo negro de la noche.....	157
VII. Los espacios privados.....	161
Los velorios	168
Estudiantes	170
La noche creadora	172
Conclusiones	175
Fuentes	181
Bibliografía.....	181
Hemerografía.....	186

Introducción

Esta historia de la noche tiene su origen en una historia de la luz. De la luz eléctrica para mayor precisión, y de todos los desafíos que la humanidad debió recorrer para lograr alumbrar los espacios oscuros públicos y privados, que hoy en día es fácil apreciar desde una mirada satelital del planeta. En ella se puede observar cómo algunas zonas de la Tierra están prácticamente cubiertas por luces que se extienden como nervaduras por todos lados, y cuyo resplandor llega incluso al universo.

Para algunos autores esta situación ha llegado a tal exceso, que afirman que para la gran mayoría la experiencia de la noche se ha perdido y nunca la podrán revivir. Es decir, son muy pocos los hombres y las mujeres que trabajan, sufren o disfrutan en ambientes nocturnos carentes de electricidad en el siglo XXI. Por ello, por este derroche de energía y luminosidad en el que prácticamente todos los que vivimos en ámbitos urbanos estamos imbuidos, es que hemos perdido de vista que la noche, con sus características naturales y sus exigencias para habitarla, ha ido desapareciendo poco a poco del horizonte.

La noche pues, podría ser declarada, por muchos, como en peligro de extinción.

México no es la excepción en esta carrera por lograr la electrificación universal, que hoy alcanza a casi el 95 % de su población¹.

1 Véase la información que brinda la Comisión Federal de Electricidad, responsable del rubro en México. http://www.cfe.gob.mx/ConoceCFE/1_

Este reto inició hace poco más de 130 años, cuando se colocó en la Ciudad de México el primer foco de luz eléctrica, y a partir de entonces se han realizado grandes esfuerzos por ofrecer este recurso que hoy tiene una infinidad de aplicaciones.

La historia de la instalación de los primeros focos eléctricos en la capital data de 1880. Con esta odisea, se inició también el fin de vivir la noche como una experiencia totalmente dependiente de la naturaleza. Hasta ese año, la única forma de iluminar los espacios nocturnos era la luna, si es que ésta brillaba en el cielo, o bien, a través del uso de algún recurso ligado, indisolublemente, al fuego: antorchas, hachones, velas, lámparas de aceite, petróleo, gas u otro combustible.

De esta manera, la flama era la mejor aliada de la humanidad para tratar de dar algo de luz a la oscuridad que reinaba en el planeta cuando el sol o la luna no la alumbraban. Es decir, para iluminar la mitad del tiempo que abarca un día; para iluminar la noche que es, justamente, el espacio en el que se ha desarrollado la otra parte de nuestra historia como habitantes de este planeta.

La noche nos ha acompañado desde siempre, y por lo mismo, vivir en su entorno, sobrevivir en su oscuridad y convivir en sus horas negras, fue sin duda una extensión natural de las actividades diarias de sus habitantes.

Pero también lo fue tratar de ofrecer más luz a ese entorno, y por ello decía que esta aventura de la noche inició con el conocimiento de lo que fue la electrificación de la Ciudad de México, y de cómo se hicieron esfuerzos enormes por lograr que esta energía se pudiera producir, transmitir y aprovechar, constituyendo lo que podríamos decir fue una historia de éxito en cuando a desarrollo y modernización de infraestructura. De éxito porque para el año del Centenario de la Independencia, el país pudo presumir

que contaba con una de las presas hidroeléctricas más grandes y modernas del mundo, capaz de abastecer de energía a la capital para que ésta brillara como nunca.

Yo había estudiado y recorrido el camino de ida, el que la lógica definía como aquel que lleva a contar los procesos, los logros, los éxitos; en este caso dar luz a la noche y hacer la vida más confortable². Iluminar la oscuridad había permitido apropiarse de ese espacio/tiempo, prolongar los días y extender todas las actividades posibles. Significó incluso desafiar a la naturaleza ya que la humanidad podía controlar, en adelante, la presencia o ausencia de alumbrado a deshoras. Era el triunfo de la luz sobre las tinieblas, en sentido literal y metafórico.

Durante aquella investigación se hizo necesario profundizar en ese universo nocturno para poder contrastarlo con los «logros» que la nueva luz había alcanzado. Y con ello empezó a aparecer en el horizonte una historia que merecía también estudiarse, y que ofrecía información rica e importante sobre el pasado de México.

Cobré conciencia entonces de que en este ánimo por lograr el deseado progreso y alcanzar los niveles de desarrollo y modernización que ostentaban otros países, México –y el mundo de hecho– fue perdiendo una de las prácticas más cotidianas y compartidas de su población, que era el vivir y desenvolverse, quizá hasta cómodamente, en ambientes nocturnos y oscuros.

Surgió así el interés por conocer qué era lo que sucedía en México en las horas que van del crepúsculo al amanecer, cuál era la dinámica particular de las noches, quiénes eran sus principales actores y cuáles eran las actividades que se realizaban en su entorno. Este conocimiento sería fundamental para ampliar –o complementar– la visión que tenemos del pasado.

2 Véase Lillian Briseño, *Candil de la calle, oscuridad de su casa. La iluminación en la Ciudad de México durante el porfiriato*, México, ITESM-Porrúa, Instituto Mora, 2008.

Las fuentes que se utilizaron en aquella investigación para justificar la importancia y trascendencia de la electrificación para dar luz a las noches capitalinas, se convirtieron en fundamentales para entender ahora la vida de noche y el mundo nocturno que se desarrollaba en las horas negras. En aquellas en las que los «malosos» actuaban amparados por la oscuridad, y en las que los fantasmas y aparecidos hacían de las suyas; pero sobre todo, en las que muchos hombres y mujeres pasearon, trabajaron y gozaron durante el siglo XIX.

La historia cultural nos permitió acercarnos a esas experiencias y a esas noches habitadas y visitadas por actores anónimos, pero no por ello exentos de una historicidad que reflejaba hábitos, costumbres, tradiciones, creencias y prácticas –intrínsecamente nocturnas– que hoy sabemos existieron, que debemos rescatar e intentar develar en su significado o simbolismo.

En este sentido, *La noche develada. La Ciudad de México en el siglo XIX*, es un primer acercamiento a una historia cultural de la noche en el México decimonónico. Una que apenas empieza a descubrir algunas de las aristas más evidentes de la vida nocturna. Aquellas que son más visibles a pesar de su invisibilidad, las que son más mencionadas por las fuentes primarias, las que requerirán de una mayor profundización y las que sugieren otros muchos temas de investigación.

Pero era necesario lanzarse a la aventura de su estudio para, insisto, comenzar a reconstruir, conocer y entender una parte muy importante de nuestro pasado³. Para rescatarlo de la oscuridad de

3 Un avance de esta investigación se presentó en el *Seminario sobre la Ciudad de México* del Instituto Mora, en agosto de 2015. Por su parte, la revista *BiCentenario*, de la misma institución, publicó en su número 31, de septiembre de 2016, el texto «Sombras y nada más?» de mi autoría. Además, me encuentro coordinando, junto con el Dr. Daniel Pérez Zápico, una obra que integrará diversas visiones sobre la experiencia de la noche en Francia, España, Portugal, Colombia y México, con la participación de más de diez

su existencia, para que no se nos olvide lo que ahí sucedía, para que las fuentes no desaparezcan y para que ante el gran desafío de que la noche se encuentre en «peligro de extinción» por la omnipresencia lumínica, logremos recuperar cómo fueron esos espacios que hoy parecen tan lejanos. Con ello, espero poder contribuir en algo al conocimiento de la noche en México, un tema que hoy parece infinito.

El tiempo y las condiciones para avanzar en la investigación de la noche me lo concedió la Cátedra Eulalio Ferrer, ofreciéndome una estancia académica entre febrero y junio de 2016, en la hermosa ciudad de Santander en España. Agradezco enormemente a la Fundación Eulalio Ferrer por esta distinción.

La Universidad de Cantabria me hospedó brindándome todas las facilidades para que mi paso por sus edificios fuera grato, mientras que Manuel Suárez Cortina fue un anfitrión totalmente fuera de serie. Además del privilegio que ha sido aprender de su erudición —que siempre compartió con una generosidad y sencillez admirables—, me siento honrada de contar con un nuevo amigo. Él y Ángeles Barrio me ofrecieron su apoyo y solidaridad durante mi paso por aquellos lares, haciendo que mi estancia fuera realmente agradable. Vaya pues todo mi reconocimiento y cariño para ellos.

Agradezco también a los colegas del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Cantabria, con quienes tuve la oportunidad de compartir todos los días, y de manera puntual, un café en el que resolvíamos los principales problemas que aquejaban a España, a México e incluso uno que otro de más largo aliento. Quizá el mundo no se enteró de nuestros arreglos, pero qué bien que la pasamos discutiendo su futuro.

Y ya de este lado del Atlántico, la Escuela de Educación y Humanidades del Tecnológico de Monterrey me apoyó en todo momento para poder atender la distinción con la que me honró la Cátedra Eulalio Ferrer. Agradezco muy especialmente a los doctores Inés Sáenz, Dora Elvira García, Julio Rubio, Fernando Gutiérrez y Óscar de los Reyes, por su ayuda y por facilitarme el camino para poder realizar la estancia académica en Santander.

Mónica Cerda, Yessica Paulina Sánchez e Ivonne Charles formaron parte de uno u otro modo de este proyecto, vaya para ellas, también, mi gratitud y reconocimiento.

Por supuesto que todo esto no se hubiera logrado sin el apoyo incondicional y permanente de mi querida familia. Jorge, Jorge y Mauricio, me acompañaron en esta nueva aventura, respaldándome y echándome porras, como siempre lo hacen en cada uno de los proyectos que emprendo. Gracias a mis tres hombres por su amor, solidaridad y paciencia.

El estudio de la noche

La noche es la mitad de la vida, y la mejor mitad.
GOETHE

¿Qué sucedía en las noches mexicanas del siglo XIX? ¿Qué sabemos de la noche o de las prácticas nocturnas en el pasado? En un pasado que se antoja infinito desde el punto de vista de las noches atadas únicamente al ritmo de la naturaleza y a sistemas de iluminación dependientes de una flama.

El tema resulta apasionante. Estudiar la noche y la oscuridad en los albores del tercer milenio, genera más preguntas que respuestas. Significa sumergirse en un océano enorme de información apenas contemplada hasta ahora por la Historia.

Nos hemos dedicado a estudiar las actividades humanas, mayoritariamente durante el día o en espacios alumbrados artificialmente, pero no la noche en sí. No saber nada de «las horas negras»¹, sin embargo, es como no saber lo que sucedió en casi la mitad de nuestra historia.

El tema ha despertado interés en el siglo que corre en otras latitudes, pero no en México². Como si apenas ahora cayéramos en la cuenta de que se nos pasó de largo el estudio de buena

1 Así llama Simonne Delaire a este periodo del día en su libro *Les douze heures noires. La nuit à Paris au XIXe siècle*, Paris, Albin Michel, 2000.

2 Particularmente en Francia, Alemania e Inglaterra, en donde se han hecho diversas investigaciones que estudian la noche como sujeto histórico, las

parte de nuestro pasado. Se nos olvidó que el día tiene 24 horas y perdimos de vista lo que sucedió en las que van del crepúsculo al alba; del toque de queda al de laudes³ en el mundo católico. Es momento de acercarnos a ese tiempo «olvidado» que oculta en sus sombras una historia mucho más rica y luminosa de la que imaginamos.

Como toda investigación, ésta tiene muchas aristas por las que se puede abordar su estudio. Hacer una historia de la noche, es tanto como hacer una del día, en donde todo puede pasar de manera potencial. Y así como se presume que hay ciertas actividades que son propias del lapso que va del alba al ocaso, también se ha creído que en las que corren del crepúsculo al amanecer lo natural fue, desde siempre, que la gente descansara de las labores de la jornada y durmiera. Lo más fácil era pensar que no pasaba nada en las noches, o incluso ignorar que algo pudiera suceder entonces.

Esta asunción ha dado por resultado que la noche se imagine como un espacio de horas perdidas o «muertas» en el que no hay mucho qué hacer y, por lo mismo, poco que contar. Ha sido un tiempo del que poco sabemos y casi nada investigamos porque ¿qué se puede decir de ese ámbito en el que se cree que la gente sólo duerme?

Se supone que el cuerpo ha vivido acostumbrado a una cotidianidad nocturna ligada al descanso por cuestiones pragmáticas, biológicas y culturales. Sin luz no se puede hacer mucho y es un entorno adecuado para relajarse en la oscuridad y el silencio. Además, el ritmo circadiano determina el que las personas, los animales y las plantas, se ajusten de manera natural a la presencia o ausencia de la luz solar que regula sus patrones de sueño. Así, la noche era el espacio perfecto para dormir. Es por ello que

prácticas que se hacían en su contexto y el imaginario que las acompañaba. Más adelante se mencionarán los estudios.

3 Las campanas tienen su propio lenguaje, no tan fácil de comprender ya que cambia su significado según el lugar y el siglo en el que se presentan.

se asumió que la gente descansaba el mayor tiempo posible y se borraba prácticamente de cualquier actividad, sin nada más que decir al respecto.

Ahora sabemos que sí hay mucho qué contar sobre la vida nocturna. Incluso podría resultar que, aunque se durmiera, en tiempos pretéritos los patrones de sueño fueron diferentes a los que tenemos y estuvieron divididos en dos grandes periodos, separados por una hora en la que la gente realizaba diversas actividades. Roger Ekirch ha mostrado que en Europa la gente interrumpía su sueño de manera cotidiana: «Families rose to urinate, smoke tobacco, and even visit close neighbors. Many others made love, prayed, and, most important historically, reflected on their dreams, a significant source of solace and self-awareness»⁴.

Algo así pudo haber pasado en México en el siglo XIX, ya que en diversos textos de la época aparecen ejemplos de actividades nocturnas que dan fe de que la vida, no era sólo sueño.

Sabemos que, a pesar de todas las incomodidades o impedimentos que la oscuridad representaba para la población desde una perspectiva actual, es un hecho que existían hábitos y prácticas que daban vida a las noches⁵. Y aunque ubicaremos en términos cronológicos los milochocientos en México, la noche tiene su propia historicidad, no a partir de hechos o siglos, sino de prácticas, de experiencias y, también, del sistema de iluminación

4 Roger Ekirch, *At day's close. Night in times past*, New York, Norton & Company, 2006, loc. 244 (de la versión electrónica, sin paginación para el «Prelude»).

5 En lo que vendrían a ser las noches de las sociedades preindustriales, entendiéndose como aquellas en las que la Revolución Industrial no se ha desarrollado. Para el caso de México, este proceso tendría un gran desarrollo en el último cuarto del siglo XIX durante el Porfiriato, cuando se dio un gran impulso a la introducción y extensión de los ferrocarriles, la electricidad y la producción en serie. Es relevante que sea así, porque fue entonces cuando se extendió el alumbrado eléctrico por la capital, y con ello se inició el fin de la experiencia de la noche atada a una iluminación con fuego o flama.

utilizado: el fuego o la electricidad; la flama o el foco. Ambos sistemas compartirán espacios en la capital decimonónica, permitiéndonos comparar dos realidades que tenían un mismo fin: la conquista de la noche.

La vida nocturna tuvo tal importancia para la sociedad, que si uno busca en la Hemeroteca Nacional Digital de México las entradas para las palabras día y noche, en los periódicos digitalizados correspondientes a Distrito Federal entre 1800 y 1900, se obtienen las siguientes cifras:

DÍA:	429,511
NOCHE:	211,014 ⁶

La mitad de las referencias corresponden a la palabra noche, lo que suscribe la importancia de saber a qué se referían o de qué se hablaba cuando la mencionaban.

Lo que es seguro es que algo pasaba en ese contexto asociado al momento en el que el sol se ocultaba en el horizonte, entre las 7 y las 8 p. m. aproximadamente en el caso de México, y que en aquel siglo las campanas de la iglesia marcaban con su tañer. Ellas eran las responsables de ir anunciando las horas, siendo el toque de ánimas a las 8 p. m., la referencia para dar por terminado el día, y el toque de queda, a las 10 p. m., para suspender –en teoría– la mayoría de las actividades. Y aunque muchas personas se retiraban entonces a sus hogares para pasar la noche, otras tantas actuaban en la oscuridad.

Son esas prácticas las que han abierto la necesidad de investigar para conocer más sobre la dinámica nocturna, así como de las estrategias que desarrolló la población para convivir con la oscuridad y salir airosa noche tras noche.

6 Ambos registros al 3 de enero de 2017. Recuperado de: <http://www.hndm.unam.mx/index.php/es/>.

Ellas son ejemplo, también, de la convivencia con un mundo que se supone perdido en la actualidad, ya que si bien la humanidad ha caminado toda su vida a tratar de conseguir que la luz impere sobre la negrura nocturna, esa luz ha terminado con la oscuridad y los momentos a los que ésta daba lugar: a la experiencia de la noche con sus propios ritmos y mitos⁷. Uno de ellos, el que asocia de manera natural y simbólica al día con la vida y a la noche con la muerte, generando por ello, quizá, esta sensación de ausencia y vacío que no motivaba su estudio.

A lo largo de esta historia aparecen muchos personajes que hacen de la noche su lugar ideal de trabajo, y de algunos de ellos se hará una mención especial. En todos los casos se tratará de resaltar la importancia de que sea en ese tiempo, en dónde se desempeñan; es decir, no se hará un estudio de los serenos o las prostitutas, sino de cómo la noche es el escenario en el cual ejercen. Así pues, la gran protagonista de este texto será la noche.

LOS PRIMEROS DESTELLOS

Algunos pasos se han dado ya para profundizar en el conocimiento de la noche y lo que ésta significaba. De hecho, el tema ha despertado interés en otras latitudes, siendo pioneros en su estudio los textos *Disenchanted night* de Wolfgang Schivelbusch (1995)⁸ o *Histoire de la Nuit* de Alain Cabantous (1997). Estos se han complementado con las investigaciones de Simone Delattre,

7 Jean Delumeau explica algunas de las razones que han generado los temores nocturnos en la historia, «el malestar que engendra en el hombre la llegada de la noche y los esfuerzos de nuestra civilización urbana por hacer retroceder el dominio de la sombra y prolongar la luz mediante una iluminación artificial». *El miedo en occidente*, México, Taurus, 1989, p. 143.

8 Para una mejor ubicación temporal de los textos citados en esta obra, se incluirá la fecha de la primera edición justo después de la primera mención de cada título. En la bibliografía se incluye la edición consultada para este estudio.

Les douze heures noires. La nuit à Paris au XIXe siècle (2000), Roger Ekirch, *At day's close. Night in times past* (2006), Craig Koslofsky, *Evening's empire. A history of the night in early modern Europe* (2011), Jane Brox, *Brilliant: the evolution of artificial light* (2013) y Paul Bogard, *The end of night. Searching for natural darkness in an age of artificial light* (2013)⁹. Estos libros ofrecen aristas muy sugerentes de búsqueda e interés para los historiadores.

En ellos se aborda el tema a partir de diversas vertientes: la comprensión de la noche como un espacio peligroso, sagrado o de libertad; la historia de los diferentes medios para iluminar y dominar la oscuridad; las estrategias desplegadas para convivir con ella. Las prácticas y ciclos que involucran los patrones de sueño y los sonidos de la noche; la mitología –con su reina Lilith–, las supersticiones –los gnomos– y los miedos –al coco–. La posibilidad de ver y la adaptación de la visión nocturna a la oscuridad así como el comportamiento de ciertos animales –búhos, murciélagos, luciérnagas–, o de las flores y plantas en ese entorno. El estudio de las mareas pero también de los barcos y los marineros que navegan durante las noches, la manera de orientarse y los peligros que implicaba la incapacidad de ubicar la costa. El impacto sobre el medio ambiente por la deforestación, caza de animales y ballenas o cultivo de abejas, para la elaboración de antorchas y velas de sebo, esperma¹⁰ o cera, respectivamente.

9 Véase la ficha completa de todos estos autores en la bibliografía final. Podríamos agregar a la lista el libro de Carlo Ginzburg, *Historia nocturna*, Barcelona, Muchnik Editores, 1991, en el que hace un análisis de cómo se expande la cultura del aquelarre en Europa a partir de la Edad Media, y también el de Jean Delameau, *op. cit.*, quien dedica un breve pero significativo apartado a «El miedo en la noche», pp. 139-154.

10 Según la *Wikipedia*: «El espermaceti (del griego *sperma*, semilla, y latín *ce-tus*, ballena) o (esperma de ballena) es una cera o aceite blanquecino, que se conoce también como «blanco de ballena»; está presente en las cavidades del cráneo del cachalote (*Physeter macrocephalus*) y en las grasas vascularizadas de todas las ballenas.» Recuperado de: <https://es.wikipedia.org/wiki/Espermaceti>.

Los peligros reales que significaba el andar, trabajar o salir en la oscuridad. La vida que le daban las «mujeres de noche», las riñas, los asaltos y los mendigos. Los trabajos nocturnos legales, proscritos o tolerados. El incremento de los asaltos cuando las noches son más largas. Los olores propios de las horas sin sol en las ciudades, exacerbados por la mugre, las «aguas» y los desechos. La importancia de los sentidos del olfato, el tacto y el oído, y la relación de la noche con los cuatro elementos: el fuego, el viento, la tierra y el agua.

La noche vista como un espacio de trasgresión; como una prolongación del día, o como su terminación; como la ausencia de luz o la posibilidad de la observación de los astros. La noche con su propia lógica y tiempos naturales¹¹. La noche como el espacio dominante en un mundo sin luz artificial¹² para toda la humanidad en la mayor parte de su historia. La noche con su propia historicidad no atada a procesos políticos o sociales. La noche que amenaza o que encubre. La noche como sinónimo de recogimiento y de descanso; de solaz y esparcimiento; de rezos y de brujería. La noche con el silencio de las campanas y el pregón de los serenos; con sus propias reglas y reglamentos. La noche con el poder de las velas y el valor del fuego. La noche y la importancia de la memoria en la oscuridad. La noche como espacio de descanso y de alerta; de sueño y vigilia; de infinito y prisión; de encierro y familia; de celebración y baile; de fantasía y hechizos.

La noche indisolublemente asociada a la luna, la gran reguladora de las actividades nocturnas. La noche como el momento ideal para apropiarse del conocimiento del universo, y quizá por ello, proscrito para que cualquiera pudiera salir en la oscuridad, observar el cielo e «iluminarse».

11 En espacios sin relojes, el valor de la observación de las estrellas o la luna era fundamental.

12 Nos referimos a luz no eléctrica específicamente, pues se entiende que el fuego siempre ha cumplido con esa función.

La noche como un espacio temporal donde todo puede suceder.

LAS PRIMERAS ESTRELLAS DE LA NOCHE

Los estudios mencionados, sirven de guía e inspiración para iniciar la investigación sobre la noche en México. Un tema, tiempo, espacio o momento prácticamente olvidado, pero del que –y sobre el que– hay mucho que decir como se ha visto.

La información que se tiene de las que alguna vez fueron noches oscuras es amplia e involucra una variedad increíble de temas. Ellas aparecen retratadas en fuentes que recogen sucesos, experiencias, narraciones fantásticas, partes policiales o crónicas de toda índole. Y aunque no se refieran precisamente a la noche como tema de estudio, hablan de lo que sucedía en esas horas recuperando historias que se pueden perseguir y reconstruir. Historias que aprovechan su velo para escabullirse, obligando en ocasiones a realizar una revisión o lectura entre líneas, o bien descubrir por aproximación, eliminación u oposición, los hilos que permiten hilvanar las experiencias de las noches decimonónicas.

Un acercamiento a este mundo nos lo ofrecen autores que hicieron de la noche el escenario para describir experiencias y sensaciones que enriquecen su conocimiento.

Desde el ámbito de la literatura, Joaquín Fernández de Lizardi, Manuel Payno, Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Gutiérrez Nájera, Rafael Delgado, Rubén M. Campos, Ángel de Campo, Federico Gamboa, Heriberto Frías y Carlos González Peña entre otros, trataron el tema, escribieron crónicas o narraron historias que se desarrollaban en las noches capitalinas, ofreciendo valiosa información sobre esas horas y su conceptualización.

Algunas de sus novelas –de corte romántico, costumbrista, realista o naturalista–, como *Noches tristes, días alegres* (1818), *Monja y Casada, virgen y mártir* (1868), *Clemencia* (1869), *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891), *La Calandria* (1890), *Los Fuereños* (1890), *Baile y Cochino* (1889), *La Rumba* (1890-1891), *Santa* (1903), *Claudio Oronoz* (1906) o *La Chiquilla* (1907), describen situaciones y actividades que se desarrollaban en plena noche con sus respectivos riesgos o cuidados¹³.

Particularmente importantes resultan los textos «El crepúsculo de la ciudad» (1851) y «México de noche» (1852) de Francisco Zarco; *México viejo* (1909) de Luis González Obregón; y *El libro de mis recuerdos* (1904) de Antonio García Cubas¹⁴. Además, se publicaron diversas noticias y anuncios en los diarios, que daban cuenta de acciones, eventos o peligros; de conocimientos, experiencias, sensaciones, percepciones y habilidades que tenían lugar en las noches decimonónicas, y que así fueron narrados con toda la intención de suscribir que se realizaban en la oscuridad¹⁵.

13 Muchas de estas fuentes ayudan lo mismo a documentar el mundo nocturno iluminado con sistemas asociados a la flama, que con aquellos que utilizarán electricidad. De hecho, es la confrontación de estos universos, la que enriquece la posibilidad de identificar los rasgos distintivos de una y otra época.

14 Francisco Zarco, *Escritos literarios*, México, Porrúa, 1980. Ambos textos de Zarco aparecieron originalmente en *La Ilustración Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1851-1855, 5 tomos. Luis González Obregón, *México viejo*, Librería de Ch. Bouret, 1900. Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Imprenta de Arturo García Cubas, Hermanos Sucesores, 1904.

15 Para el caso de la Ciudad de México, en mi libro Lillian Briseño, *op.cit.*, trato el tema de la electrificación de la capital, para lo cual, fue necesario trabajar el espacio y las prácticas nocturnas que se vieron afectadas por el proceso de industrialización que vivió el país a partir de la década de los ochenta del siglo xix.

Estas fuentes, en conjunto, amplían el universo de estudio y sugieren rutas de investigación para conocer comportamientos y prácticas, hábitos y costumbres nocturnos en México. Ilustran este espacio de recogimiento o libertad, al igual que los temores, precauciones e incertidumbres que la noche ofrecía a los trasgresores de sus fronteras, a los que se aventuraban a salir y andar en ese ámbito oscuro o alumbrado –con lumbré–; triste o alegre; silente o ruidoso; bullicioso o solitario; finito y eterno.

DE NOCHE, NO TODOS LOS GATOS SON PARDOS

Al hablar de esta realidad, nos sumergimos en el conocimiento de un entorno con características peculiares que exigió a la población desarrollar habilidades únicas para poder convivir y sobrevivir en condiciones complejas.

Es cierto que la noche no siempre es oscura por completo. La luna ilumina total o parcialmente a la tierra durante varios días al mes, llegando a su clímax durante el plenilunio. En su lado opuesto, cuando el astro se encuentra en su fase de luna nueva, la noche se convierte en un espacio oscuro y amenazante, por lo que es necesario neutralizarlo. Para ello, desde que fue posible controlar el fuego, la sociedad se ha enfrentado a esta oscuridad con algún tipo de iluminación artificial: antorchas, velas o lámparas de aceite, resina, petróleo.

La poca o mucha, mala o buena luz que éstas emitían, debía ser suficiente para permitir alguna sociabilidad, pero sobre todo, para favorecer aquellas actividades indispensables para la supervivencia y que se tendrían que mantener a pesar de la escasa o falta total de iluminación.

Vivir así implicaba saber desenvolverse en la oscuridad y desarrollar todas las habilidades posibles para convivir con sus bondades y peligros. Para lograrlo, los sentidos desempeñaron un papel estratégico, agudizándose para estar atentos al entorno

y así poder ver, escuchar, saborear, oler o sentir en ambientes sin luz. Esto permitió que la gente reconociera los sonidos, las sombras y las imágenes, y detectara los diferentes sabores y sensaciones, ya fuera entre sombras o en la más absoluta negrura, dejándose llevar por la memoria, el instinto, la imaginación o por la intuición de los animales. García Cubas narra una experiencia nocturna de esta manera: «sumergidos en la lobreguez de la noche, nada podíamos distinguir, y caminábamos a discreción de los caballos. El sonido que producían las herraduras de los animales al resbalar en la pendiente pedregosa, y el confuso ruido del agua que se agitaba bajo nuestros pies, nos causaban a cada momento grandes sobresaltos, como que allí existía un antro profundo y peligroso que no podía distinguirse, pero que se revelaba por los ecos lejanos del torrente»¹⁶.

No es difícil imaginar la impresión que provocaba el escuchar un ruido en plena oscuridad y no poder distinguir si era una rama que se quebraba o un animal al acecho. Pero por otro lado, los sonidos permitían que la gente se pudiera orientar en los espacios e identificar la cercanía o no de una ciudad, del mar o de un bosque, a partir del bullicio, del ritmo de las olas o de los murmullos. Los olores servirían igualmente para ubicar el entorno y definir si uno se encontraba en un sembradío o entre el ganado. A través del sentido del gusto, se reconocería la comida que no se alcanzaba a ver pero que igual se saboreaba. El tacto, por su parte, sería fundamental en un mundo ciego para percibir las texturas del entorno, diferenciar una planta de un animal e incluso para caminar en «cuatro patas» como una forma de reconocimiento del camino.

La vista, que es quizá el sentido más importante en el siglo XXI, no lo fue tanto en aquellas noches, en las que lo realmente valioso era aprender a vivir sin ver.

16 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 576.

LA POLIFONÍA DE LA NOCHE

Este no poder ver ha generado que, con poca o nula iluminación, la noche se asocie con la oscuridad, siendo éste su rasgo más distintivo. Al binomio noche/oscuridad hay que agregar que la ausencia de luz adquiere rasgos simbólicos que se ligan con situaciones negativas. Y así como, metafóricamente la luz es sinónimo de inteligencia, nacimiento, ciencia, ilustración, claridad y hasta del paraíso, la oscuridad sugiere vacío, ausencia, tinieblas, sombras, malignidad, peligro y muerte, entre otras posibilidades.

La noche genera pues, sus propios ritos, mitos y leyendas, convertido en un espacio proclive para que la fantasía se haga presente. Es el momento adecuado para que brujas, fantasmas, monstruos, duendes y hadas aparezcan. Desde el «coco» hasta mismísimo diablo, se encuentran «cómodos» en la oscuridad nocturna.

Conviviendo con el mundo mágico, las sombras dan refugio a los personajes proscritos de la sociedad que aprovechan la negrura para actuar en la clandestinidad de la noche: mendigos, vagabundos, ladrones y prostitutas, ejercen ahí sus «profesiones».

Pero las noches no son sólo el dominio de lo malo, y ellas se constituyeron asimismo como el tiempo ideal para practicar la contemplación y el recogimiento; para el misticismo necesario que permitía entrar en contacto con Dios y con uno mismo. Estas prácticas habrán estado mucho más extendidas en el mundo occidental, antes de que la población secular se apropiara de los espacios nocturnos y les diera, quizá, otros o más significados. En todo caso, el imaginario colectivo le brindaba a la noche una atmósfera de misticismo e intimidad en la que todo podía suceder.

Y en esta suma de interpretaciones, surge una más, esta vez como el tiempo y el espacio ideal para la libertad de los individuos, en contraposición de la observación permanente que

permite la luz del día. Debemos recordar que en el ámbito preindustrial, la mayor parte de las personas viven en pueblos, villas o ciudades pequeñas, donde una de las condiciones más importantes es la codependencia de sus habitantes para sobrevivir a partir de la ayuda, el intercambio o el comercio. En estos lugares, prácticamente todos se conocían y necesitaban, y también se observaban. Las noches se convertían de esta manera, en un resquicio de libertad para poder hacer sin ser observado; no veo pero nadie me ve. En este sentido, la noche liberaba a las personas y les permitía ingresar a su pequeño e incipiente, pero valiosísimo, mundo privado.

A todas estas interpretaciones habrá que sumar aquella ligada al trabajo nocturno que realizaban diversos actores de manera obligada o necesaria: marineros, pescadores, panaderos, parteras, médicos, comerciantes, transportistas o meseros, por mencionar sólo algunos.

De esta forma, la lectura de la noche se multiplica y enriquece. Al uso natural que se le confiere para el descanso, se agrega el de la fantasía, la trasgresión, el recogimiento, la libertad o el trabajo. Y poco a poco, conforme se depuraron los sistemas de iluminación, apareció en el escenario un nuevo horizonte nocturno ligado esta vez a las diversiones: bailes, teatro, juegos y tertulias, que dieron otro sentido a las horas llamadas, hasta entonces, muertas.

La noche se descubre así como un espacio vital y polifónico, con una dinámica propia y múltiples voces que pueden contar experiencias diversas. Complemento del día en su faceta oscura, en su entorno se desarrollaron acciones que merecen ser conocidas como parte de esa otra mitad de la historia que se mantuvo, hasta ahora, casi desconocida. Una historia en donde lo importante será descubrir las estrategias desarrolladas por la humanidad para vivir en su entorno.

Es por ello que la partitura de la noche es una composición a muchas voces, cada una de las cuales enriquece el conocimiento que tenemos sobre las horas que van de las 8 p. m. a las 6 a. m.¹⁷ aproximadamente, y sobre la forma en la que éstas eran apreciadas y vividas por la población. Estudiarlas se antoja apasionante y ambicioso; y la noche se descubre, asimismo, como un espacio inmenso y prometedor de historiar. Tantas horas por tanto tiempo desestimadas son un desafío enorme; máxime cuando hoy sabemos que sí hubo una vida nocturna y que ésta involucró una variedad de temas interesantes y atractivos.

El escenario y el tiempo que comprende este estudio es la Ciudad de México en el siglo XIX, pero la periodización se puede llevar tan atrás como se quiera. Esto, porque no debemos olvidar que desde siempre y hasta la llegada de la electricidad en 1880, la gran mayoría de la humanidad vivió y experimentó la vida nocturna de una manera diferente a como se asume en la actualidad. Lo hizo en la más completa oscuridad, o iluminada por el reflejo de la luna, o bien ligada de manera irremediable a la luz que emitía el fuego.

El reto es develar ese universo oculto en la oscuridad pero no por ello inexistente, y aventurarnos a reconstruir, por lo pronto, cómo fueron las horas negras del siglo XIX y empezar a escribir así la historia de la noche. Historia de la que aquí se ofrecen algunas pinceladas que permitirán empezar a iluminar nuestro conocimiento de esa oscuridad nocturna.

17 Aunque en realidad puede ser que sea hasta las 3 o 5 a. m., que es cuando de una manera natural canta el gallo. Este fenómeno sucede en todas las regiones del mundo, y en un mundo en el que la población no contaba con relojes, su canto anunciaba que el amanecer se encontraba próximo. De cualquier forma, definir una hora precisa es difícil, pues el amanecer abarca desde las 3 hasta las 6 a. m.

EL ESPACIO NOCTURNO EN CONSTRUCCIÓN

¿Qué sucedía en la Ciudad de México en las noches previas a su electrificación, lograda hacia 1900, cuando el Ayuntamiento presumió que la capital estaba –por fin– totalmente electrificada?

La Ciudad de México, capital política, centro neurálgico y protagonista de los principales eventos económicos, sociales y culturales del país, es un buen escenario para iniciar la búsqueda de las prácticas nocturnas, debido a que es ahí donde se puede apreciar y documentar el tránsito de una localidad alumbrada sólo por cualquier medio ligado indisolublemente al fuego, a una iluminada con focos eléctricos, proceso que inició hacia los años ochenta del siglo XIX. Esta circunstancia permite percibir de manera clara el antes y después de un momento clave de la historia.

Al igual que todas las ciudades, la de México tiene su propia historia que contar. En ella, la de la noche contribuirá a entenderla mejor, pues la vida que se suscitaba en las horas que van del ocaso al alba, presentaban una actividad particular que contribuyó a que la capital se convirtiera en un lugar atractivo para muchos. Algo pasaba en ella bajo la vigilia de la luna o el amparo de la oscuridad, haciendo de esta urbe no un espacio muerto sino con diversas actividades lícitas o clandestinas que involucraban a más de un sector.

En el siglo XIX su población creció considerablemente, y diversos autores se aventuraron a hacer un cálculo sobre su número. De acuerdo con estas aproximaciones, para 1803 habitaban la Ciudad de México cerca 137 mil habitantes; 200 mil hacia los años cincuenta; y casi 350 mil al cambio de siglo¹⁸.

18 «Población de la Ciudad de México de 1790 a 1930. Cuadro 1.4.2», en *Estadísticas históricas de México*, México, Instituto Nacional de Estadística e Informática, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Sociedades Público-Privadas, 1986, t. 1, p. 31, *apud.*, en Hira de Gortari y Regina Hernández, comps., *Memoria y encuentros: la Ciudad de México y el Distrito Federal*

Como se puede apreciar, y debido a diversas situaciones como la migración a la capital, las políticas económicas y de salubridad aplicadas, y el aumento en la esperanza de vida, la población se incrementó en forma considerable durante el periodo, por arriba del 100 %. Con ella, ascendió también la demanda de servicios y las oportunidades de trabajo, muchos de ellos nocturnos. Así, un buen número de habitantes de la Ciudad se ocuparon en empleos relacionados con la salud, el abasto, el comercio y los transportes nocturnos, a los que se agregaron algunos nuevos como aquellos que las diversiones requerían.

LOS PERSONAJES NOCTURNOS DE LA CIUDAD DE MÉXICO

La noche descubre a una serie de personajes imaginarios o reales que habitaban la capital, algunos bien conocidos en la cultura popular, como el «coco» o los serenos, que hacían de las horas oscuras su ámbito de «trabajo». Pero también aparecen en los diarios y en la literatura actores o referencias a ese México nocturno decimonónico en escenas que hoy nos son irreconocibles.

¿Qué son las «lechuzas», las «juileras», las «pateras», los «neveros» o los «quimeristas» que amenazan a la gente en las noches? ¿A qué se refieren los dichos: «entraba a pasear la luna», «esa noche todos estaban trompetos», «se anochece sin blancas y se amanece como principal» o «paciencia piojos que la noche es larga»? ¿Quiénes eran los ensebados y endiablados? ¿Por qué aparecen muchas

(1824-1928), México, Departamento del Distrito Federal, Instituto Mora, 1988, p. 270. De acuerdo con los datos que da el Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEGI) para el Distrito Federal –del que la Ciudad de México formaba parte– su población total se comportó de la siguiente manera: 474 mil para 1895; 541 mil para 1900 y 720 mil para 1910. INEGI, volumen y crecimiento. Población total por entidad federativa, 1895 a 2010. Recuperado de:
<http://www3.inegi.org.mx/sistemas/sisept/Default.aspx?t=mdemo148&s=est&c=29192>.

noticias que refieren hombres desnudos en las noches capitalinas? ¿Por qué la encubridora oscuridad sirve lo mismo para lo prohibido que para lo permitido pero que no se debe ver ni compartir; lo que queda restringido al ámbito privado, como la «noche de bodas» o «la noche de amor»? ¿Qué debemos entender cuando se trataba de «quitar paño a una mujer»? ¿Por qué los serenos mataban a los perros? ¿Cuáles era las prácticas comunes a «deshoras» y quiénes eran sus protagonistas? Algunas de estas preguntas se irán respondiendo conforme se descubra cómo funcionaba la Ciudad de México y cómo era su ciclo en el que de manera natural entraba la noche, y qué sucesos transcurrían entonces.

Las leyendas también fueron parte importante de la noche decimonónica y de las creencias populares, como las muy conocidas de la Llorona o La calle de Don Juan Manuel, donde este personaje, invadido por los celos y malaconsejado por Lucifer, asesinaba a quienes pasaban frente a la casa de su mujer a las once de la noche, no sin antes preguntarles la hora. Al responderle, les decía «dichoso aquel que sabe la hora de su muerte».

El toque de ánimas que anunciaban las campanas de las iglesias, se daba a las 8 de la noche estableciendo el fin de la jornada laboral, mismo que a las 10 p. m. debía ser casi total e iniciaba el «retiro» de los espacios públicos, salvo para aquellos que *ex profeso* tuvieran alguna actividad, que hoy sabemos eran muchas.

Si bien la mayoría de los oficios terminaba, algunos más, como los peluqueros, meseros, boticarios y dulceros extendían sus horarios, mientras que, en un momento dado, los guardias daban paso a que los serenos se encargaran de la vigilancia nocturna.

Los lugares públicos –cafés y fondas– se llenaban de gente a la hora del crepúsculo. Los teatros, los restaurantes, las calles, el zócalo y la alameda se volvían centros de reunión para diversos sectores sociales a quienes la noche y sus claroscuros no disuadían del divertimento. También habitaron la noche todos los trabajadores asociados con estas labores: meseros, actores y

gente de limpieza, a quienes se les sumarían algunos otros que ejercerían sus «profesiones» en este ambiente: prostitutas, limosneros y rateros.

Es posible que el comportamiento de la Ciudad de México fuera un tanto anómalo dentro del contexto nacional, considerando que las diversiones –teatros, bailes, tertulias– habrán sido más recurrentes en el espacio capitalino dada su numerosa población. Sin embargo, esto no debió ser así para quienes trabajaban de noche, ya que las necesidades del día a día eran igualmente cubiertas en ciertos aspectos por aquellos que laboraban noche a noche, en la oscuridad o bajo el amparo de la luz lunar en todo el país. De cualquier manera, si algo sucedía y si había algún lugar en el país donde la vida nocturna se haría presente, sería en este contexto.

Vivir de esta manera no debió haber sido fácil. Guillermo Prieto dio fe de lo que implicó vivir y salir a oscuras en la capital, donde según él, los miembros del Ayuntamiento «suponen los mármoles en el centro, siquiera andadores en algunas calles, hoyancos en que se rompe la crisma un cristiano, y eso en calles no muy apartadas, y *suponen* un destello de luz de aceite o una rajilla de ocote, para que la prostitución, el robo y el asesinato no cuenten con un pasaporte de impunidad en cada vericuelo.»¹⁹. Suponen pues, que podían con esa tímida luz impedir que los personajes nocturnos circularan.

Ángel de Campo abonó información de este escenario nocturno y de las condiciones de la Ciudad. Para él: «todos los barrios extraviados se parecían como dos gotas de tinta: tenebrosos, con callejuelas tortuosas que tenían algo de la plegadura de las serpientes en acecho, y como caños intrincados desembocaban en una plazuela sola, triste y grande, poblada de flacos perros

19 «[Mujer hermosa, susto perpetuo]», publicado originalmente en *El siglo XIX*, 21 de enero de 1878, *apud. Obras Completas de Guillermo Prieto III, Cuadros de costumbres 2*, México, CONACULTA, 1993, p. 13.

espectrales; al frente o a la derecha o en medio, una capilla ruino-
sa o un templo destartalado; las aceras aquí y acullá enrojecidas
por el efímero fulgor de una lámpara votiva, de una candileja
mortecina, de una lumbrada de ocotes o de astillas apolilladas
que alimentaban el fuego de un anafre de barro con caldeado
comal»²⁰.

Ambos autores dejaron constancia de la mala calidad de luz
que brindaban las autoridades y que en teoría serviría para pro-
teger a los vecinos. A pesar de estos testimonios, la gente salía
en las noches, y lo hizo de manera creciente durante ese siglo
confirmando que, con luz o sin luz, la Ciudad de México no sólo
dormía en las horas negras²¹.

20 Ángel de Campo, *La semana alegre, Tick-Tack*, intr. y recop. Miguel Ángel Castro, México, UNAM, 1991, semana 62, p. 266.

21 Cuando la noche terminaba, se iniciaba otro ritual. Entonces «en el vago reflejo del frío temblaban las sombras, se desvanecían los contornos de las casas, y una puerta aquí, una tos allá, un paso cansado más lejos, iniciaban el movimiento de las diarias faenas.» Ángel de Campo, *La Rumba*, (1890-1891), México, Porrúa, 1969, p. 288.

II

La luna

*¡Era una noche de luna,
noche hermosa de amor, de poesía y de expansión!*

JOSÉ DÍAZ COVARRUBIAS, *La clase media*

LOS SONIDOS DEL SILENCIO

Hasta bien entrada la noche, en la madrugada o antes de que despuntara el día, hay evidencias suficientes para afirmar que en mayor o menor grado, se desarrollaban en esas horas diferentes actividades relacionadas con la socialización, algunos oficios y las diversiones, lo que da fe de que la gente sabía desenvolverse en las condiciones de oscuridad que la naturaleza imponía.

La falta de luz natural, intrínseca a la noche, se neutralizaba de alguna manera cuando la luna iluminaba a la Tierra, lo que obligaba a la población a estar pendiente de sus diferentes fases para viajar, trasportarse, trabajar o salir de manera más segura.

Pero las fuentes indican que las actividades no se limitaban por la presencia o no del astro en el cielo dadas las múltiples necesidades de la población, la cual estuvo dispuesta a correr los riesgos que la noche le impuso. Sabemos, por ejemplo, que las carretas con pasajeros partían hacia las 4 a. m. de diversos sitios; que los panaderos preparaban sus productos durante la

madrugada; que los pescadores aprovechaban la oscuridad para lograr mejores resultados, y que los comerciantes esperaban la pesca para llevarla al mercado, donde la dinámica nocturna sería de lo más activa para preparar la venta apenas despuntara el día.

Otros salían a hacer los «quehaceres» propios de sus actividades. En *Los Bandidos de Río Frío* (1845-1846), por ejemplo, se hace mención del «aprendiz, que se fue de madrugada por la leche» y del «peón que barría y regaba la fachada del rancho de Santa María» también de madrugada¹.

Para los ejércitos, por su parte, atacar o salir de noche sería estratégico, e incluso tendría un efecto perturbador entre los habitantes, ya que «el movimiento incesante de tropas y de trenes producían, particularmente en las noches, un ruido siniestro»².

Era pues necesario conocer la noche y sus diversas expresiones para saber qué hacer o no durante las mismas, y distinguir cuál era el origen de los diversos sonidos, destellos y movimientos, convirtiéndose éste en un saber común y cotidiano. El tiempo nocturno se percibió seguramente como eterno y cíclico, en el cual la luna le otorgaba su propio ritmo en una repetición que se antojaba infinita.

La Iglesia dio también su cadencia a la noche, en este caso por el silencio de las campanas que si durante el día comunicaban con su toque las horas y sus cuartos, a partir de la queda espaciaban su tañer. Este silencio sólo se rompía cuando los bronces «tocaban a muerto» o alertaban a la población sobre algún incendio, muy temidos en un mundo donde la oscuridad y el fuego estaban más que ligados. De hecho, en las noticias de los periódicos aparecen referencias continuas de estos siniestros. Enrique de Olavarría y Ferrari narró uno muy famoso sucedido en 1722,

1 Manuel Payno, *Los Bandidos de Río Frío*, México, Porrúa, 2000 (Sepan cuantos... 3), pp. 97 y 23 respectivamente.

2 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 431.

que acabó con el Coliseo y casi con el Hospital Real: «De las conjeturas que se hicieron en vista de las diligencias judiciales, se dedujo que el incendio provino de no haberse apagado bien los pabilos de las velas usadas en la noche del 19, y guardándose así con los candiles en sus respectivos cajones.»³. El incidente sería anunciado por las campanas alertando a la población del peligro.

En un mundo nocturno codependiente del fuego, era común que los incendios ocurrieran, y más, como consecuencia del uso de las velas y de la gente que se quedaba dormida con alguna llama prendida.

Ya fuera para marcar las horas o los eventos importantes –llamadas a misa, celebraciones especiales, incendios o muertos–, las campanas ocuparon un lugar fundamental en el día a día. Como afirma Huizinga: «Había un sonido que dominaba una y otra vez el rumor de la vida cotidiana y que, por múltiple que fuese, no era nunca confuso y lo elevaba todo pasajeramente a una esfera de orden y armonía: las campanas. Las campanas tocaban en la vida diaria como unos buenos espíritus monitorios, que anunciaban con su voz familiar, ya el duelo, ya la alegría, ya el reposo, ya la agitación; que ya convocaban, ya exhortaban»⁴.

Los bronces callaban –aproximadamente y dependiendo del lugar y momento– entre las 10 p. m. y las 4 a. m. en la Ciudad de México, hora en la que de acuerdo a lo que refieren García Cubas y Payno, su tañer anunciaba a los pasajeros que los coches que les llevarían a Puebla, Veracruz o el Interior, estaban por salir. «Al dar el reloj las cuatro de la mañana, acercábase el administrador de la Empresa a la portezuela de carruaje para

3 «Para el día 20, en que ocurrió el incendio, estaba anunciada la comedia “Aquí fue Troya”». Enrique de Olavarria, *Reseña histórica del Teatro en México*, México, Imprenta, encuadernación y papelería «La Europea», 1895, t. 1, p. 25.

4 Johan Huizinga, *El otoño de la edad media*, Madrid, Alianza, 1994, p. 14.

preguntar si los asientos estaban completos»⁵ o «La diligencia de Veracruz partió a las cuatro de la mañana y caminó [...]»⁶.

Cuando las campanas estaban silentes, el paso de las horas debía buscarse entonces en otros signos que ubicaran a las personas en la temporalidad de su entorno: en la posición de la luna o de las estrellas, en el canto del gallo, en los retumbos de los animales, en el ruido de las diligencias, en el pregón de los serenos o en el paso de los sirvientes que salían a la calle.

La finalización de la noche se anunciaba cuando aparecían en el entorno otros sonidos. «El mugido de las vacas que se dirigían a las plazuelas designadas para ser ordeñadas, era el que primeramente interrumpía el silencio de la noche»⁷, o el ruido de los toros que «cerca de las cinco y media de la mañana diariamente son introducidos al rastro»⁸. Y ya en el México secular, «al izarse el pabellón nacional en los edificios públicos, a las cinco de la mañana, [que era] saludado con una salva de artillería y un repique general» para celebrar las fiestas cívicas del 16 de septiembre⁹. Con estos múltiples sonidos, la población despertaba al alba en la capital.

Para quienes vivían enclaustrados en los monasterios, las campanas sonaban a las 12 de la noche alterando la paz nocturna, aunque para algunos era un toque inútil, pues «cosas son éstas de los frailes, llaman a maitines pero no van»¹⁰. Este no era un llamado generalizado a la población a un evento comunitario, por lo que en general se mantuvo la idea de que las campanas callaban en las noches, sólo para volver a repicar en el toque de laudes que anunciaba el inicio de un nuevo día.

5 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 198.

6 Manuel Payno, *op. cit.*, p. 499.

7 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 203.

8 *La Voz de México*, 28 de septiembre de 1888.

9 *Ibid.*, septiembre 16 de 1890.

10 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 120.

ILUMINACIÓN DE LA LUNA

El sol era el astro rey en esos días eternamente renovados, pero en la noche, la luna era la reina. Por lo mismo, el conocimiento de sus fases fue parte de la cultura popular de la población que sabría reconocer de manera familiar la posición del astro e identificar qué esperar de su halo luminoso. Una rima popular enseñaba cómo distinguirlas:

Cuerno a oriente
Luna en creciente
Cuernos a poniente
Luna en menguante¹¹

De esta manera, con una simple ojeada al cielo se podría anticipar la iluminación nocturna futura y organizar las diferentes actividades a seguir. Esta cultura formaba parte de un saber compartido que facilitó el andar en la noche y que reflejaba el enorme peso de saber «leer» el cielo en el pasado.

Si acaso la observación directa no funcionaba, prácticamente todos los calendarios anunciaban las fases de la luna –costumbre que algunos añalejos mantienen en la actualidad– con lo cual se podían planear salidas y organizar eventos nocturnos. Consultarlos era tan importante y necesario en tiempos pretéritos, que después de la Biblia, los almanaques o calendarios fueron las obras más publicados en el mundo, e incluían, por supuesto, los ciclos lunares.

Es pues lugar común referirse a la luna como la Reina de la Noche, ya que en buena medida, cuando refleja la luz sobre la Tierra, ilumina la oscuridad, facilita la movilización y genera incluso paisajes sublimes del entorno. Luis González Obregón se remonta hasta la Nueva España para hablar de este aspecto fantástico que el astro daba a la capital: «Los grandes, los inmensos muros, y las altas torres de los conventos y de las iglesias,

11 *El correo de Morelia*, 18 de enero 1895.

proyectaban sus gigantescas sombras en las plazas y en las calles: los frentes de los edificios iluminados por la luz, parecían de plata, y formaban contraste con los que bañaba la sombra. Todo el mundo salía contento a pasear»¹².

Y esto es lo que es importante resaltar, que «todo el mundo salía contento a pasear», porque la luz lunar lo permitía, pero también porque a la gente le gustaba salir de noche, y no recogerse –o no solamente– en sus casas o retirarse a dormir.

Una «Carta» de un viajero francés al editor del *Diario de México*, del 24 de noviembre de 1807, narra su experiencia en la entonces capital de la Nueva España, y cómo, aprovechando que había luna llena, sale a caminar descubriendo que «una hermosa luna, que alumbraba en la noche más serena, me anticipó el gusto de pasear la plaza mayor, y una u otra calle de las principales. Desde luego comprendí que el México está situado sobre un plano perfecto, que sus calles, todas a cordel, corren de oriente a poniente, y de norte a sur, y su empedrado, enlosados y banquetas, manifestaban bien una buena policía».

Esta costumbre de disfrutar y alabar al satélite se mantuvo en el siglo XIX, donde se alababa su hermosura con expresiones como: «¡Cuan bellas y seductoras son las noches en México cuando la luna trasmite sus vívidos fulgores por una atmósfera limpia y transparente! Intensa luz que amortigua o mata la de muchas estrellas que sirven de cortejo a la reina de la noche...» o «¡qué magnífico es el efecto que ofrece la espléndida luz de la luna contrastando con la tenue y apacible de la artificial que arrojan dichos fanales y los farolillos venecianos». Otra más decía: «con excepción del extenso Palacio Nacional que sólo en las almenas que lo coronan ofrece puntos luminosos, todos los demás edificios que rodean la plaza se ven resplandecientes por la argentada luz que de lleno reciben, descollando entre todos,

12 Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 505.

nuestra hermosa Catedral que aparece con sus elevadas torres resguardada por el fanal del cielo»¹³. Cómo no resaltar la hermosura de la luna si gracias a ella se podían realizar más actividades de noche y se le podían robar algunas horas más al día.

Antonio García Cubas destinó en *El libro de mis recuerdos* dos capítulos para hablar del México de noche y de las noches de luna, dejando sendas referencias sobre el tema y reproduciendo prácticas que ubica a mediados del siglo XIX. Además, incluye la litografía *Panorama de México en noche de luna*, que ilustra de manera gráfica la belleza de la ciudad que él refiere.

Casimiro Castro, por su parte, también pintó dos versiones (en 1855 y 1864 respectivamente) de su cuadro *Las cadenas en una noche de luna*, en las que se aprecia un anochecer profundo en un ambiente de claroscuros en el que sorprende encontrar a tanta gente que «paseaba» por la Ciudad. La imagen es congruente con el relato de González Obregón citado en el sentido de que «todo el mundo salía contento a pasear», y refuerza la descripción sobre las actividades nocturnas.

Completemos este recorrido de la capital iluminada por la luna, con una descripción que hace Guillermo Prieto, (alias Fidel) del impacto que ésta generaba sobre la Plaza de Armas en 1843, y de la dinámica que ahí se desarrollaba:

La vista de la plaza es magnífica: yo la contemplé a la luz de la luna, y su extensión, y la augusta Catedral que la domina, y los soberbios edificios del Empedradillo y calle del Seminario, forman el cortejo digno de su grandeza y hermosura: a mi frente relucían unas lumbradas; era el Portal de las Flores: las lumbradas servían como de rótulo a varias fondas portátiles que allí se encuentran.

Cuando con despreocupación y atentamente se mira esa plaza, coronada de edificios gigantes, como realzadas las torres de la opulenta Catedral en un cielo tranquilo y despejado, se exclama involuntariamente: «¡México es la señora del continente de Colón!»

13 Antonio García Cubas, *op. cit.*, pp. 166, 168 y 169 respectivamente.

La sombra que caía sobre algunos edificios; la calidad apacible que bañaba a otros; las azoteas elevadas y las cúpulas de las torres, cuya blancura duplicaba la luna, todo me tenía lleno de encanto [...] Anoche, la concurrencia era numerosa y brillante: las gradas que están al pie de las cruces del frente de la fachada se hallaban convertidas en un estrado de hermosas; eran una especie de aparadores, en que el más descontentadizo joven podía admirar más de una belleza»¹⁴.

Prieto describe y descubre al mismo tiempo la magnificencia de la capital iluminada por el astro, pero al hacerlo nos da pistas también de algunas características de la vida nocturna. Habla, por ejemplo de las lumbradas que se colocaban tanto en los portales como en las fondas portátiles, en los que seguramente se reuniría la población a comer y socializar. Estas lumbres complementarían la iluminación nocturna y permitirían que más gente saliera de sus casas, tal como lo refleja la mención a una concurrencia numerosa, entre la que destacaban las «hermosas» que ocupaban un espacio en algunas gradas que suponemos se encontraban frente a la Catedral, y cuya belleza era contemplada por los jóvenes.

A propósito de este último comentario, es importante valorar el peso de la luz que proveía el fuego o la luna sobre las personas, el cual, por más intenso que fuera, y a partir de la experiencia actual, dejaría ver tan solo siluetas y perfiles entre sombras y claroscuros. Sin embargo, para el momento en el que Prieto narra esta situación, esa intensidad de la luz es lo más que se podría obtener considerando los recursos de la época, mismos que habían sobrevivido ya por siglos. Y esta iluminación que prodigaba a la capital el astro y las lumbradas, era la que permitía que hubiera vida de noche.

14 Publicado originalmente en *El Museo Mexicano*, t. II, México, 1843, *apud.* en Guillermo Prieto, *Por estas regiones que no quiero describir. Algunos cuadros de costumbres*, México, CONACULTA, 2013, p. 50.

Independientemente de los sistemas de iluminación ligados al fuego, al final del día la luna era el alumbrado más democrático que existía, y es por ello que era necesario aprovechar cuando ésta lucía en todo su esplendor, para salir a pasear en las noches. El satélite brillaba lo mismo para los pobres que para los ricos, mientras que el resto de los medios de iluminación estaban directamente relacionados con el estrato socioeconómico de la población. Así, salvo en las noches de luna llena, tener luz era un privilegio que no todos podían pagar.

Esta situación le confirió una jerarquía enorme dentro de la cultura popular y la convirtió en protagonista de poemas, novelas, oraciones, canciones e historias románticas, donde bajo el manto de sus «rayos de plata», cientos de enamorados se juraron amor eterno. Además, entre sus atributos se encontraban el aliviar las penas, iluminar la senda y guiar los pasos de los noctámbulos. Pero más que eso, recibía calificativos como: astro de paz, diosa del cielo, faro de la existencia, testigo de la vida, conocedora del pasado y esperanza del melancólico.

Con ello, la luna tenía una jerarquía muy particular en las noches pretéritas cuando en el imaginario popular se le atribuían los rasgos descritos. Estos fueron admirados y reconocidos por algunos, y unos cuantos se dieron incluso a la tarea de recuperar en lienzos, en crónicas y en poemas, sus atributos, su belleza y su inspiración.

Otros, más pragmáticos, describieron su fuerza lumínica, la cual ofrecía la luz más democrática que podía haber en la noche. Tanto, que como refiere de manera jocosa García Cubas, hasta los gatos la aprovechaban. Ilustra esta idea contando cómo, a propósito de que se escucharon ruidos en una casa, se hizo necesaria la intervención de los serenos y la policía en la misma. Tras la inspección, las autoridades llegaron a la siguiente conclusión: «Nada señor, sino que los de la casa sintieron pasos en la azotea, figurándoseles ser de ladrones, y eran de los

gatos que en aquella se pasean. ¡Cómo no han de pasearse esos bichos, le repliqué yo, en noche que para ellos es de luna!»¹⁵.

Este autor recupera también un poema de la cultura popular, en el que uno de sus versos refiere:

Me dijiste que fue un gato
El que entró por tu balcón,
Yo no he visto gato prieto
Con sombrero y pantalón¹⁶.

En otras latitudes, Robert Darnton¹⁷ dedicó uno de sus textos más conocidos a desentrañar el significado de la «gran matanza de gatos» que aconteció en una noche de 1730 en París. En ella describe cómo esos animales caminaban por las azoteas molestando a los trabajadores de una imprenta impidiéndoles descansar, y cómo éstos resignifican a los gatos y los matan; matando con ello, simbólicamente, a sus patrones burgueses.

Seguramente los gatos tuvieron en México sus propios mitos, y su andar nocturno tendría una interpretación particular también. El verso en cuestión, hace alusión a los pasos de los gatos por las azoteas, y los asocia con las visitas nocturnas que evidentemente no son sociales.

Así era la luna que acompañaba la «noche a noche» de todos. Su ausencia, por el contrario, sería «cantada» por Francisco Zarco como «el crepúsculo de la humanidad, crepúsculo tenebroso que no ilumina ninguna estrella, noche sin luz de luna, sin alba»¹⁸.

15 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 181.

16 *Ibid.*, p. 602.

17 Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

18 Francisco Zarco, «El crepúsculo en la ciudad»..., *op. cit.*, p. 172.

EL LAZO CON EL PASADO

La ciencia también se preocupó por crear discursos e historias que explicaran cómo era y cuál era el sentido del astro que acompañaba a la Tierra. Un artículo escrito bajo el nombre de Flamel y publicado en *El Mexicano*, el 21 de octubre de 1866, describió las diferentes fases de la luna y el recorrido que tenía que hacer la luz solar tanto para iluminarla como para que reflejara sus rayos a la Tierra. Reflexiona el texto sobre el efecto calorífico de la misma así como de «esas curiosas influencias de la luna en el nacimiento de los vegetales». Menciona el rostro humano en su faz y explica cómo «todo tiende a probar que es un mundo que dejó de vivir, una tierra que terminó su evolución».

Y es en este sentido donde encontramos una de las partes sustantivas del artículo, cuando señala que la luna «representa el porvenir de nuestro globo, como el sol nos ofrece la imagen de su pasado.» A partir de esta conclusión, se lanza a afirmar que:

los seres que viven ahora en la tierra han debido tener, en época muy lejana, sus homólogos en la luna. Nuestro satélite nos ha precedido, y si caváramos su suelo, sin duda alguna encontraríamos una fauna y una flora correspondientes a la fauna y flora terrestres [...] se puede concluir, con las mayores probabilidades, que la luna ha estado habitada y que ahora está muerta, como morirá nuestro planeta [...] Es la confidente única de los esplendores que pasaron y que nunca volverán: es el lazo que une el pasado con el presente¹⁹.

Como se aprecia, la luna era mucho más que sólo un astro que acompañaba a la Tierra en su periplo por el Universo o la luz que alumbraba algunas de sus noches. Para este divulgador de la ciencia representaba, en síntesis, su futuro; un futuro, por

19 Nicolás Flamel, «La luna», en *El Mexicano*, el 21 de octubre de 1866, pp. 7-8.

cierto, escalofriante y nada esperanzador. Flamel daba así una interpretación que consideraba científica sobre el pasado, presente y futuro de la observación lunar.

Hasta donde ha cubierto esta investigación, no se encontró mención alguna a la noche y su oscuridad como la gran aliada de la civilización. La memoria de la ingrata humanidad decimonónica la había olvidado y no le reconocía su valor a pesar de las maravillosas técnicas constructivas del pasado remoto basadas, en mucho, en la orientación de las estrellas, la salida del sol, la presencia de Venus o la Luna, la Osa Mayor o la Vía Láctea en el firmamento.

Este hecho destaca en un país como México, donde los sitios arqueológicos abundan a siglos de su construcción, y que en el XIX se empezaban a reconocer. En ellos se podía comprobar, una y otra vez, la agudeza de estas mediciones nocturnas, así como su relación con los astros, manifiesta de diversas maneras en prácticamente todas las obras de Mesoamérica. Ellas eran constancia de lo avanzado que estaba la astronomía, y de cómo este saber permitió y favoreció que otras ciencias también florecieran, como la arquitectura y la ingeniería, o bien el conocimiento de los ciclos agrícolas, las mareas, la religión, etcétera.

La observación de los astros, más aguda siempre en las noches oscuras, le dio a la astronomía casi la exclusividad para acompañar el desarrollo de algunas ciencias en la antigüedad –e incluso hasta el presente. En ese contexto, la importancia de la presencia o no de la luna, así como la posibilidad de ver el cielo estrellado, era determinante para que la gente común pudiera notar los diversos cuerpos en el cosmos y para que los expertos fueran capaces de ver e interpretar lo que las estrellas decían a la humanidad –lo mismo se puede decir de la astrología, que para muchos daba sentido y destino a sus vidas.

Todo esto era casi sólo posible en las noches; más que eso, en la oscuridad que en ellas se desarrollaba. En la negrura de la

Tierra que permitía que brillara la inmensidad del Universo. Así pues, las noches eran el espacio ideal para ver, estudiar e interpretar el firmamento, y por ello, fueron indispensables para impulsar algunos de los más importantes logros de la humanidad.

Pero para el siglo XIX, que es el que se estudia en esta investigación, las referencias a la noche como favorecedora del conocimiento no aparecen. Ni siquiera a la luna se le concede esta función, sino que se le reduce a la de proveedora de luz o inspiradora de los escritores. Para la mayoría de la gente, este astro se representaba como el origen de la eterna luz que llegaba varios días al mes a la Tierra, favoreciendo una vida nocturna en aumento.

Sin embargo, es evidente que resultaba muy útil y práctico ampliar el conocimiento sobre las noches de luna, el calendario lunar, el idioma de la luna con sus ciclos, fases y eclipses, así como contar con información general de las nubes, las estrellas, los cometas. Este saber enriqueció a quienes conocieron ese lenguaje en el pasado, y su instrucción fue fundamental para los habitantes de la Ciudad, si es que se quería vivir, convivir y sobrevivir en un entorno nocturno.

Este saber haría posible, o no, una mayor libertad en el andar nocturno, aunque como se ha visto, no fue condición *sine qua non*, para que la gente decidiera salir a deshoras por la capital. Fue por ello que se hizo necesario desarrollar otros sistemas de iluminación, dando pie al alumbrado público.

Algo de luz para las tinieblas

*Yo soy la negra noche, sin luces, sin estrellas:
yo soy cielo de sombras, rugiente tempestad;
sé tú la casta luna que con sus luces bellas
disipe de esa noche la horrible obscuridad.*

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA, *Luz y sombra*

La vida nocturna recorrió un largo camino antes de contar con algo de luz para que la población tuviera visibilidad y seguridad en sus andanzas. Autores como Juan de Torquemada, Luis González Obregón, Manuel Orozco y Berra, Francisco Sosa y Rafael Arizpe, entre otros, dejaron testimonio de las vicisitudes que pasó el territorio que ocupa la Ciudad de México, para contar con algún tipo de alumbrado, y al hacerlo, hablaron necesariamente de las características de la noche; de esa noche que se conquistaba de manera simbólica al iluminarla.

La historia de este tema se remonta al pasado mesoamericano. De acuerdo con Torquemada, en México Tenochtitlan la iluminación nocturna era algo continuo «poniendo de noche por grandes trechos grandes braseros de fuego, y en el entretanto que unos dormían velaban otros, de manera que siempre había quien de noche y de día tuviere cuenta con la ciudad y con lo que en ella sucedía»¹. Este orden tan bien establecido para alumbrar a la urbe, se rompió presumiblemente con la Conquista.

1 Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, (1615) reproducción de la 2ª ed. Madrid, 1723, intr. Miguel León Portilla, México, Porrúa, 1969, p. 460.

Durante la Colonia se hicieron esfuerzos por recomponer la situación y ofrecer algún tipo de iluminación nocturna. Luis González Obregón da «luz» sobre este proceso y refiere que en «los dos primeros siglos de dominación colonial, México careció de toda clase de alumbrado, con excepción del recurso de sacar faroles los vecinos[, y] los dueños de las casas de comercio [de] poner en las puertas de sus tiendas, hachones atizados con rajas de ocote»².

Con o sin alumbrado público, las salidas nocturnas debían regularse y era necesario informar a la población sobre la terminación del día para que tomara las precauciones necesarias.

Un *Auto acordado*³ de julio de 1585, dispuso que se notificara al Cabildo y Regimiento de la Ciudad que las campanas de la Catedral tocaran la queda, y que ésta «se continúe perpetuamente desde las nueve de la noche hasta las diez, y tenga cuidado de que por ninguna vía cese», y que así se lo hiciese mandar al sacristán y campaneros. De igual manera, se encargaba a los justicias, corregidor, alcaldes, alguaciles y lugartenientes, que rondaran la ciudad desde que anoheciera, quitando sus armas a todos aquellos con quienes toparen portándolas después de la queda y las diez.

El mismo *Auto* establecía que «no se quiten las dichas armas a los que llevaren lumbre, o madruguen para ir a sus oficios, y salir al campo, so las penas contenidas». A lo que Luis González Obregón, agregaba: «el obediente y leal vasallo del Rey de

2 Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 503.

3 María del Refugio González, «Concepto de Autos Acordados que proporciona el *Diccionario Jurídico Mexicano* (1994), de la Suprema Corte de Justicia de la Nación: Los autos acordados fueron –a juicio de Antonio Muro Orejón, especialista en derecho indiano– disposiciones obligatorias emanadas bien del Real Supremo Consejo de Indias, bien del Real Acuerdo integrado conjuntamente por el virrey los oidores de las audiencias virreinales indianas, que tenían por objeto desarrollar o ampliar un precepto real que de esta forma se concretaba a casos determinados», en *Enciclopedia Jurídica Online*. Recuperado de: <http://mexico.leyderecho.org/autos-acordados/>.

las Españas, tenía, pues, que llevar luz para poder ir armado, o encerrarse en su casa después del toque de la queda, para cortar escándalos y peligros»⁴.

El llevar lumbre era la condición para poder salir después de las 10 p. m., para portar armas y para trasladarse a los trabajos. Esto, evidentemente, por cuestiones de seguridad sí, pero también como una medida indispensable para que quienes caminaban en las noches pudieran ser identificados. Las personas con una situación económica desahogada podían salir acompañados de algún sirviente que les llevara los faroles o las antorchas, pero para la mayoría, lanzarse a la aventura de la noche era un riesgo y una amenaza diaria, si acaso la luna no ofrecía suficiente luz para iluminar; e incluso, a decir del *Auto*, podría ser un delito. Por cierto que el uso de la palabra lumbre como referencia al sistema de iluminación prevaleciente en la Colonia –para alumbrarse– es reflejo de la literalidad del término para dar luz al camino, y de lo pegado que estaba a la naturaleza.

Con estas condiciones, salir durante las noches en la Ciudad de México fue un desafío que no todos desearon correr por las condiciones de la capital, salvo aquellos que, de suyo, preferían las tinieblas para actuar con más libertad. «Las calles se encontraban a oscuras –agregaba González Obregón–, con hoyancos y lodo cuando llovía, y transitadas por rateros [...] por vagos que por *quítame allá esas pajas*, provocaban pendencies con razón o por antojo, y en las que figuraban casi siempre ya algún jugador que salía perdido de un garito, ya algún beodo que se preciaba de valiente, o ya algún celoso enamorado que en cada sombra y en cada esquina veía un rival temible»⁵. Además, la negrura de la noche daba resguardo a las «aventuras galantes», así como a todos aquellos que quisieran cobrar venganza y, en-

4 Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 505.

5 *Ibíd.*, p. 512.

cubiertos en la oscuridad, hicieran de las suyas. En todo caso, había actores nocturnos que ocupaban estos espacios silentes de manera cotidiana.

Las cosas no mejoraron al pasar de los años, e incluso en los milsetecientos el ámbito nocturno se viviría más en oscuros que en claros para toda la gente que debía transitar por los espacios capitalinos. En su entorno se registraron robos y riñas de manera frecuente, mismos que quedaron impunes por al anonimato mismo que brindaba la oscuridad. «Y ni el gobierno, ni los vecinos daban pasos a remediar aquel estado de cosas, y aunque aquellos siglos no fueron de las luces, muchísimo amor, en verdad, fue aquel a las tinieblas»⁶.

En realidad, el alumbrado dependió prácticamente de los vecinos y de uno que otro comerciante que de buena gana colocaban faroles en sus casas o tiendas para iluminar el camino. Esto fue así hasta que, en 1762, se dispuso por bando que esta acción debía ser obligatoria para todos los habitantes de la capital, salvo para los pobres que no pudieran hacerlo. Orozco y Berra señalaba que, como era de esperarse, muchos vecinos se acogieron a esta «licencia», y esgrimieron una pobreza inexistente para no tener que cooperar, lo que mantuvo la oscuridad reinante⁷.

La luna no siempre estaba presente para proteger a la población en sus salidas –y a veces correrías– nocturnas, de ahí la urgencia de proveer a la Ciudad de México con un sistema de alumbrado artificial. La intención de esta iniciativa oficial era alumbrar, sí, pero también vigilar y regular la vida de noche para las diversas actividades públicas aceptadas, y para tratar de controlar las otras muchas que el submundo cometía aprovechando la invisibilidad. En este escenario, quien tuviera la luz tenía también el poder, ya que la posibilidad de ver era una gran herramienta de control.

6 Ibid.

7 Citado por Ibid., p. 505.

El virrey Joaquín de Monserrat, quien al igual que otros más trató de imponer un alumbrado público, le otorgó a éste, además, una intención moralizante al establecer que se mantuvieran iluminadas las calles entre los toques de oración y de queda –o sea, entre las 6 y las 10 p. m.–, «para que de este modo estén uniformemente iluminadas las calles, y por este medio se eviten insultos, pecados y perjuicios que la oscuridad alienta y provoca»⁸.

Más allá de lo que según él sucedía en la oscuridad, la nota revela, de nueva cuenta, que la noche no fue impedimento para que la gente saliera a los espacios públicos e hiciera lo que deseara, y llama la atención, asimismo, la relación que establece entre la oscuridad y el pecado.

Después de que durante prácticamente los tres siglos de vida colonial la capital mantuvo una cara oscura por las noches y las diversas iniciativas para iluminarla no tuvieron el éxito deseado, el virrey de Revillagigedo se ocupó de neutralizar esa oscuridad ordenando la colocación de lámparas en la Ciudad de las que hizo responsable el Ayuntamiento, así como de los guardafaroleros –o serenos– que las vigilarían⁹. «La instalación debía componerse de 1128 faroles de vidrio, provistos de lamparitas de hoja de lata y de una mecha impregnada en aceite de nabo, usándose postes de madera o pies de gallo de fierro, según que los faroles debieran corresponder a una plaza o a una calle en la que cada luz distaría de otra 50 varas¹⁰.

8 Emilio Carranza Castellanos, *Crónica del alumbrado de la Ciudad de México*, México, Computipo, 1991, p. 18.

9 Anteriormente lo habían hecho ya ciudades como París, Amsterdam, Berlín, Londres y Viena. Véase: Craig Koslofsky, *Evening's empire. A history of the night in early modern Europe*, United Kingdom, Cambridge University Press, 2011.

10 Rafael Arizpe, *El alumbrado público en la Ciudad de México*, México, Tip. La Europea, 1900, p. 43. Arizpe hace un recorrido pormenorizado de los diversos intentos sistemas de iluminación de la capital desde el México prehispánico hasta la electrificación en 1900.

Una consecuencia fundamental de esta iniciativa, fue que al ofrecer más luz en los espacios públicos, se abrió también la posibilidad de que la gente empezara a salir en las noches con más confianza y seguridad al poder ver hacia dónde caminaba y quiénes estaban a su alrededor¹¹.

Estos esfuerzos por alumbrar los espacios públicos nocturnos se mantuvieron en el México independiente. La urbe se pudo por momentos iluminar mejor y de manera más sistemática, aunque como todo lo que sucedió en el siglo XIX, la eterna bancarrota en la que vivió el país frenó la construcción de infraestructura y afectó los servicios que el gobierno ofrecía, uno de los cuales fue el alumbrado.

A pesar de los recortes, este rubro no dejó de ser prioritario, y conforme el siglo avanzó se ensayaron nuevos sistemas de iluminación que se sumaron a los tradicionales como los hachones o las antorchas. Las lámparas de aceite y las de gas aparecieron en el escenario capitalino que culminó en el cambio de siglo con el dominio de los focos eléctricos. Todo esto en menos de cien años, lo que da cuenta de la importancia de contar con iluminación nocturna.

Además de la necesidad de tener más luz cuando la luna no la ofrecía, las iniciativas revelan que había una vida nocturna que requería del alumbrado por diversas razones, prioritariamente para iluminar y por seguridad. Descubre también el impacto que ese crecimiento lumínico tuvo sobre la oscuridad, cooperando a

11 La tendencia en los siglos por venir en todo el planeta, será en el sentido de instalar más lámparas que permitan una iluminación mejor universal, lo que ocasionaría progresivamente otras consecuencias no tan bienvenidas. Para este tema véase el texto de Paul Bogard, *The end of night. Searching for natural darkness in an age of artificial light*, Great Britain, Fourth Estate, 2013, en el que se expone de manera categórica como este proceso de iluminación nocturna, exagerado sin duda en muchos lugares –como en Las Vegas– ha modificado no sólo la experiencia de la noche, sino afectado hábitos y comportamientos de las personas y los animales, y roto ciclos naturales de reproducción fundamentales para la vida en el planeta.

la desaparición de vivir en ambientes invisibles; y dando con ello inicio a lo que a la postre sería la terminación de la experiencia de la noche sin electricidad. Pero antes de que ésta llegara a su fin, trataremos de develar qué sucedía y quiénes actuaban en estos ambientes nocturnos atados al fuego.

LUZ MÁS LUZ... ¿PARA QUÉ?

Salir y caminar en medio de las sombras era posible si se deseaba, y para alumbrar el camino se contó desde siempre con todos los recursos atados inevitablemente al fuego, que se irían depurando a lo largo de los siglos. Sobra decir la trascendencia en esta historia del descubrimiento del fuego con sus usos para calentar, cocinar y alumbrar. Y para efectos de la iluminación, la invención del pabilo significó toda una revolución para poder controlar la flama. Al decir de Schivelbush, «The wick was as revolutionary in the development of artificial lighting as the wheel in the history of transport»¹².

La flama podía arder en las antorchas, hachones, lumbreras, velas y lámparas que utilizaban diversos combustibles como el oco-te, el cebo, la cera, el esperma, el aceite y la trementina, o el gas en las más modernas¹³. Por lo mismo, en sentido estricto es igual si uno habla de lo que sucedía en el siglo xv o en el xviii en relación al alumbrado, pues todos los sistemas dependían del fuego: la lumbre, la antorcha, el hogar, la hoguera, la fogata o cualquiera que fuera el medio que se utilizara y «prendiera». Lo interesante, desde luego, es descubrir qué se hacía durante las noches y si hubo o no cambios en el comportamiento de la población al cabo de los siglos, a pesar de que se seguía iluminando con el mismo recurso primario.

12 Wolfgang Shcivelbush, *Disenchanted night. The industrialization of light in the Nineteenth Century*, USA, University of California Press, 1995, p. 1.

13 Evidentemente previas a las eléctricas que llegarían a México en la década de los ochenta del siglo xix.

Así, la noche fue una para toda la población independientemente de donde se viviera: el campo o la ciudad. La diferencia estaba en el número, calidad y tamaño de las velas, bujías¹⁴ o luces que se pudieran prender; y éste sería, desde luego, un cambio sustantivo entre el mundo rural y urbano, sobre todo si en las ciudades se empezó a contar con algún método sistemático de alumbrado.

Un cambio en este sentido, lo refiere Craig Koslofsky cuando afirma que para el caso de Europa, durante el reinado de Luis XIV –el Rey Sol–, hubo una importante modificación de los eventos como bailes y teatro, al empezar a realizarlos de noche. Por otro lado, fue en el contexto del siglo XVII, en el que se pasa de la iluminación del cielo con fuegos artificiales a la colocación de iluminación «terrestre» para dar mayor realce y engalanar las actividades. «The slow movement of European festivals and celebrations into the night, which had begun in the fifteenth century, quickened in the seventeenth. Lighting up the night had always been an elite privilege, but baroque celebrations used the night on an unprecedented scale as nocturnal entertainment began to take precedence over daytime festivities»¹⁵.

En la Nueva España se importó esta costumbre de iluminar los espacios públicos, y aunque esto se había hecho prácticamente desde que el fuego se utilizaba para alumbrar, durante las fiestas cívicas y, sobre todo, las religiosas –generalmente vinculadas–, se contaba con un alumbrado excepcional para darles realce y significación¹⁶.

14 A las velas también se les llamaba bujías.

15 Craig Koslofsky, *op. cit.*, loc. 1992. En algunas fuentes electrónicas no aparecen números de página sino localización de la nota. Así se refieren en este texto.

16 La noche de Navidad es una de las más tradicionales, en la cual la gente solía cenar después de las 12 de la noche, «hora en que terminaba la abstinencia». La misa de Gallo, que solía acompañar esta ceremonia, se daba también a las 12 de la noche. Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 300.

Así, el clero no sólo controlaba las horas del día con las campanas, sino que también podía alardear de «dar luz» en esas noches especiales a la capital, la cual lucía espectacular.

Las celebraciones religiosas más importantes, como se verá más adelante, y que permitían la salida nocturna de la población en una especie de peregrinación, fueron las Posadas, la Navidad y la Semana Santa. Esta última, en particular, al coincidir con la luna llena, dejaba ver una ciudad iluminada tanto por el astro, como por «los rayos color de fuego que del interior de los Santuarios se desprendían por las ventanas de sus naves y elevadas cúpulas, presenta[ndo] un mágico efecto. Henchidas de gente hallábanse las calles, a la vez que de ella rebosaban los templos que ostentaban sus espléndidos monumentos por millares de luces alumbrados»¹⁷. De nueva cuenta, como en algunas de las citas mencionadas, esta crónica habla de gente en las calles y en los templos.

Se impuso así imitar el comportamiento europeo de celebrar con un derroche de luz las fiestas religiosas, aunque las cívicas no se quedarían atrás. Así por ejemplo, la práctica se hizo presente en las proclamaciones de los dos emperadores mexicanos. Para el caso de Iturbide, la Ciudad de México se vistió de gala, y según la *Gaceta del Imperio* del 1º de noviembre de 1821, se convocó a cerca de 60 mil personas en la Plaza de México. La crónica dice que, «la noche presentó objetos muy grandiosos. Las Casas Consistoriales con dos mil quinientas luces se llevaban la atención general.» A su vez, para el Segundo Imperio, el de Maximiliano, también se celebró el momento con «iluminaciones y vistosos fuegos de artificio». Su derrota por el ejército liberal en 1860 se festejó con los repiques de las campanas de la catedral que no cesaron «desde la madrugada hasta la media noche» permitiendo que las multitudes invadieran plazas y calles de la ciudad¹⁸.

17 Ibid., p. 308.

18 Ibid., p. 477.

En estos casos, se da una idea de lo universal que ha sido, desde siempre, iluminar la noche —y hasta el cielo— para dar realce a los festejos, y también de la asistencia a los mismos por millares. No obstante, éstos seguían siendo eventos excepcionales dentro de la vida cotidiana.

Y por ello, el reto era contar con un alumbrado que iluminara de manera sistemática a la capital sin que existiera un motivo en particular que lo justificara, sino que permitiera que la vida nocturna contara con un poco más de luz.

UN RAYITO DE LUZ, DE LUNA O DE FUEGO

Como sabemos, la única luz manipulable que se conoció era la que provenía del fuego, y ésta sería suficiente y buena para los capitalinos. Hasta 1881, año en el que se hicieron los primeros ensayos con electricidad en la Ciudad de México, el alumbrado público dependió del fulgor de la flama. Y al decir de los testimonios de las salidas nocturnas, con eso bastaba para hacerlo.

Hemos dicho que, además del fuego, la iluminación nocturna estuvo supeditada a las fases de la luna, esto no sólo por lo obvio que resultaba su presencia en el cielo para dar luz a las noches, sino porque también, a partir de ellas, las autoridades establecían el calendario para determinar el encendido y duración del alumbrado artificial en la capital, con antorchas, lámparas¹⁹ de petróleo, aceite o gas que los serenos iban prendiendo por las noches. Esto debía de funcionar así teóricamente: si había luna llena no se requería luz artificial, y viceversa, si no brillaba el astro, era necesario, entonces, iluminar a la Ciudad.

19 Se llamó lámparas a los diversos aparatos de iluminación previos al uso de los focos eléctricos. No obstante, ellas conservarían su nombre hasta la actualidad.

Sin embargo, la fórmula no siempre funcionó como debía, al decir de Antonio García Cubas, que lamentaba:

No voy a imponerte de lo que fue nuestra hermosa Capital allá por los años del Señor de 1850 a 1870; más para proceder con algún acierto, preciso es hacer de las noches tres importantes distinciones: 1. noches de absoluta obscuridad; 2. noches de verdadera Luna, y 3. noches de Luna oficial, siendo de notar que poco temor infundían las primeras, ninguno las segundas y mucho las terceras; de suerte que por causa de éstas, ganas daban de rogar a la Divina Providencia se dignase transportar a muy remotas regiones a la casta Diana para que fuese a ser, en lejanos mundos, la dulce confidente de otros amores y nos libertase de las tendencias económicas de nuestros ediles²⁰.

Las autoridades sabían que durante las noches de luna nueva las lámparas se debían prender en su totalidad porque el astro no reflejaba luz alguna, mientras que con la luna llena se apagaban, pues en teoría sí lo haría. El problema aparecía cuando el calendario anunciaba las noches de luna llena «oficial», pero las nubes hacían imposible su presencia, generando un ambiente realmente tétrico sin que las autoridades tuvieran la discrecionalidad para actuar. Peor aún, cuando llovía y lo que había «era una de aquellas noches en que la ausencia completa de la luna por una parte, y el gran cúmulo de nubes tempestuosas que interceptaban la débil luz de las estrellas por la otra, engendraban la más lóbrega y espantosa obscuridad. ... La luz de los relámpagos, algo lejanos, iluminaba a intervalos el terreno, y dejaba ver con rapidez suma, el siniestro aspecto de las nubes»²¹.

Los relámpagos tuvieron su protagonismo al alumbrar el cielo de la Ciudad –o del campo o el mar– de manera espectacular, y dando luz, literalmente a la oscuridad, abriendo caminos o señalando peligros aunque fuera por el instante que tardaban en brillar.

20 Ibid., p. 153.

21 Ibid., p. 560.

Para no depender totalmente de la luz de la luna, el Ayuntamiento invirtió, como se ha dicho, en alumbrado público, el cual no fue, como la luz de la luna o la oscuridad nocturna, igual para todos. Evidentemente, el centro de la Ciudad contó con las mejores instalaciones, mientras que la iluminación artificial en los barrios menos favorecidos y alejados fue tal vez inexistente, exponiendo a sus vecinos a los peligros nocturnos. Había además una relación entre el sistema de iluminación y el nivel socioeconómico del lugar, siendo los barrios más pobres los que apenas contaban con una que otra lumbre de ocote, y los elegantes los que podían presumir las modernas lámparas. Se hacía así una ecuación muy sencilla: en los mejor alumbrados hubo más actividades nocturnas; en los menos iluminados, muy poca. Francisco Zarco dio cuenta de ello al referir:

Tomemos otro rumbo. Muy poca gente en la calle; guardias que conducen ebrios a la cárcel, riñas de hombres que son separados por la policía; un herido, un matado; gritos de mujeres, casas que sienten ladrones e imploran auxilio; una que otra ronda que cuida del orden, el grito agudo de la patera y de la juilera; he aquí lo que hay por las calles un poco retiradas del centro²².

Sin embargo, la luz de los faroles del alumbrado en la zona céntrica tampoco era intensa, ya que «ella sirve apenas para denotar la dirección de las calles; el sereno trepado en su escalera, en vano atiza el monstruoso aparato [...] La oscuridad es densa y mucho más si no la disiparon los quinqués de las boticas, de los estanquillos, de las sederías y de otras tiendas que permanecen abiertas hasta las diez de la noche»²³.

El mismo Zarco narró cómo —al igual que en la época colonial— el alumbrado en las áreas públicas no se limitó al bueno o malo que ofrecían las autoridades, sino que éste se complementaba

22 Francisco Zarco, «México de noche», *op. cit.*, p. 175.

23 *Ibid.*, p. 174.

con el que la población proveía, ya fuera poniendo antorchas o lámparas de aceite o gas afuera de las casas, fondas o casas comerciales, e incluso los diversos puestos de comida que se ubicaban en las calles. Todos ellos, en conjunto, sumados a la luz de la luna cuando la hubiera, alumbraron las noches capitalinas, que bien o mal hicieron más fácil el andar nocturno para quienes lo necesitaran.

Lo relevante es que este andar no se limitó a la presencia o no de algo de iluminación en la Ciudad. La gente caminó, viajó, divirtió y trabajó de noche, si así lo requirió o deseó. Algunos incluso portaron sus propias luces, antorchas, lumbreras, mechas o lámparas de aceite si es que tuvieron las posibilidades de tenerlas, o bien «rentaron» los servicios de algún niño que les fuera iluminando el camino. Y siempre existió la posibilidad de caminar en la oscuridad apostando por ver lo inmediato, tomando como referencia una luz lejana o confiando en la memoria del camino para guiar los pasos a donde quiera que fueran.

En aquellos lugares que sí estaban iluminados y cuando todos los «fuegos» de la capital ardían, se generaba un ambiente muy especial por el humo que de ellos se desprendía, dando un color peculiar a las noches capitalinas. La humareda y las sombras se sumaban a la combinación de olores provenientes del ocote, el aceite, las resinas, el petróleo, el gas o lo que se utilizara para alumbrar, creando una atmósfera no necesariamente grata a la Ciudad²⁴.

Estos olores y colores nocturnos se combinaban con aquellos que salían de los «puestos» de comida, dulces o castañas que

24 Para el caso del gas, por ejemplo, su olor era tan penetrante, que según Schivelbush la burguesía se resistió a instalarlo en los teatros y las casas por la forma en la que contaminaban el ambiente, en contraste: «While the bourgeois was reluctant to admit gas because of its unpleasant smell and its poisonous, explosive nature, all doors were immediately opened to electric light.» Wolfgang Schivelbush, *op. cit.*, p. 71.

alimentaban a los trasnochados. A ellos había que agregar los miasmas y los desechos humanos que se concentraban en una ciudad carente de desagüe, despidiendo olores penetrantes que contaminaban aún más el ambiente²⁵.

Al margen de los olores, la luz que había en la capital hizo que poco a poco se fuera dando una apropiación de los espacios públicos, que es lo que Craig Koslofsky ha llamado «nocturnalization», «defined as the ongoing expansion of the legitimate social and symbolic uses of the night», y que él ubica en Europa entre los siglos xv al xviii²⁶. Para el caso de México, este proceso se dio seguramente en el xix, considerando que es entonces cuando se le dio otro «uso» a las noches, sumando a las prácticas ya existentes, una mayor socialización nocturna.

DE LAS VELAS A LAS LÁMPARAS

Este proceso de «nocturnalización» hubiera sido imposible si no hubiera corrido de la mano del desarrollo de la tecnología que lo facilitara²⁷. El alumbrado continúa atado al fuego sin duda, pero se hicieron progresos para aprovechar al máximo su luz, al aumentar, por ejemplo, el número de velas en los candelabros; al utilizar materia prima más «fina», como la cera o el esperma; al colocar la flama al lado de espejos o botellas con agua para ampliar su reverberación o con el desarrollo de los quinqués.

25 Véase Claudia Agostoni, *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, Calgary, University of Calgary Press, University of Colorado Press UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003 (*Latin American and Caribbean Series*).

26 Craig Koslofsky, *op. cit.*, p. 196.

27 Para ver la evolución de algunos de los artículos que han revolucionado el quehacer de la humanidad, véase George Basalla, *La evolución de la tecnología*, México, CONACULTA, 1991.

El «submundo» nocturno requirió por supuesto de luz, sobre todo la que prodigaban las velas, producto de una de las industrias que más crecimiento tuvo en el pasado, precisamente por la necesidad casi universal de contar con iluminación. Los procesos de su fabricación hasta su distribución, pasando por la materia prima utilizada, calidad, limpieza, claridad e intensidad que podían o no ofrecer estas luces que eran uno de los objetos más preciados de la población, tiene sin duda una gran historia que contar, misma que enriquecerá la visión que tenemos del pasado.

No podemos hablar de las velas de esperma, por ejemplo, sin hacer referencia a la caza de las ballenas, del cachalote en particular²⁸. Su relevancia fue tan importante en la primera mitad del siglo XIX, que Herman Melville inmortalizó su historia en la novela *Moby Dick*, que es un verdadero tratado sobre la necesidad de perseguir a estas ballenas, su pesca y la extracción y uso de su aceite para producir las velas. De la cabeza de este animal se extraía el esperma con el cual se hacían las velas más blancas y limpias que existían, y por ello poseer esta grasa era una riqueza²⁹.

De la mano de esta industria, la de los cerillos, lucifers o fósforos, también se debe destacar. Resulta interesante el origen de los nombres que se utilizaron para este «instrumento» que era capaz de «encender» o «prender» la flama. De acuerdo con la Real

28 «Esta ballena, conocida vagamente desde antiguo entre los ingleses como la Ballena rumpa, o Ballena Physeter, o Ballena de Cabeza de Yunque, es el actual cachalote de los franceses, Pottfich de los alemanes y Macrocephalus de los Palabras-Largas. Es, sin duda, el mayor habitante del globo, el ballenato más temible de encontrar; el más majestuoso en aspecto, y finalmente, con mucho, el más valioso para el comercio, siendo él la única criatura de que se obtiene esa valiosa sustancia que es el spermaceti». Véase Herman Melville, *Moby Dick*, Almería, Ediciones Perdidas, 2010, p. 211.

29 *Ibid.*, p. 71. «Dicen que en New Bedford los padres dan ballenas a sus hijas como dote, y colocan a sus sobrinas con unas pocas tortugas por cabeza. Hay que ir a New Bedford para ver una boda brillante, pues dicen que tienen depósitos de aceite en todas las casas, y a lo largo de todas las noches queman sin cesar velas de esperma de ballena».

Academia del Español, lucifer proviene del latín *lucifer* «portador de luz»³⁰, mientras que fósforo, surge del latín *phosphorus* «lucero del alba», y éste del gr. *Phosphoros*, «portador de luz»³¹. De manera literal, los cerillos daban la luz que alimentaba esas velas o cualquier otro sistema de alumbrado.

Otras aristas que se abren en torno a la producción de las bujías, en este caso sobre su importancia en las reuniones, lo comparte Carlos González Peña, en *La Chiquilla*, cuando refiere que los invitados llevaban sus candelabros a las cenas que se celebraban por Navidad para que hubiera mayor luz. La logística para abastecer, colocar, mantener y reponer las luces durante la fiesta la recrea José Tomás de Cuéllar en *Baile y cochino...*, mientras que Gutiérrez Nájera relata la experiencia de los «pasajeros» que llegaban al Hotel de Iturbide, a quienes se les entregaban dos velas puestas en un candelero para que se pudieran alumbrar³². Las velas eran un valor agregado para la población y hasta una riqueza para algunos.

Dentro de esta proceso de alumbrar, una gran novedad que implicó una revolución en su historia, lo fueron las lámparas de aceite y trementina, y finalmente las de gas. Estas últimas, a diferencia de los otros sistemas, contaban con algunas ventajas competitivas: podían alimentarse desde un depósito central; el tamaño e intensidad de la flama se controlaba a distancia; su luz era estable, uniforme y brillante; y todas se podían apagar con cerrar el suministro. Schivelbush narra cómo, cuando apareció el gas, se le llamaba aire flamable o espíritu, y no se usó en

30 Diccionario de la Real Academia del Español. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?id=Nf1xsB5>.

31 Ibid., recuperado de: <http://dle.rae.es/?id=I1cWh82>.

32 Manuel Gutiérrez Nájera, «Aventuras de Manón. Recuerdos de ópera bufa», (1884), p. 15. Recuperado de: <http://www.lanovelacorta.com/1872-1922/pdf/aventurasdemanon.pdf>.

un principio como medio de iluminación sino como magia³³. Hacia 1800 se descubrió en Inglaterra que también se podía usar para alumbrar y se colocaron en las fábricas inglesas, con ello se incrementó de manera importante su utilización y por ende la producción.

Estas lámparas llegaron a la Ciudad de México en la segunda mitad de ese siglo. Un antecedente en ese sentido se dio en 1849, cuando el gobernador del Distrito propuso que «sobre el zócalo formado para el monumento de la independencia, se coloque una farola de veinte luces que sirva para iluminar perfectamente todo ese espacio [y] se excite a las personas que quieran establecer la iluminación con gas hidrógeno en la plaza mayor, para que en el término de los diez días ya referidos, presenten sus respectivas propuestas»³⁴.

Por diversos contratiempos, su instalación se realizó hasta 1869 cuando las luces se colocaron en las calles de Plateros y San Francisco. Ellas se sumaron a los aproximadamente 1500 faroles que hasta ese momento iluminaban a la capital. Al decir de Rafael Arizpe:

Las luces de gas desalojaron del centro de la ciudad a las de trementina, que 19 años antes habían sustituido a las de aceite. [...] Al instalarse el gas, la ciudad tuvo, pues, tres clases de luz. El gas, que se extendía ocupando el lugar de la trementina; ésta, que invadía la zona que ocupaba el aceite, y el aceite que aún tenía útil aplicación en lugares apartados, a causa de su reducido precio³⁵.

La presencia o no de cualquiera de estos recursos iluminativos en las fuentes, permite identificar aproximadamente la temporalidad del registro, el paso del tiempo nocturno y la creciente necesidad de potenciar la luz existente.

33 Wolfgang Schivelbusch, *op. cit.*, p. 14.

34 *El siglo diez y nueve*, 21 de enero de 1850.

35 Véase Rafael Arizpe, *op. cit.*, p. 56.

De acuerdo con la nota de un observador en 1882 que tuvo la oportunidad de poder comparar la luz atada a la flama que ofrecían la trementina, el aceite, el sebo, la cera o el gas, con aquella que emitían los modernos focos –eléctricos por definición– se concluye que éstos últimos dejaban muy mal parado al fuego, ya que todos aquellos recursos «en vano pugnaban por disipar la obscuridad», y más bien daban «a la ciudad ese aspecto triste, lúgubre, sombrío, que [tenía] durante las noches»³⁶.

Así las cosas, la Ciudad de México, tuvo una atmósfera nocturna muy especial que sin duda la caracterizaría. También tuvo, al finalizar el siglo XIX, todos los sistemas para iluminar la noche, tal y como lo dejó asentado Luis González Obregón: «Hoy la ciudad tiene de todo: tinieblas, aparatos de aceite, gas hidrogeno, luz eléctrica y hasta noches de luna en que no se encienden los faroles»³⁷.

Con o sin alumbrado, la gente se atrevió a trasgredir no sólo el toque de queda sino la oscuridad para vivir la experiencia nocturna.

36 *El Monitor Republicano*, 7 de Julio de 1882.

37 Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 509.

IV

Libertad o prohibición. Los personajes nocturnos

*Vete, vete, por Dios, José la noche está
muy oscura, y tu casa muy lejana:
yo te encomendaré a Dios y a la Virgen.*

MANUEL PAYNO, *El pistolero del diablo*

El día empezaba al alba –con el canto del gallo, las primeras campanadas o los rayos del sol–, y a partir de esa hora, que las fuentes ubican entre las tres y las cinco de la mañana, el grueso de la población capitalina se lanzaba a las distintas faenas, que terminaban cerca del toque de oración a las seis de la tarde. Quizá unos cuantos alargaron la jornada hasta el toque de ánimas a las ocho, pero para el de queda a las 10 p. m., con toda seguridad la mayoría se habría retirado a sus hogares.

Un punto importante para tener en cuenta es que, hasta la industrialización, las comunicaciones y los transportes en general se reducían a aquellos que ofrecían los medios naturales o mecánicos. La comunicación oral o escrita era fundamental, y los traslados se realizaban por tierra o agua, y gracias a la fuerza humana, animal, eólica o hidráulica. Esto significaba que los tiempos de recorrido y transmisión tendrían una dinámica muy particular.

Evidentemente esta circunstancia afectaba el ritmo de la vida cotidiana, la forma de producir, el sentido de las distancias

y el concepto del espacio que se tenía. Así por ejemplo, y aunque la oscuridad de la noche reinara, era importante empezar la jornada de madrugada, de tal suerte que se pudiera llegar al amanecer al lugar de trabajo, o bien, tener productos terminados justo al alba.

Las condiciones laborales establecían en muchos lugares que la jornada empezara «por la mañana a la hora en que la luz natural permita ver en los salones, y acabará a las nueve y media»¹. Esto significaba que el camino hacia y desde los trabajos tendría que hacerse, forzosamente, en la oscuridad.

Una vez en sus hogares, es de suponer que la mayoría descansaba y dormía durante las noches. Sin embargo, las fuentes indican que hubo mucho más movimiento en las calles capitalinas que lo que podemos pensar, y no sólo por parte de los vigilantes o los trasgresores que hemos mencionado. Francisco Zarco dio luz al respecto cuando afirmaba que no todos duermen, que:

unos se retuercen en el lecho del dolor; otros lanzan su último suspiro; otros no pueden dormir porque los desvela su ambición; la mujer está en insomnio luchando con pensamientos de amor; para muchos es la primera noche de boda; hay hombres que permanecen hasta el amanecer en el tapete del juego; hay maridos que entran tarde a su casa sin que nadie lo sienta; hay esposas que cometen infidelidades; hay poetas y literatos que escriben o estudian en medio del silencio, hay reuniones misteriosas que tratan de conspiraciones; hay canciones en los cuerpos de guardia; sacerdotes que salen a confesar a un moribundo; infelices que duermen en la calle porque no tienen casa; hombres de estado que están inquietos².

1 Véase por ejemplo, el reglamento de la Fábrica de Hilados y Tejidos de Tlalpan de mayo de 1866, citado por Juan Felipe Leal y José Woldenberg, *La clase obrera en la historia de México, del estado liberal a los inicios de la dictadura porfirista*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1996, p. 51.

2 Francisco Zarco, *México de noche*, op. cit., p. 160.

Y en este caleidoscopio, hubo quienes se lanzaron a la aventura de la noche a vivir su propia experiencia, ya fuera de manera permitida o clandestina, en las diferentes actividades que las «deshoras» les ofrecían, y que para muchos fueron lo suficientemente atractivas para mantenerse en pie y tomar riesgos. Este era el momento ideal para trasgredir la norma, pues «el pecado, a semejanza de las alimañas, gusta de la sombra, del charco, del basurero y del bache, y como ciertos setentones, se alimenta de las tradiciones callejeras»³.

Fue también el momento ideal para los abusos, ya que entonces podría desarrollarse una violación como la que recuerda la protagonista de la novela *La Clase media* (1850) quien se lamentará de que, años atrás, «era pura, inocente y casta como un niño [y cómo] una noche, valiéndose de un narcótico y ayudado por una mujer malvada, penetró un hombre infame en su aposento, para arrancarle el honor y marchitar la flor de su pureza»⁴. Así es, la noche despertaba muy malos instintos en algunos.

En otro ámbito, para quienes iniciaban la jornada laboral a las tres o cuatro de la madrugada, esto significaba vivir la noche y trabajar entre claroscuros. Así, los mercados, las panaderías, los transportistas, y alguno que otro comerciante, pasaban parte de las noches en «vela» –y con velas– para ofrecer los servicios que la jornada requería y para que la gente pudiera abastecerse de lo necesario al alba. Contaban para ello con la seguridad de los serenos, policías y autoridades que tuvieron cierto control sobre los peligros reales –o imaginarios– de la oscuridad. En todo caso, no se descartaban los riesgos inherentes al transitar nocturno, muchos de los cuales han quedado consignados en las secciones periodísticas «Ocurrencias de la noche» o «Policía de Seguridad». En ellas quedó constancia de que más de un delincuente hizo de las suyas en ese entorno.

3 Ángel de Campo, *La semana alegre*, op. cit., p. 266.

4 José Díaz Covarrubias, *La clase media*, México, Tipografía de Miguel Castro, 1850, p. 79.

En su novela *El fistol del diablo* (1846), Manuel Payno reprodujo escenas de asaltos y asesinatos realizados bajo el amparo de la oscuridad: «Por la noche salió, como tenía de costumbre, y ya cerca de las once se retiraba a su casa, cuando fue asaltado por un hombre que le dio siete puñaladas [y que] desapareció entre las sombras de la noche»⁵.

Aun en este entorno peligroso, hubo muchos que necesitaron moverse y trasladarse en, desde y a la capital. Para viajar al interior, lo más común era utilizar el servicio de los carruajes que iniciaba sus recorridos en la madrugada. «Casi no hay persona —decía Payno— que no sepa que en el callejón de Dolores, en México, está el despacho general de las diligencias, y que diariamente, a las cuatro, cinco, seis y siete de la mañana salen para Veracruz, para Puebla, para el Interior, y para otros puntos cercanos a la capital»⁶. Obviamente se requería caminar por la Ciudad desde antes de las 4 a. m. para poder llegar a tiempo a la estación.

García Cubas se refirió al ruido que hacían estos vehículos al recorrer la Ciudad, mismos que despertaban a su vez a la población: «apenas recibían los cocheros la orden de partir, las diligencias rodaban velozmente por el empedrado de las calles produciendo un ruido infernal é interrumpiendo el silencio de la noche que ya declinaba»⁷. Payno suscribe este escándalo: «Como eran las cuatro de la mañana, estaba oscuro, y todos los pasajeros soñolientos y de mal humor, se introdujeron en el carruaje, que al dar el reloj de la Catedral cuatro campanadas, partió con la velocidad del rayo, turbando con su ruido el reposo de los habitantes de México, entregados todavía al descanso y al sueño»⁸.

Ambos autores se refirieron a las carretas que salían de madrugada de la Ciudad y mencionaron la rapidez con la que éstas

5 Manuel Payno, *El fistol del diablo* (1846) México, Porrúa, 1967, pp. 140-141.

6 Ibid., p. 164.

7 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 198.

8 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, *op. cit.*, p. 164.

se movían. Payno señaló: «partió con la velocidad del rayo, turbando con su ruido el reposo de los habitantes de México», mientras que García Cubas afirmaba que «rodaban velozmente». Nos dan así un indicio de lo que en aquel momento significaba la rapidez⁹.

El lapso de mayor tranquilidad en la capital, según se deja ver a partir de las fuentes, sería entre las 12 de la noche y las 3:30 de la madrugada, aunque esto no significaba que estuviera «muerta» del todo. Hay registro de que había mujeres que transitaban después de la media noche –y que por definición serían prostitutas o parteras–, pero no sólo ellas.

García Cubas narró cómo se subía la gente a los carros metiéndose como cuñas en los asientos repletos de pasajeros, en lo que se convertiría en una verdadera aventura «a ciegas»:

Aún reinaba la obscuridad de la noche, y la escasa luz que proyectaba la farola de la Casa de Diligencias no te permitía distinguir sino tan sólo los bultos de tus compañeros de viaje, todos arrebujados en sus mantones o capas y los más soñolientos. Entre esos bultos, uno que se hallaba frente a frente de ti pertenecía evidentemente, por lo que podías observar, a una dama, y como quisieras o no, sus rodillas se oprimían contra las tuyas, causábase cierto gozo tal circunstancia, a pesar de tu despreocupación y de tu ignorancia respecto de las prendas personales de la compañera de viaje que te había tocado en suerte, albur que jugabas y que sólo con la llegada de la luz podías descubrir si lo perdías o lo ganabas¹⁰.

9 Para mayor detalle sobre cómo se modificó el concepto de velocidad en el México decimonónico, véase Peer Schmidt, «“Siéndome preciso no perder minuto”. Tiempo y percepción del tiempo en México, 1810-1910,» en Alicia Mayer, coord., *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, t. 2, pp. 271-282.

10 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 198.

Evidentemente eran varios los pasajeros que se trasladaban de un lugar a otro, dando lugar a que los cocheros, los administradores y los diversos viajeros, transitaran por la calles de la capital a deshoras, asumiendo el riesgo que la oscuridad implicaría. Pero más allá de los peligros, destaca el papel de la imaginación que se despertaba como consecuencia de la oscuridad. Para el viajero la presencia de una dama tocándole las rodillas, en una escena sicalíptica incluso, representaba un valor agregado del viaje, y que asociaba además con la azar que podía obrar en su favor.

El desenlace de esta historia no es el mejor para el pasajero, debido a que cuando pudo ver a la dama, vivió «el primer sobresalto del camino, porque en vez de la beldad que [su] imaginación se ha forjado, [sus] ojos sólo veían una vieja, cuyas rodillas, entonces, en vano pugnaba por apartar»¹¹.

Lo mismo le sucedió a Arturo en *El fistol del diablo*, quien consistente con esta práctica de los coches de salir de madrugada. «a las tres y media de la mañana bajó y se metió en el coche; a poco fueron llegando los demás pasajeros, hasta llenar los nueve asientos [...] como era de noche, y la señora tenía perfectamente cubierta la cara, nuestro joven no la pudo conocer»¹².

La noche jugó un doble papel social, pues si bien podría ser un espacio «prohibido» para muchos –por la oscuridad, las amenazas, las condiciones de las calles, los miedos, etc.–, también lo era de libertad para poder hacer sin estar permanentemente observado, en un mundo en el que durante el día la gente siempre era visible y sus vidas se encontraban conectadas y entrelazadas por las necesidades propias de las comunidades donde todos requerían del trabajo de los otros para sobrevivir. El día se convertía en un momento de comunión por la supervivencia,

11 Ibid.

12 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, op. cit., p. 144.

y las noches de comunión con el descanso, la espiritualidad, la diversión, los placeres, lo proscrito o las emergencias.

Así, la noche tuvo diversas acepciones: una que invitaba al recogimiento y en el que las familias se encontraban y sentían seguras dentro de sus casas; menos vulnerables ante los peligros, reales o no, que les acechaban. Otra que brindaba algo de libertad a la población que, al final, podía hacer y deshacer con la complicidad de la oscuridad. Una más ligada a los que trabajaban a deshoras por prácticas atadas a sus propias profesiones, los serenos, y aquella que se podía presentar de manera fortuita con los médicos, comadronas o curas. En todos los casos, la noche era el escenario en el cual debían desenvolverse, más allá de sus condiciones.

A veces, entonces, las horas negras abrían una tregua a la regulación del día, pero adquirían su propia dinámica con los muchos personajes que de manera legal o clandestina compartían el espacio nocturno: policías y serenos; parteras, doctores, heridos, enfermos, moribundos y sacerdotes; mendigos, vagabundos, pordioseros y ladrones; jugadores, ebrios y prostitutas; músicos, actores y cantantes; los insomnes, melancólicos, literatos y poetas; los piadosos y los infieles; «las parejas de amantes que ocultaban en la sombra sus relaciones»¹³ o los conspiradores que «se reúnen a deshoras de la noche disfrazados, envueltos en una luenga capa»¹⁴. Muchos más de lo que el sentido común indicaría y de los que el propio Zarco daba cuenta más arriba. De cada uno de estos personajes habrá historias que contar, aunque algunos de ellos resultan más emblemáticos que otros por su quehacer nocturno.

Las zonas céntricas de la capital fueron las más visitadas por estos personajes, también las más cuidadas y en las que hubo

13 Federico Gamboa, *op. cit.*, p. 53.

14 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, *op. cit.*, p. 434.

mayor control por parte de las autoridades, pero conforme se alejaba la gente de esta área, a los suburbios, el espectáculo iba en decadencia y, si acaso no brillaba la luna, en la misma proporción aumentaba la oscuridad que reinaba en ellos en la noche:

El arrabal convidaba al drama, convidaba al atraco, convidaba al degüello de gendarmes, a la lírica laparotomía de las mozas distraídas y menesterosas, al infanticidio, al saldo de cuentas pendientes con el enemigo personal, a toda clase de infracciones, a toda clase de burlas a la ronda y al farol. Cada feudalismo de matanceros, curtidores, tejedores de esparto, polvoristas, fabricantes de fustes o de sillas o de féretros procuraba mantener siempre limpio y en alto el nombre de un barrio rico en proezas sangrientas... ¡La Coyuya! ¡Tepito! ¡La Paloma! ¡El Rastro! ¡Peralvillo! Sonaba como nombres de enigmáticas regiones, almacigos de valientes de chaveta (sic) y hembras bravas de navaja en la liga¹⁵.

LA SEGURIDAD NOCTURNA

Los serenos

Para dar algo de seguridad a «buenos» y «malos» que deambulaban por las calles, la capital contaba durante las noches con sus propios guardas.

Y en esta historia, los serenos fueron algunos de los personajes más protagónicos y representativos de las noches decimonónicas. Como se ha dicho, su creación se debió al virrey de Revillagigedo, quien preocupado por los peligros que acechaban a la población, estableció en 1790 el alumbrado público en la Ciudad de México, y a los encargados de vigilar que las lámparas estuvieran prendidas se les llamó guardafaroleros o encendedores.

15 Ángel de Campo, *La semana alegre*, op. cit., p. 268.

Este cuerpo especial se designó inicialmente «no sólo con el fin de cuidar de los faroles, encenderlos y apagarlos, sino asegurar a los vecinos que transitan las calles de noche de los insultos de los rateros, y librar las casas de sus ataques»¹⁶.

De acuerdo con el reglamento que acompañó esta iniciativa, por cada doce faroles habría un guardafarolero provisto de: «chuzo, pito, linterna, escalera, alcuza y paños y con la obligación de pasar la palabra unos a otros desde las once de la noche, diciendo la hora que es, y el tiempo que hace de cuarto en cuarto de hora, no valiéndose del pito sino para reunirse cuando necesiten auxilio»¹⁷.

Con el paso de los años, estos personajes se convirtieron en los serenos, por el famoso pregón que utilizaban, en el que anunciaban la hora y que todo se encontraba, en efecto, sereno. Su grito también certificaba que no se hubieran dormido «en el cumplimiento de su deber».

Desde sus inicios, los serenos debían llevar un vestuario particular, consistente en una capa azul con un sombrero, en el cual se incluía su número en latón, todo lo cual se les daba a cuenta de su sueldo.

En el México Independiente, las funciones nocturnas de estos personajes se regularon también. En *Idea de un Reglamento para los guardas del alumbrado que se nombran sereno*¹⁸ se proponían algunas responsabilidades para estos hombres, como las que se han mencionado de cuidar la distancia de los faroles a su cargo, mantenerlos limpios, y encenderlos y apagarlos a su tiempo. Además, debían ejercer algún tipo de vigilancia, arrestar a los sospechosos, y cuidar que en sus calles no hubiera robos, so pena de recibir una multa de cinco pesos si es que los había, como reprimenda. También debían «hacer tres registros a las puertas de

16 *El mosquito mexicano*, 22 de julio de 1836.

17 Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 508.

18 *El mosquito mexicano*, 19 de mayo de 1837.

su calle o calles para reconocer si están cerradas, a las ocho de la noche el primero, el segundo a las nueve, y a las diez el tercero.» Las horas previstas coincidían con los toques de oración y queda.

La seguridad nocturna se dividió entre los policías y los serenos, con una línea muy fina que dividía su trabajo, donde los últimos podrían hacer también las veces de vigilancia y, al parecer, ninguno era de total confianza¹⁹. De acuerdo con la *Idea de Reglamento*, los serenos debían reportarle a los cabos, y éstos al guarda mayor. Todos, en conjunto, deberían entregar sus reportes a la diputación.

Así, tanto los policías como los cabos supervisaban que los serenos cumplieran con su trabajo, que era fundamentalmente vigilar, cuidar de los faroles y economizar en la medida de lo posible el aceite para lograr ahorros al responsable del servicio en la capital.

La vigilancia se concentraba en torno a la Plaza Mayor de la Ciudad de México para cuidado de los habitantes del Palacio de Gobierno y calles aledañas. Conforme la población se alejaba del centro de la capital, los policías, guardias y lumbres escaseaban hasta casi desaparecer, dando lugar a la aparición de todo tipo de amenazas. Además, como indicaba Francisco Zarco, en cierta hora de la tarde, «los serenos han sustituido a los guardias diurnos, habiendo pasado entre unos y otros un intervalo de acefalía en que el pueblo se ve libre del *padre del agua fría*»²⁰. La referencia hace alusión evidentemente a un impasse en la vigilancia nocturna de la capital en la que prevalecía la falta de policía, pero el origen y significado de *padre del agua fría* es desconocido.

19 Así lo indican las entradas de la Inspección general de policía del Distrito Federal, que aparecían en los periódicos. Véase, por ejemplo, *El siglo diez y nueve*, 17 de agosto de 1861.

20 Francisco Zarco, «El crepúsculo en la ciudad», *op. cit.*, p. 172.

La poca o mucha autoridad que tenían los serenos, les permitía interceder en los espacios privados si así se requería: «Alguna vez despertaba: tenebrantes gritos salían de la accesoria de Don Frutos el zapatero, a cada golpe de batán conyugal una voz ronca increpaba a la mujer caída. —Vamos, ¡cosas de casados! —decía «el sereno»—, si le da más de ocho iré a ponerlos en orden...»²¹.

Asimismo, el servicio que ofrecían se dividía entre aquel que prestaban a las autoridades municipales para la vigilancia de los espacios públicos en general, y el que daban a particulares, en una especie de guardia privada a la que se presentaban más «arreglados» según las fuentes.

Con todo y estos esfuerzos por ofrecer algo de seguridad, los desmanes nocturnos de todo tipo no se hicieron esperar, y de acuerdo con los reportes oficiales, de manera muy frecuente. A pesar de la oscuridad, o quizá por ella, la noche se prestaba a que los pillos hicieran de las suyas, aparentando, literalmente, gato por liebre: «de las once de la noche en adelante salen *rondas fingidas* por un lado, y *patrullas* vestidas como tropa del ejército y armadas con fusiles de palo y bayonetas de hoja de lata, para robar por esos medios, nada difícil es que un solo lépero se finja citador de un juez»²². La negrura operaba como gran encubridora de los farsantes que se disfrazaban como vigilantes para poder delinquir con más libertad.

Cuando los serenos sí hacían su trabajo y aprehendían a los delincuentes, las secciones «Ocurrencias de la noche» o «Policía de Seguridad» mencionadas, daban cuenta de la actividad y de los actores nocturnos, notificaban el número de delitos cometidos y la causa de las detenciones.

21 Ángel de Campo, *La semana alegre*, op. cit., p. 267.

22 *El mosquito mexicano*, 17 de julio de 1835.

Por estos reportes policiales sabemos que el encargado de ejercer la ley durante la noche era el Juez del Alumbrado²³, que ya con el nombre nos indica la prioridad de su trabajo. Ellos ofrecían información puntual sobre los ilícitos, pero también de las actividades nocturnas de la población pues casi a diario aparecieron hombres y mujeres detenidos.

La nota incluía las incidencias de la jornada que eran reportadas al gobernador del Distrito Federal, así como los delitos cometidos, a saber: amagos con arma, desertor, «de orden superior», embriaguez, infracción de policía, protección de fuga, prostituta prófuga, prófuga de la casa paterna, riña y golpes, riña y heridas, robos, sospechas de robo, sodomía, vagos perniciosos, abuso de confianza, mendigo, seducción y servicia²⁴.

Para evitarlos, las autoridades debían emprender diversas acciones, como por ejemplo: «las pulquerías se cierran, los vinos y el aguardiente se cubren con cortinas de lienzo; de día bien puede cualquier ciudadano embriagarse, pero la autoridad cuida de la sobriedad nocturna»²⁵. A pesar de estos esfuerzos, las acciones policiales dan testimonio de que más de uno optaba por emborracharse en la capital, algunos aprovechando «los últimos momentos en que la autoridad permite la embriaguez»²⁶; otros incluso más allá de la hora permitida.

En la noche se aprehendían también a personas que llevaran consigo diversos productos, como puercos, lechugas, cazuelas o burras, presumiblemente porque pensaban que eran robados, lo que señala que no era legal transportar mercancía a deshoras.

23 Aunque son múltiples las entradas para estas dos referencias véase, por ejemplo, la noticia de *El Sol*, del 8 de abril de 1824.

24 *El Correo del comercio*, en su edición del 5 de septiembre de 1873, menciona los aprehendidos en el día y la noche anterior, sin distinción, siendo un total de 58 en total; 37 hombres y 21 mujeres. Para el 18 de diciembre, este número había aumentado a 82, siendo 51 hombres y 31 mujeres.

25 Francisco Zarco, «El crepúsculo en la ciudad», *op. cit.*, p. 171.

26 Francisco Zarco, «México de noche», *op. cit.*, p. 174.

Por ello, el sereno no debía «permitir pasar bulto alguno a persona desconocida, y arrestará a toda la que sea sospechosa de llevar algo robado, o de intentar algún robo»²⁷. Destacan en las noticias, aquellas que hacen referencia al sometimiento de gente desnuda; sin embargo, no se explica por qué estaban así, aunque sí hay referencias a varios asaltos en los que los ladrones dejaban sin ropa a sus víctimas. Por último, hubo otros detenidos por «tratar de quitar paño a una mujer»²⁸; quizá ladrones o violadores, aunque no se especifica.

Salvo las personas autorizadas –serenos y policías–, en diversos momentos durante las noches estuvo restringido o controlado el caminar, llevar algún farol y mucho menos armas. Idealmente no se debía circular, e incluso se intimidaba a la población para que no lo hiciera. Hay decenas de noticias de arrestos para aquellos que se atrevían a caminar tras el toque de queda, sobre todo, por supuesto: para los hombres y mujeres en estado etílico, violentos, prostitutas, incontinentes y ladrones. De hecho, una de las obligaciones de los serenos era la de «conducir todos los ebrios de un guarda al otro hasta la diputación, y lo mismo harán con cualquiera otro reo»²⁹.

Las noticias de todos estos arrestos nocturnos nos dan luces de la cantidad de gente que «habitaba» la noche, y de cuáles eran los principales delitos que cometían los trasgresores, no sólo de la noche, sino también del orden. Lo importante, de nuevo, es subrayar que había gente en la capital que, con luz o no y con vigilancia o sin ella, se lanzaba a la aventura de la noche, sin importar las condiciones de ésta.

Y para asegurar que esta vida nocturna se desarrollara en las mejores condiciones posibles, se había establecido precisamente el servicio de serenos, que garantizaba en teoría que, al menos,

27 *El mosquito mexicano*, 19 de mayo de 1837.

28 *El Sol*, en «Ocurencias de la noche», 17 de abril de 1828, p. 4.

29 *El mosquito mexicano*, 19 de mayo de 1837.

un poco de luz alumbraba las oscuras calles capitalinas. Por ello su presencia fue una constante que los desvelados encontraban de manera cotidiana. De ello dejó testimonio García Cubas:

Salimos al fin, de la fonda, a deshoras de la noche, para mi cosa rara. Desierto como las calles está el portal de los Agustinos. Sólo el reloj de la Catedral con su vibrante campana que da la una de la mañana y el alerta de los centinelas de Palacio, interrumpen el silencio de la dormida ciudad. En nuestro tránsito sólo encontramos a uno que otro sereno soñoliento en el umbral de una puerta, a otro atizando un farol, trepado en lo alto de su escalera de tijera, y a otro, en fin, que conduce a un borracho a la cárcel municipal³⁰.

“Será el sereno, pero no se ve linterna”

Si bien aparecían y deambulaban por las principales calles, la actuación de estos personajes nocturnos fue cuestionada en algunas ocasiones durante en el siglo XIX. Quizá como consecuencia de los desórdenes en los que cayó el país tras la Independencia, la exigencia a su trabajo se relajó, al grado de que algunos fueron acusados de señalar las cosas, casas y personas «robables» a los delinquentes nocturnos, convirtiéndose de facto en sus cómplices.

La falta de luz que acompañó al mal servicio de los serenos, operó a favor y en contra de la población, ya que lo mismo evitó que la gente saliera a las calles porque no veía, que permitió que saliera, precisamente porque no la verían, si es que ésta era su intención. A esto se suma que, con todo y la policía y los serenos, la vigilancia nocturna era más bien escasa; por ello, no pocas veces los hombres y mujeres se sintieron tentados a traspasar el umbral del toque de queda, haciendo que las actividades nocturnas se dividieran de diversas formas: las que se realizaban en espacios públicos y privados; las que eran toleradas o reguladas; y las que estaban totalmente prohibidas. Para todas ellas se requeriría algo

30 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 163.

de control que no siempre provino de los serenos, quienes entre sus malos hábitos tenían el de dormir en horas de trabajo, dejando desprotegida a la población.

Una carta inserta en *El mosquito mexicano* del 10 de abril de 1835, se expresaba así sobre la seguridad nocturna en la Ciudad de México:

Justamente ha extrañado el Sr. Gobernador del distrito lo opaco del alumbrado de esta ciudad, lo cual consiste... *en lo que consiste*. A una casa la robaron, porque había ladrones dentro; pero no es eso solamente lo que debe llamar la atención del Sr. Gobernador, sino lo abandonada que queda la ciudad de noche, por los que deben custodiarla, pues los Sres. *Esquineros* de a caballo, o roncan toda la noche sobre su rocinante, o cumplimentan a Morfeo en el quicio de alguna puerta hasta que Dios echa su luz. Los serenos en noches de luna se van a sus casas o a donde su gusto quiera llevarlos, con el pretexto de matar perros; y por último, el Sr. Mayor y el teniente del alumbrado, parece que no se exponen mucho al fresco de la noche, por temor quizá de los constipados que andan.

Este tipo de quejas por el servicio deficiente y porque abandonaban los puestos de trabajo para irse a dormir o a beber, son recurrentes en las noticias. El mismo diario insistía en el tema un año después afirmando: «tales guardas o serenos luego que encienden, se van a su casa (a cenar será) o se meten en alguna vinatería, o se duermen en alguna puerta sin hacer más caso de qué ocurrirá o puede ocurrir en la calle de su cargo: nadie los corrige por esto, y de ahí es que cada día sean más indolentes y descuidados, de cuyo descuido resultan los robos cotidianos»³¹.

En esas condiciones de oscuridad, resultaba entendible que la población llevara su propia lumbre o faroles para poder iluminar el camino, pero hubo un momento en el que incluso esto se prohibió. Según señalaba *El mosquito mexicano* en 1836:

31 *El mosquito mexicano*, 22 de julio de 1836.

Creídos nosotros de que no hubiese una prohibición para portar en las noches oscuras y tempestuosas un farolillo para buscar el mejor paso en algunas de las fatales y fangosas calles de la capital, ordenamos a nuestro mozo que en tales noches viniese por nosotros para acompañarnos con una luz; pero en vano nuestra prevención, pues antes de anoche se nos presentó el mozo en esta imprenta sin el farolito, diciéndonos que no lo traía porque un D. Fulano que pertenece al mal servido ramo de alumbrado, se lo hizo apagar otra noche, amenazándolo con que se lo haría pedazos.

He aquí compatriotas, un nuevo sultancillo en la capital; de grande importancia, a la verdad, pues es dependiente del encargado de las *tinieblas*, a cuyo arbitrio está el moribundo alumbrado de México. Nosotros respetamos la prohibición, si es que la hay, de no cargar un farolito³².

Buenos o malos, la presencia de estos serenos, así como de la policía o de los trasgresores de la noche que salían a delinquir o a divertirse, ayudan a construir una historia de las actividades que se realizaban en la oscuridad, y que en conjunto con muchas otras, forman parte de un submundo real que daba vida a una ciudad que supuestamente dormía.

Y sí, muchos dormían, pero otros hicieron de la noche su principal morada. De hecho, uno de los dichos más populares de la época: «será el sereno, pero no se ve linterna», se refiere a la presencia de diversos actores nocturnos que habitaban las calles de la ciudad. La leyenda supone que a deshoras todos los transeúntes debían ser serenos, pero, ante la ausencia de la linterna, la duda prevalecía sobre quién se hacía presente, y más valía tomar todas las precauciones posibles.

32 *El mosquito mexicano*, el 2 de septiembre de 1836.

Noche de perros (o de lechuzas)

Una faceta más de estos personajes es que, además de encender los faroles y vigilar, tenían como una de sus responsabilidades nocturnas el matar perros³³. Esta costumbre data de la Colonia al decir de un editorial del *Diario de México* de 1805, en el que el narrador cuenta: «Paseándome por la viña, estaba tomando el fresco a tiempo que descargaba su carro un carretonero. Traía en él perros y gatos matados por los serenos». El escrito continúa, implicando que hay gente que se roba la carne de estos animales muertos para cocinarla y venderla en las fondas que servían carne de perro; de perros que mataban los serenos³⁴.

Los canes fueron seguramente una plaga en la capital, y por ello los serenos tenían la nada honrosa tarea de acabar con ellos. En su edición del 12 de febrero de 1826, *El Sol* incluía una carta a los editores que se refería a ellos en los siguientes términos, y que ofrece argumentos que se repetirán a lo largo del siglo:

Aún sería mejor que promoviera el exterminio de esa multitud innumerable de perros, que infestan la capital del Nuevo Mundo, contra los principios de policía, civilización y de la sana moral. Ellos son perjudiciales por los continuos saqueos a que los obliga el hambre, en las casas en que hay el menor descuido; abrigan a los ladrones porque les avisan la aproximación de las rondas; incomodan con sus ladridos, que no parece sino que estamos en alguna pastoría, privando del sueño y del sosiego al vecino fatigado en el día con el trabajo de su ejercicio; y lo que es peor, su escandalosa impudicia en las calles y aún templos, despertó la malicia en la inocencia de la infancia.

33 Esto se deduce de una noticia aparecida en *El mosquito mexicano*, el 17 de julio de 1835, p. 3.

34 *Diario de México*, 16 de octubre de 1805.

La Ciudad de México estaba invadida por perros vagabundos «de que suelen verse pobladas las calles con graves perjuicios del público y de las familias». Para terminar con ella, los serenos se convirtieron en «mata-perros», pero al hacerlo, «se transforman en criminales, y por lo mismo se exponen a sufrir o la misma muerte o la paliza que estos *perros* dan a los perros»³⁵.

Al dar parte de las actividades nocturnas en los periódicos, el tema de los perros se convirtió en un tema cotidiano. Así sabemos, por ejemplo, que tan sólo en el mes de marzo de 1828 se mataron a 145 en la capital³⁶. Más encarnizadas aún fueron las noches del 27 al 29 de mayo de ese mismo año, en las que se sacrificaron 249 perros en tan solo tres días, según lo reportado por *El Sol* el 31 de mayo, en la entrada «Ocurrencias de la noche». Vale decir que también se señaló a los serenos por matar perros «por error», es decir no sólo a los callejeros sino a los domésticos, levantando sospechas de la gente que veía esta acción como una manera de dejar la puerta abierta de las casas a los ladrones.

El problema de los perros en la capital, y en particular su presencia en la noche, preocupaba a la sociedad, tal y como lo muestran el número de noticias relativas y la cantidad de matanzas que se hicieron. Quizá una de las cosas que más molestaban a la población, era que éstos ladraban lo mismo para anunciar la llegada de los ladrones que de las visitas –deseadas o no–, y quitaban el sueño.

Es posible que la sentencia de «una noche de perros» provenga de esta época por los constantes ladridos de los animales en las calles o porque terminaban muertos tras su aprehensión por los serenos. Un perjuicio más que se les atribuía, era la

35 *El mosquito mexicano*, 17 de julio de 1835.

36 *El Sol*, 6 de marzo de 1828.

creencia de que los canes eran nahuales –encarnación mágica de determinados personajes– incrementando la fantasía y los temores nocturnos³⁷.

Otro «animal» –real o figurado– que se hizo presente en las noches capitalinas, fueron las lechuzas, a las que debían también atrapar los serenos de la misma forma que a los perros. *El Sol* incluye una nota en su edición del 11 de julio de 1827 que sólo dice: «Lechuza. Cierta forzoso ecs-empleado (sic) municipal que chupaba el aceite años pasados en la calle de Balvanera.» Con lo cual no queda claro si la referencia a estas aves es literal o se refieren a los ladrones.

El mosquito mexicano, al hacer una crítica por la falta de alumbrado público, señalaba un símil entre perros y lechuzas:

Me parece oportuno invitar al que esté encargado del ramo del alumbrado, porque éste se encuentra más perdido que antes de que se hubiera hablado de lechuzas, etc., pues las más noches, y especialmente si llueve, no se puede andar por el callejón de Santa Inés, calle de Chavarría, de Quesadas, y otras que por su oscuridad no se ven, sin embargo de que es admisible alguna disculpa en este ramo, pues merced a la persecución que los ladrones hacen a las iglesias, han azorado a las lechuzas, y éstas sin duda se han dedicado por su necesidad y despojo eclesiástico, a hostilizar los mundanos faroles; pero yo y todos esperamos la enmienda, y que los serenos se dedicarán a matar lechuzas, para lo que no les faltarán arte ni manía, como lo hacen grosera y puniblemente con los perros³⁸.

Como se puede apreciar, además de vigilar, cuidar de los faroles y ahorrar el combustible, los serenos debían matar a los perros de la Ciudad, y atrapar a las lechuzas, fueran éstas aves o personas.

37 Para mayor información véase Roberto Martínez González, «Los enredos del diablo: o de cómo los nahuales se hicieron brujos», *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. XXVIII, núm. 111, 2007, pp. 189-216.

38 *El mosquito mexicano*, 21 de agosto de 1835.

Al margen de sus labores, estos personajes desempeñaron uno de los papeles más protagónicos, representativos y entrañables dentro del escenario capitalino decimonónico, y por ello fueron objeto de poemas, como es el caso de un estrofa de la Canción del Pastelero, en la que de manera jocosa se le solicitaba:

El sereno de esta calle
Me quisiera hacer favor
De prestarme su linterna
Pa devisar a mi amor³⁹.

No obstante las quejas y el buen o mal servicio que prestaban, su presencia en la capital y en el imaginario colectivo los convierte en una las figuras más clásicas de las noches. González Obregón recogió todo lo bueno que su trabajo pudo significar, al describirlos como:

Tipo estoico porque él ha resistido siempre el calor, el frío, la menuda lluvia y los fuertes aguaceros; tipo sufrido, porque él ha llevado con paciencia, las flaquezas del prójimo asustadizo, que cada rato oye pasos en la azotea de su casa y toma a los gatos por ladrones, y las impertinencias de los borrachos a quienes tiene que persuadir por la *razón o la fuerza* de que deben retirarse o caminar a la comisaría; tipo simpático para los enamorados a quienes, con la sonrisa en los labios y el farol en la mano, les proporcionaba la escalera para subir al cielo de sus amores; tipo en fin, que si a veces roncaba a más no poder, en otra época no lo hacía sino por intervalos de quince minutos, para poder lanzar su grito monótono y melancólico de:

—¡Las nueve y sereno! O,
—¡Las once y nublado!⁴⁰

39 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 171.

40 Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 508.

MUJERES NOCTURNAS

Las noctivagas

En esta imagen variopinta de la Ciudad, las mujeres tuvieron una presencia nocturna limitada. Al menos las mujeres consideradas decentes así lo harían, no así las «otras»...

La prostitución oficial o extraoficial, alcanza en México proporciones verdaderamente escandalosas. Bajo la apariencia patriarcal de esta ciudad, donde cantinas y restaurants apagan sus luces muy temprano; donde los jardines públicos, con excepción de los más céntricos, carecen de bancas para evitar escenas eróticas por las noches; donde la policía celosísima de la moral pública detiene (¿no sería más humano protegerlas?) a las mujeres que transitan solas pasada la media noche [...] en esta buena metrópoli burguesa, hay un número de prostitutas inscritas tan grande como en París, que a nuestros ojos atónitos se nos presenta como el país clásico de la prostitución y del vicio⁴¹.

Luis Lara y Prado se refería así a este fenómeno, sobre el que escribió un tratado en 1908, en el que daba cuenta de la prostitución y sus pormenores, y en el que la noche aparece como uno de los escenarios ideales para su práctica, aunque evidentemente éste no era un problema exclusivo de la capital, ni de México, ni de la noche, ni del siglo que empezaba.

La cita es rica en información sobre la noche y las prostitutas. Nos dice que, en efecto, hay una gran práctica en la capital; tanta, que se asemeja a París. Pero nos habla también de una especie de política de estado nocturna, tendiente a moderar, en aras de la moral, los malos hábitos encabezados por esta actividad. Entre las iniciativas, está el cerrar cantinas y restaurantes, y, muy significativo, eliminar las bancas en los jardines públicos para evitar

41 Luis Lara y Pardo, *La prostitución en México*, París-México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1908, p. 47.

escenas eróticas. Y afirma que las mujeres sí podían salir solas a la calle hasta la media noche, pero a partir de esa hora se arriesgarían a ser confundidas con «mujerzuelas».

Asimismo, Lara y Prado refiere el control que se tenía sobre ellas, y cómo –nacionales o extranjeras– se dividían entre las que se sometían a la Inspección de Policía de Sanidad y se registraban, que eran las «apuntadas», y aquellas que ejercían la prostitución de manera clandestina⁴². Para el caso que nos ocupa que es la noche, y según el *Reglamento de Sanidad* prevaleciente:

La primera –apuntada– puede exhibirse sin recato alguno ataviada de una manera llamativa, lo cual, como es de esperarse, aumenta inmensamente su éxito profesional. La segunda –clandestina– tiene que vestir discretamente; que acechar detrás de una ventana baja o desde el balcón de un hotel ya conocido; o bien que ir y venir desde las siete de la noche en adelante, por las calles más transitadas, haciendo oír su taconeo impertinente y regando oleadas de perfumes penetrantes [...]»⁴³.

Las clandestinas, que ejercían de noche, se sumaban al grupo de mendigos, vagos y delincuentes que aprovechaban el cobijo de la oscuridad para actuar con mayor «libertad», y eran muchas las que se beneficiaban de esta condición, y la literatura también dará cuenta de ello.

La aparición de las prostitutas será amplia en diversas novelas, como es el caso de *Claudio Oronoz* de Rubén M. Campos y *Los fuereños* de José Tomás de Cuéllar, o en la poesía de Guillermo Prieto, que repararía en esta actividad nocturna, en donde el mismísimo diablo se hacía presente:

Y entre mujeres que cantan
y entre caballos que corren
y entre hachones que relucen,

42 Ibid., p. 9.

43 Ibid., pp. 27 y 28.

en manos de hembras y de hombres
 los diablos van retozando
 en las sombras de la noche⁴⁴.

Mención aparte merece la reina de las novelas sobre una prostituta en la Ciudad de México, que es *Santa* de Federico Gamboa, en donde la noche juega un papel protagónico por supuesto.

Porque Santa triunfaba, había triunfado ya con sólo consentir que la desnudasen y bañasen con champagne en un gabinete reservado de la «*Maison Dorée*, cierta noche que los miembros mejorcitos del Sport Club, celebraron con cena orgiástica el hallazgo de esta Friné de trigueño y contemporáneo cuño⁴⁵.

Francisco Zarco no pasó por alto su presencia ni el que cierto orden se había impuesto en la Ciudad para evitar que se exhibieran descaradamente. Y como casi todos los escritores, usaba eufemismos o un lenguaje retórico para hablar de las prostitutas: «Hace poco las calles principales a esa hora estaban llenas de mujeres desgraciadas que también se habían adornado cuanto podían para ostentar sus encantos al pasar por los claros iluminados por las tiendas»⁴⁶.

La noche fue la principal aliada de las prostitutas al mantener en la clandestinidad su trabajo o bien al ofrecerles protección de poder ser vistas y reconocidas en la Ciudad. Sin embargo, también operaba en su contra porque la oscuridad impedía que las vieran y con ello conseguir la deseada clientela. Así, debían buscar y aprovechar esos espacios que contaban con algo de luz para hacerse visibles. Es curioso que Zarco no hable del alumbrado público, sino de la luz que prodigaban los comercios, más cercana, brillante y directa para iluminar a las mujeres.

44 Guillermo Prieto, *Por estas regiones ...*, op. cit., p. 145.

45 Federico Gamboa, op. cit., p. 117.

46 Francisco Zarco, «México de noche», op. cit., p. 174.

Por su parte, la prensa también dejó testimonio de lo que pasaba en las noches con estas mujeres cuya presencia era enorme en la capital⁴⁷. Sólo así se entiende que «el atrio y el zócalo de la Catedral habían sido convertidos en guaridas nocturnas de prostitutas y raterillos que allí hacían de las suyas con los transeúntes, aligerándolos de sombreros y sarapes, y obligándolos las noctívas a presenciar escenas poco edificantes»⁴⁸. Según el editorial «Bien Hecho», las autoridades ya habían expulsado a estos personajes del lugar, cosa que se celebraba, pues permitían que las familias regresaran a disfrutar de las magníficas noches que la estación ofrecía. Es decir: salir de noche.

De acuerdo con Ángel de Campo, fueron muchos los que dejaron constancia de la presencia de estas mujeres en las calles: «El novelista, el cronista, el poeta popular, el rapsoda vendedor de azucarillos, poetizaban aquella hampa pintoresca de lívidos enmarañados y demacradas y marchitas Lucrecias Borgias de dos trenzas y arracadas, con cigarrillo en la boca renegrida y chirlo de la sien a la comisura de los labios en la faz pintada con menjurjes de tlalalería»⁴⁹.

No todas las mujeres se mostraban abiertamente en los espacios públicos, algunas lo hacían «protegidas» en carruajes, lo que para García Cubas significaba «el desagradable encuentro de ciertos carros que son y serán, tal vez, por todo el presente siglo, el desdoro de la Municipalidad» durante las noches⁵⁰.

Cuando trabajaban a deshoras, las prostitutas podían significar también una oportunidad de negocio nocturno para los carruajes, cuyos cocheros transitaban por las noches deseosos de levantar clientes a quienes trasladar por un precio superior a los

47 Según Luis Lara, hacia 1906 había cerca de 10 mil prostitutas en la capital.

48 Por la Ciudad, «Bien hecho», en *El Imparcial*, 27 de marzo de 1898.

49 Ángel de Campo, *La semana alegre*, op. cit., p. 268.

50 Antonio García Cubas, op. cit., p. 177.

que se cobraban de día. En este caso, las noctívagas se liaban con ellos para conseguir su clientela utilizando la siguiente estrategia:

por la noche, cuando ya no hay esperanzas de pescar un trasnochador capaz de permitirse el lujo de pagar el precio doble, el amigo atrapa una noctívaga, la monta en su *calandria* y se echa a andar por esas calles de Dios. Apenas tropiezan con cualquier calaverón, la mujerzuela lo llama, lo invita galantemente a dar una vuelta, y si el infeliz acepta ya tiene para divertirse, pues cuando el pájaro quiere emprender el vuelo el cocheró le exige el pago de cuatro o cinco horas de alquiler⁵¹.

La prostitución no sólo se ejercía en las noches, pero en ellas había una gran actividad, seguramente porque era entonces cuando la oscuridad favorecía el anonimato de los solicitantes, tanto que «forman una legión de prostitutas vagabundas que hormiguean noche a noche por los barrios de la ciudad»⁵². Lo mismo sucedía con los prostíbulos que si bien abrían sus puertas durante el día, era en la noche cuando gozaban de más vitalidad tal y como se describe en *Santa*.

El diario del hogar publicó el 26 de octubre de 1884 el texto «La aristocracia del dinero», en el que se narra el enamoramiento de un hombre hacia una mujer, a quien decide seguir. Sin embargo, cuando la ve entrar a un prostíbulo, «no se atrevió a entrar en aquella casa en pleno día, a la vista de todos cuantos por la calle transitaban [pero] apenas las sombras de la noche cubrieron la bella capital de la República, cuando el Sr. H... envuelto en una ancha capa de paño azul oscuro, y oculto el rostro bajo el embozo, se dirigió a la calle de las Ratat y entró sin vacilar».

Para algunos, el temor, la hipocresía o la prudencia, les impedía actuar a plena luz del día entrando a las casas de citas, y la oscuridad servía de alcahueta para que las personas encontraran

51 «Chamusquinas», *El popular*, 16 de mayo de 1898, p. 1.

52 Luis Lara y Pardo, *op. cit.*, p. 69.

ese espacio de libertad para actuar, la cual no era sólo para los clientes sino también para las mujeres que ejercían la profesión. Guillermo Prieto narró la experiencia de un escritor extranjero, quien: «anoche por primera vez durmió en cierta casuchilla non sancta que está a la otra puerta: vino hasta sin sombrero, y ha escrito: Las damas mexicanas, aunque de un alegre trato, son robadoras de sombreros a los europeos. “Nota: La prostitución de México espanta”»⁵³.

La noche protegía la secrecía de las personas, y también lo hacían las autoridades, o al menos algunas de ellas que prefirieron no dar cuenta de lo que sucedía. El 2 de agosto de 1825, una noticia de *El águila mexicana* que apareció en la sección «Ocurrencias de la noche», narraba cómo, al hacer su ronda, un guarda tocó en una accesoria preguntando:

si había mujeres; respondiendo por el dueño que no, quisieron amarrarlo, lo que no verificaron. Llamaron seguidamente al guarda núm. 25 para preguntarle dónde había congaes, a lo que contestó que no era de su ramo, y preguntando lo mismo al guarda que da el parte, les dijo no ser guarda de congaes por lo que querían amarrarlo y llevarlo por fuerza a otra accesoria a tocar; con pretexto de buscar desertores, se querían llevar a las mujeres, más llegando el alcalde 2º lo impidió e hizo retirar la contra ronda.

Es evidente que, al menos en este rubro, hubo una intensa actividad nocturna, encubierta por los mismos guardas y las autoridades que se reservaron informar sobre los puntos de reunión de las prostitutas.

Muchos fueron los personajes que estuvieron involucrados en la vida nocturna. Tan sólo por mencionar aquellos que han aparecido en las citas de este apartado, encontramos: prostitutas, rateros, clientes, cocheros, policías, trasnochados, guardas

53 Guillermo Prieto, *Por estas regiones...*, op. cit., p. 63.

de congales, desertores, alcaldes. Y, al decir jocoso de García Cubas, algunas buenas cristianas:

La vecina de allá enfrente
Es una buena cristiana,
Sale a misa por la noche
Y vuelve por la mañana⁵⁴.

A ellos debemos sumarle algunos estudiantes, que según Lara y Prado no se distinguían «por su castidad y su templanza [y] acostumbraban dispersarse noche anoche, por los alrededores, para hacer conquistas fáciles, que muchas veces resultaban colectivas.» En este caso, narra cómo convencen a una mujer de ir al centro estudiantil donde vivían, y de cómo «hizo el don de sus encantos a los moradores de ese y del cuarto contiguo, amén de alguno que otro visitante que ella encontró a su gusto»⁵⁵.

Hemos mencionado arriba, cómo la vida nocturna se encontraba atada, en mucho, a la iluminación que ofrecía la luna, la que brindaba el alumbrado público e incluso el que proveían los comercios. También se ha referido cómo en las noches de lluvia todo se afectaba, y no es una excepción el caso de las prostitutas. Para ellas, «a veces, los tiempos no son propicios: la noche ha estado lluviosa o excesivamente fría; los pocos transeúntes con que ha tropezado en su paseo, se alejan titiritando, a toda prisa, ansiosos de ir a recogerse [...] suenan las nueve de la noche y las avenidas comienzan a vaciarse. El día se ha perdido, y la mujer tiene que retirarse, cansada, torturada por el frío, y sin haber obtenido un solo peso»⁵⁶.

Las noches pues, también traicionaron en ocasiones a sus habitantes preferidos.

54 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 602.

55 Luis Lara y Pardo, *op. cit.*, p. 8.

56 *Ibíd.*, p. 98.

Comadronas y parteras⁵⁷

Una excepción a la regla que mencionábamos arriba sobre las mujeres que salían de noche, y en otro contexto, son las parteras o comadronas que deambulaban a altas horas por la ciudad en su camino para asistir a las mujeres parturientas.

Roger Ekirch señala que en la madrugada los partos se presentaban con más frecuencia, con lo que la presencia de estas mujeres sería frecuente a deshoras: «no less resolute were midwives. If death was a constant presence at night, so too was life, with the number of births rising dramatically after 3:00 a.m., to judge from modern deliveries»⁵⁸. Si bien hace una proyección al pasado a partir de lo que parece ser una realidad contemporánea, algunos autores del *xix* mexicano, repararon en esta situación.

Manuel Payno, por ejemplo, decidió iniciar su gran novela costumbrista *Los bandidos de Río Frío*, con la historia de una parturienta, que después de algunas vicisitudes: «a la media noche, excitada con el susto y la emoción, dio a luz un robusto niño varón»⁵⁹.

Seguramente muchos niños nacieron durante el día, y otros tantos durante la noche, para lo cual médicos, parteras y comadronas andarían por las calles de la Ciudad recibiendo recién nacidos a todas horas. Antonio García Cubas se refirió a «las típicas escenas que tienen lugar generalmente por las noches

57 «Sobre las comadronas o parteras empíricas, a diferencia de las parteras tituladas, se señalaba que daban a las parturientas estampas de santos, cintas, papeles y obleas para que se las fajaran al vientre, fomentando con ello la superstición y la ignorancia de la población, y en particular entre la mujer mexicana.» Véase Claudia Agostoni, «Práctica médica en la Ciudad de México durante el porfiriato: entre la legalidad y la ilegalidad», en Laura Cházaro (editora), *Medicina, ciencia y sociedad en México, siglo *xix**, Zámora, El Colegio de Michoacán-Universidad Michoacana, 2002, pp. 163-184.

58 Roger Ekirch, *op. cit.*, p. 113.

59 Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*, *op. cit.*, p. 24.

en esta buena Ciudad de México, durante la mitad del Siglo de las luces, y que, salvo algunos detalles, seguirán presentándose mientras el mundo sea mundo, se refieren al acto indispensable de cristianizar a los recién nacidos»⁶⁰.

Y de tan típicas, el autor recrea lo que tal vez fue una imagen común en las noches capitalinas decimonónicas:

Las carreras de un criado por las calles a deshoras de la noche, cuando no es el propio marido acompañado, a veces, del sereno, y los fuertes aldabazos que se dan a la puerta de la casa de una profesora en obstetricia, son indicios ciertos de que el drama, tan temido como esperado en un hogar, se ha iniciado ya. El criado ó, pongamos por caso, el marido, envuelto en su gabán de paño grueso, pañuelo de seda al cuello y sombrero sumido hasta los ojos; la comadrona arrebujada en un mantón de espesa lana, y el sereno abrigado con capote especial de paño de Querétaro; los tres a la luz del farol del guardián público dirígen se apresuradamente a la casa de la paciente: el primero, para consolar y dar ánimo a la consorte y a sufrir, a la par de ella, como si la maldición del Señor a nuestra primera madre rezara con él; la segunda para ejercer su profesión en su calidad de adjunta a la facultad médico-quirúrgica y de profetisa, pues por medio de un alfiler prendido a cierta altura en una vela de cera encendida, asegura que al llegar la flama al expresado alfiler, el tan temido lance tendrá su realización, y el tercero para recibir la propina, volver a su puesto abandonado, lanzar una prolongada pitada y echarse de nuevo a dormir⁶¹.

Además de su aparición en la literatura, la actividad nocturna de parteras y comadronas fue registrada en los periódicos, como una de las salidas que debían ser reportadas a las autoridades. *El siglo diez y nueve* en su sección «Ocurrencias de policía», mencionaba los diferentes delitos y sucesos de la noche del 17 de enero de 1850. Uno de ellos refiere que: «el 81 –presumiblemente

60 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 182.

61 *Ibíd.*, pp. 182-183.

policía o sereno— condujo a una partera a una habitación de dependientes en el hospital de San Juan de Dios»⁶². Como ésta, es muy fácil encontrar referencias de estas mujeres en los reportes, lo que supone una presencia frecuente en las noches capitalinas y también la necesidad de cuidar sus pasos por la autoridad correspondiente para su andar nocturno.

Así, los personajes aquí mencionados —la comadrona, el marido, el criado y el sereno— se suman a la de muchos otros que formaban parte del escenario diurno y nocturno de la capital.

Los otros trabajos nocturnos para las mujeres (y niños)

No todas las mujeres que trabajaron de noche eran prostitutas o comadronas, también hubo modistas y costureras acostumbradas a laborar a deshoras, toda vez que aprovechaban la noche para avanzar en sus pedidos. Los ejemplos de estas labores son reiterativos en la literatura, se refieren en su mayoría a un sector clasemediero y casi siempre con un dejo de tristeza. Las damas velan, sí, pero por una necesidad evidente, como muestran los siguientes ejemplos: «De noche, mientras los ancianos descansaban, ella con una vela delante, trabajaba sin cesar...»; «permanecía sentada delante de una temblorosa y vacilante bujía, trabajando para mantener a sus padres»⁶³; «no sentía embarazo en aquella boca de lobo en la que se metía diariamente al anochecer, cuando iba a casa de la aristocrática modista parisiense, con el fin de cobrar la cotidiana labor»⁶⁴.

Los talleres demandaron asimismo el trabajo nocturno, en particular la industria textil, en cuyas fábricas se practicaba de manera cotidiana al decir de algunas noticias: «Así es la verdad,

62 *El siglo diez y nueve*, en su edición del día 20 de enero de 1850 da parte de los sucesos del 17 de enero.

63 Manuel Payno, *El fístol del diablo*, *op. cit.*, pp. 125 y 130 respectivamente.

64 Carlos González Peña, *op. cit.*, p. 11.

pues la fábrica de la Paz produce de mil a mil cien piezas semanales de manta trabajando de día y noche, y ocupa de ciento ochenta a doscientos operarios por el día, y otros tantos en los trabajos nocturnos»⁶⁵.

En efecto, conforme avanzó la industrialización en el mundo y en México hacia finales del siglo XIX, se incrementó también el trabajo nocturno. Con ese motivo, aparecieron en los diarios noticias sobre movimientos obreros y convenciones socialistas en Francia, en las que se introducían demandas laborales para los trabajadores en general, y en particular para las mujeres y niños, como la reducción de las jornadas, el descanso obligatorio los domingos, la supresión del trabajo infantil, y el nocturno para ambos grupos.

Los argumentos que se esgrimieron en estas inserciones en periódicos tan importantes como *La voz de México*, *El tiempo* o *El diario del hogar* en contra del trabajo nocturno, implicaban que éste era «opuesto a la naturaleza; que arruina los cuerpos; que es causa activa de perversión moral» y que, además, dado que incrementarían considerablemente la producción, acarrearía huelgas frecuentes en la industria⁶⁶.

El diario del hogar, en una traducción hecha ex profeso para sus lectores, incluía también los resultados de una investigación que la Cámara francesa había encargado para valorar el trabajo de los niños, las niñas y las mujeres. El concepto en el que se empieza a tener al trabajo nocturno femenino es interesante, y se le rechaza no sólo desde el punto de vista económico y legislativo, sino desde el higienista, el de la salud y el de la moral. La

65 *El siglo XIX*, 25 de junio de 1873.

66 *La voz de México*, el 10 de junio de 1890. En este año aparecen en los diarios mencionados varias noticias en torno a la convención socialista en París en la cual se discutieron estos asuntos. Véase por ejemplo: *El tiempo*, 19 de septiembre de 1890, o *El diario del hogar* del 5 de junio de 1890.

nota –que merece un abordaje más profundo desde los estudios de género– desincentiva el trabajo nocturno para las mujeres con los siguientes argumentos:

El trabajo de noche es nocivo, no sólo a la salud de las mujeres y de sus hijos, sino a su moralidad y a los intereses de su familia. La privación del sueño es una de las más penosas que pueden soportarse. Bajo este régimen, las mujeres se enflaquecen, se anemian (sic) y no tardan en sucederse y encadenarse todos los desórdenes nerviosos que trae consigo el empobrecimiento de la sangre, a la vez que la vista se debilita y se altera para este trabajo verificado durante largas horas a la luz vacilante del gas.

De día las mujeres tienen el recurso de depositar a sus hijos en el asilo; pero de noche tienen que dejarlos en su cuna, descuidados y sin alimento....

El trabajo de noche es igualmente pernicioso para las jóvenes bajo el punto de vista de la salud, y también porque las expone a los peligros de otra naturaleza: es imposible vigilarlas, lo cual acarrea para un gran número de ellas la mala conducta primero, y más tarde la prostitución⁶⁷.

Resultaba fundamental destacar los peligros que se le atribuyeron al trabajo, pero sólo al nocturno y sólo para las mujeres, a quienes lleva a ver afectada su moralidad y su familia, y sobre todo, su salud por las afectaciones que produce sobre el descanso, la alimentación, el sistema nervioso, la sangre y la vista. Por si no fuera suficiente, las vuelve irresponsables con sus hijos y, en el colmo, las orilla a la prostitución. En definitiva, según esta declaración de la convención socialista, trabajar de noche afecta gravemente a las mujeres.

No obstante lo anterior, la nota sugiere que hay una discusión en torno a la existencia de ciertos trabajos en los que sí se debe permitir el trabajo femenino nocturno, por la urgencia que éstos significan. Así, continua.

67 *El diario del hogar*, 5 de junio de 1890.

casi todas las mujeres que se han presentado ante la comisión eran costureras, modistas, bordadoras [trabajos éstos en los que mayoritariamente se desempeñaban también las mexicanas]. Hay aquí un hecho importante que observar, y es que entre los legisladores que están en pro de la abolición del trabajo de noche para las mujeres de las grandes fábricas, hay algunos en contra, que sostienen la subsistencia del trabajo de noche, al menos para las industrias de lujo, alegando la necesidad de satisfacer pedidos importantes de determinada época, so pena de disgustar a la clientela.

¿Cómo no trabajar todas las noches cuando se necesita que los vestidos estén preparados el mismo día en la época de los bailes y las fiestas?

Terminaba lo nota argumentando que estas medidas eran absurdas, y que no había que dejar trabajar a las mujeres, pues además el aire «está recalentado, viciado con los productos de la combustión del gas y de las exhalaciones pulmonares»⁶⁸.

Como se ve, para algunos legisladores había cuestiones urgentes que sí valía la pena atender durante las noches, aunque pusieran en riesgo —como se ha expresado arriba— la salud de las mujeres, por no decir sus virtudes. La industria de lujo era una de ellas, pues «¿Cómo no trabajar todas las noches cuando se necesita que los vestidos estén preparados el mismo día en la época de los bailes y las fiestas?» Es interesante, además, que el diario en cuestión reproduzca la noticia por considerarla de interés general, lo que sugiere quizá su acuerdo con las ideas que se manejan en la nota.

Por las razones que fueran, es un hecho que había trabajos nocturnos dentro de los hogares y en la industria, y que éstos utilizaban velas, petróleo o gas para alumbrarse. Destaca también que se empiezan a manejar argumentos para evitar que, al menos en las fábricas, las mujeres y los niños laboraran, y por ello se intenta regular y desincentivar que trabajen durante las noches. No obstante, era un hecho que ésta era una actividad

68 Ibid.

más o menos cotidiana para las mujeres, sobre todo dentro de sus casas, según se desprende de la información disponible.

OTROS ACTORES NOCTURNOS

Los demás...

Además de los serenos, los viajeros, los trasgresores, las prostitutas, las comadronas y las costureras, hubo muchos otros actores nocturnos en las noches decimonónicas capitalinas. Sabemos, por Zarco, que en las tiendas de moda, sastrerías y zapaterías había gente velando para dar fin a las tareas inconclusas del día, y que en las calles los vendedores de «sombrosos y botas de origen clandestino» o los de fósforos o lucifers, también vestían las calles con su presencia, al tiempo que las «músicas ambulantes [y las] serenatas en las esquinas»⁶⁹ alegraban algunos espacios.

Pero antes de que todos ellos aparecieran, a partir de las seis de la tarde cuando las campanas de las iglesias daban el toque de oración, algunas familias solían salir a «tomar el fresco», disfrutaban de la atmósfera crepuscular fumando puros, comiendo castañas asadas, saboreando las tortillas de cuajada y los turrónes. El bullicio vespertino daba vida a la Ciudad que aprovechaba los últimos rayos de luz para prolongar el día y las actividades permitidas. Las vinaterías y los cajones de ropa, las boticas, estanquillos y sederías, las fondas y los cafés, le daban también un toque especial al anochecer. «Casi todas las clases de la sociedad descansan a la hora del crepúsculo –agregaba Zarco–, pero el peluquero, el mozo de café, el dulcero, el boticario y otros pocos continúan su trabajo hasta más tarde; y en la noche comienza el del sereno, el del cómico, el de ciertos caballeros de industria, y el de la meretriz. ¡Todo es trabajo!»⁷⁰.

69 Francisco Zarco, «México de noche», *op. cit.*, p. 175.

70 *Ibid.*, p. 172.

Zarco escribió que a la hora del crepúsculo «el pueblo cena, la clase media y la alta hacen visitas, van al teatro, o se aburren en un sofá; unos cuantos juegan al billar; otros devoran los periódicos sin leerlos, y otros siguen vagando en las calles sin objeto, por cumplir su misión de peregrinar en este mundo»⁷¹. De esta manera, se entiende, la población se prepararía para empezar a vivir, propiamente, la aventura de la noche.

El toque de ánimas, a las ocho de la noche, ofrecía otro punto de quiebre para la población. Era el momento en el que «las niñas se retiran de sus balcones, las gentes vuelven a sus casas a tomar chocolate o a comer; los cafés y las fondas se llenan de parroquianos; los simones encienden sus farolillos, los jinetes se apresuran a apearse; las hijas de la alegría vagan en todas direcciones ostentando con descaro su vil modo de vivir, las puertas todas se van cerrando; brotan limosneros que de día deben tener vergüenza de mendigar su sustento»⁷². Así hasta las diez de la noche, cuando el toque de queda indicaba, ahora sí, que era hora de «guardarse» en los hogares.

Conforme avanzaban las horas y la oscuridad se extendía, «aquellas calles de Plateros, antes tan concurridas; aquella avenida que con sus rumores fingió una voz de seductor en los oídos de *La Rumba*, también estaban desiertas, cerrados sus escaparates y apenas si de trecho en trecho una tienda iluminada lanzaba al arroyo su reguero de chispas»⁷³. Y es que, en teoría, con la queda gran parte de la población de la ciudad se guardaba porque éste era el límite marcado por la costumbre y la moralidad para la convivencia y la actividad; después siempre sería, al decir de Ángel

71 Ibid.

72 Ibid.

73 «Los vendedores encendían sus farolillos de papel, y los quemadores de gas, como doble hilera de pálidas estrellas, se iluminaban de lejos.» Ángel de Campo, *La Rumba*, op. cit., p. 333. Esta novela apareció originalmente en veinte entregas en el diario *El Nacional* entre 1890 y 1891.

de Campo: «hora impropia para formar tertulia en la botica, en la tercerna, en las bancas del Zócalo o de la Alameda»⁷⁴. Impropia sería, pero de que había vida nocturna en la capital la había.

Parroquianos, rateros, limosneros y hasta «bruja», se sumaban a los personajes mencionados arriba para salir de noche a desempeñar sus labores, y lo mismo hacían quienes se desempeñaban en la limpieza de la ciudad, ya fuera como barrenderos o dando servicio a las atarjeas, que «necesitan también importantes reformas, como las del trabajo nocturno reclamado con tanta razón por el *Siglo* y el *Monitor*»⁷⁵. Había otros más que deambulaban fingiendo trabajar, y por ello «por cualquier parte podéis encontrar tenazmente embozados algunos frailes, de quienes nadie cree que anden ocupados en su ministerio»⁷⁶.

Fondas y cafés, con sus respectivos cocineros y meseros, se mantenían abiertos para dar de comer y beber a los trasnochados hasta la madrugada, mientras que era sabido que había comercios que de día operaban de manera conveniente, pero por las noches se transformaban en tugurios para dar lugar al juego y a la prostitución.

Las mayores referencias a trabajos nocturnos particulares, se ubicaban entre quienes desarrollaban diversos oficios: modistas, zapateros, carpinteros, y que se veían obligados a prolongar la jornada ante la inminencia de las entregas. «Pasó la hora del crepúsculo; los talleres se cerraron, quedando abierta una que otra tienda de modas, sastrería o zapatería, donde el obrero trabaja con luz artificial, donde está *velando*, como él dice, siempre que hace algo de noche»⁷⁷. Velaba porque eran las velas las que los acompañaban en sus labores.

74 Ángel de Campo, *La semana alegre*, op. cit., p. 295.

75 *El foro*, 26 de mayo de 1880.

76 Francisco Zarco, «El crepúsculo en la ciudad», op. cit., p. 172.

77 Ibid., p. 173.

Otros utilizaban algún combustible para iluminar el trabajo. En este caso, su consumo —al igual que todos los sistemas de alumbrado artificial— implicaba un gasto adicional dentro de los hogares que también delataba que ahí se realizaba alguna actividad nocturna: «Alentado con el éxito, la noche siguiente, en cuanto dieron las doce, se levantó otra vez y se puso a trabajar. Y lo mismo siguió haciendo varias noches. Su padre seguía también sin advertir nada. Sólo una vez, cenando, se le ocurrió esta observación: —¡Es raro: ¡cuánto petróleo se gasta en esta casa de algún tiempo a esta parte! —Julio se estremeció; pero la conversación no pasó de allí, y el trabajo nocturno siguió adelante»⁷⁸.

En general, las diversas fuentes hacen referencia constante a muchos oficios y profesiones que de una u otra forma requerían del trabajo nocturno. Algunos permitidos, otros tolerados y muchos prohibidos, todos se practicaban en la Ciudad de México. Una urbe que requería, dadas sus necesidades y dimensiones, de la presencia de autoridades y trabajadores para dar orden o satisfacer esos requerimientos.

78 *La enseñanza objetiva*, 10 de diciembre de 1887.

V

La aventura de la noche (diversiones y salidas)

...a las ocho de la noche se rezaba el rosario, se cenaba a las nueve y se acostaban a las diez [...] Mientras las niñas fueron chicas, toleraron esta vida; pero cuando la edad fue desarrollando sus instintos amorosos, y percibieron que había teatros, y bailes, paseos y diversiones, su existencia les pareció insoportable.

MANUEL PAYNO, *El pistolero del diablo*

¿Y QUÉ HACÍA LA GENTE DE NOCHE?

Las diferentes estrategias que de manera consciente o no desarrolló la sociedad a lo largo de los siglos para evitar que la gente saliera durante las noches a los espacios públicos, ya fuera por seguridad, miedo o pobreza, tuvieron un impacto parcial sobre algunos sectores de la población. Las 10 de la noche eran consideradas como la frontera de la hora permitida para transitar por la calle sin un propósito fijo, sin embargo, múltiples fuentes narran diversos episodios que transcurrían a partir de esta hora. Ellos enriquecen el conocimiento que tenemos sobre lo que se podía y acostumbraba hacer en las horas que van del ocaso al alba.

Los espacios públicos, como iglesias, bibliotecas y oficinas administrativas, cerraban sus puertas a partir de las 6 o 7 de la noche, y es posible que las escuelas nocturnas –si las había– lo hicieran dos o tres horas más tarde.

Iniciaba entonces un espacio de sociabilidad que se podía ampliar para los trasnochadores hasta altas horas de la madrugada, y en donde algunas otras actividades, como las asociadas al comercio, la alimentación y las diversiones, se mantenían activas para atender a esos «prófugos» de la luz. Así pues, prácticamente todos los desvelados estaban ligados o al disfrute de las horas negras o a dar servicio a los privilegiados que las gozaban o a preparar los insumos que se requerirían apenas despuntara el siguiente día.

Ya hablamos de aquellas salidas por cuestiones laborales, obligadas o necesarias, por lo que ahora nos referiremos a las que se hacían por diversión.

Sabemos que el *xix* favoreció la realización de presentaciones en los teatros y circos, así como de reuniones públicas o privadas en tertulias, bailes, lugares de juego y los mencionados prostíbulos, donde había acción durante la noche. Otros más que también tuvieron presencia y eran una amenaza potencial de las andanzas nocturnas fueron los mendigos, ladrones y vagabundos que se sentirían cómodos en ese entorno, y que aprovechaban la oscuridad para «hacer de las suyas».

Para quienes necesitaron trasladarse por las calles capitalinas, o incluso en la campiña, las salidas siempre implicaron cierto riesgo, sobre todo si se hacían cuando no había luna llena, no sólo por el temor a ser asaltados, sino también por el miedo a romperse la crisma, dadas las pésimas condiciones del alumbrado y las calles de la ciudad. En aquellos lugares en los que sí había algo de luz, ésta estaba atada a los diversos recursos y economías prevaecientes, pudiendo ser en el mejor de los casos lámparas de gas o petróleo, y en el peor de leña, ocotes o algún otro material combustible. Muchos de estos sistemas apenas servirían para ver sombras a lo lejos, pero también, y esto es más importante aún, para ser vistos por los otros, con todos los riesgos que implicaba.

A pesar de lo poco iluminada que estaba la noche, de los peligros reales o fantásticos, y de los miedos concretos o imaginados,

hubo en la Ciudad de México vida nocturna. Y si bien el uso mayoritario de la noche era para descansar, no todos se recogían en sus hogares para dormir y esperar que el canto del gallo o el alba les despertara para dar inicio a la jornada.

Esos amaneceres –con el quiquiriquí o el rayo del sol– eran conocidos por todos a menos que, como refiere García Cubas, fueras «uno de esos que hacen del día noche y de la noche día y aun así, atrasado por tus extravíos, pueden haberte sorprendido los primeros albores de la mañana, y si tampoco por esa contingencia los conoces, permanezca intacta tu ignorancia, pues no esperes que aguce mi pobre entendimiento para describir tal belleza natural a flojonazos y calaveras como tú»¹.

Desde luego que no todos los que hacían «del día noche y de la noche día» eran «flojonazos y calaveras», pero de que hubo múltiples actores que participaron del divertimento nocturno, dan cuenta varios autores así como los anuncios que aparecieron en los periódicos y que hablaban de espectáculos que se realizaban en circos y teatros, o de las salidas a los bailes y las cantinas.

Uno de ellos, que apareció en el *Boletín Republicano* en 1868, incluía un amplio espectro de actividades nocturnas:

Anuncios:

Circo de Chiarini

Grandes bailes para las noches del domingo 23 y martes 25. «Bonitas lámparas de gas, un alquiler de disfraces, numerosa orquesta– Bien provista cantina.» Entrada: \$ 10

Teatro de Oriente

Bailes de máscara (mismas noches que la anterior). «Una profusa iluminación –Magnífica música– Abundante cantina.» Entrada \$06
Salón de artesanos

Bailes de máscara (mismas noches que la anterior). Luces de colores– Bien servida cantina. Entrada general: \$03»².

1 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 197.

2 *Boletín Republicano*, 22 de febrero de 1868.

Los bailes que se ofrecían parecen haber sido una especie de fiesta de paga abierta para todo el público, con música y bebida incluida.

Curiosamente, García Cubas refiere como parte de sus recuerdos, que «durante las noches de los miércoles y sábados [...] los teatros cierran sus puertas, por ser aquéllos días de correo»³. Es probable que esos días fueran aprovechados por la población para leer o escribir cartas, en un momento en que en que éstas eran el vínculo y la comunicación por excelencia entre la gente a la distancia. Sin embargo, la revisión de la hemerografía da cuenta de que las cosas no eran así, y de que las funciones en los teatros también se hacían en miércoles y sábado, por lo que sólo podemos especular sobre la afirmación anterior⁴.

Ángel de Campo habló asimismo de las actividades nocturnas a finales de siglo, y nos comparte cuándo y qué actividades se podrían realizar en otros entornos capitalinos:

Las de los sábados, domingos y lunes eran noches de algún trabajo y vela probable; del figón, por cuestiones maceradas hasta la fermentación en el tlachique; del velatorio, por viejas enemistades traídas a cuento junto a los despojos mortales de un tifoso; del baile de candelillas y ponches servidos en jarro, por celos, o de en casa del hojalatero por divergencias de criterio en la interpretación del espíritu de las leyes del 'rentoy', salían dos o tres hombres o una muchedumbre de vecinos y familias enteras hasta en medio de la calle para sostener ahí, en la oscuridad, al aire libre, las echadas de versos propalados a puerta cerrada⁵.

3 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 187.

4 Véase, por ejemplo, cualquier ejemplar de *El Monitor Republicano*, en la mayoría de las ediciones aparece algún anuncio ya sea del Teatro Santa Anna en los cincuenta, o del Principal, Iturbide o Nacional en los sesenta, dando cuenta de las diferentes funciones que se ofrecían.

5 Ángel de Campo, *La semana alegre*, *op. cit.*, p. 267.

Muy común fue el juego de naipes mencionado. Manuel Payno, también se refiere a él como uno de los entretenimientos nocturnos populares: «Una noche, después de las nueve, y cerrada ya la puerta para el público, comenzaron de uno en uno a entrar los concurrentes; en cuanto hubo cuatro reunidos, pidieron a Te-colota una baraja, y comenzaron a jugar rentoy»⁶.

Si damos seguimiento a las distintas noticias o testimonios de la segunda mitad del xix, se puede apreciar que casi todos los días hubo algún evento que atender en las noches. Y cuando no, quedaba, al menos, el acudir a los paseos capitalinos.

LOS PASEOS NOCTURNOS

Como se ha visto, poco antes de que las campanas señalaran el final de la jornada e invitaran al retiro, había un espacio de relajación que corría aproximadamente de las 6 de la tarde a las 10 de la noche, en el que algunos podían salir a recorrer las calles de la capital, «a pasear» acompañados de la iluminación de la luna o del alumbrado público.

Los paseos más populares eran al Zócalo —o plaza de Armas o de la Constitución— y a la Alameda. Ambos eran los centros de reunión⁷, aunque el primero fue ganando terreno en el corazón de los capitalinos para caminar por las noches, en mucho quizá por la generación espontánea de un espacio de socialización en torno a las cadenas que en algún momento de finales del siglo xviii se instalaron entre la Catedral y esta plaza⁸.

6 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, op. cit., p. 646.

7 Véase, Eulalia Rivera Carbó, «Alameda Central de la Ciudad de México. Cuatro siglos de remodelaciones» en *BiCentenario, el ayer y hoy de México*, México, Instituto Mora, núm. 20.

8 Para mayor información, véase Regina Hernández Franyuti, «Un espacio entre la religión y la diversión: el Paseo de las Cadenas (1840-1860)», *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 90, 2007, pp. 101-117.

Cuando la economía del país y de la Ciudad lo permitió, el Zócalo se benefició de las inversiones en iluminación para aplacar la oscuridad de la noche, y se invirtió en el alumbrado que favoreció que la sociedad decimonónica prolongara sus caminatas nocturnas. Para el entretenimiento y disfrute, diversas atracciones se desarrollaban en el lugar, se vendían comestibles y bandas de música tocaban en su plancha para amenizar y acompañar a los transeúntes. Regina Hernández nos recuerda que:

Durante dos décadas, de 1840 a 1860, el Paseo de las Cadenas fue el lugar donde se llevaba a cabo la sociabilidad informal, la interacción de los diferentes grupos y clases sociales. Fuera por las mañanas o aprovechando la claridad de las noches de luna y la débil luz que provenía de los faroles, por el Paseo de las Cadenas desfilaba una población que buscaba desde el sustento diario con la venta de diversos productos hasta la que concurría a divertirse, pasearse, enamorarse o simplemente cenar⁹.

Las condiciones para hacerlo, sin embargo, no siempre fueron buenas por la mala luz que había, aunque sus visitantes encontraron la manera de subsanar el problema. Así por ejemplo, bandas de las distintas guarniciones de la capital tocaban hasta las 21 horas en el Zócalo, pero para poder realizar su labor, «a causa de la insuficiencia del alumbrado público, caminaban a favor de la luz de sus marmotas, que consistían en voluminosas farolas de lienzo blanco completamente esféricas, que eran conducidas en astas de maderas por soldados que iban adelante de aquéllas. Algunos cuerpos han sustituido las marmotas con elegantes farolas de cristal»¹⁰. De esta manera, la luz que no proveía el Ayuntamiento, la brindaban estas bandas.

Recuperado de: <http://www.analesiie.unam.mx/index.php/analesiie/article/view/2230/2188>.

9 Ibid., p. 104.

10 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 170.

La llegada de las lámparas de gas no significó un cambio radical a largo plazo en el Zócalo por la falta de mantenimiento de las instalaciones. Según *El Monitor Republicano*, de 34 lámparas de gas que había en 1882, 30 no tenían bombillas –lo que provocaba que se apagaran con el viento–, 3 estaban rotas y la que sobrevivía estaba tan sucia que no podía iluminar nada¹¹. Así las cosas, aquellas bandas que participaban en la ambientación de la plaza memorizaban las partituras para poder tocar. En este caso aplicó literalmente aquel dicho que rezaba que «en tierra de ciegos el tuerto es rey», pues ya fuera por la luna, las antorchas, las marmotas o las lámparas de gas, algo de luz hubo, y estos paseos nocturnos fueron muy populares hasta las 11 p. m.

Según Manuel Payno, el Zócalo «tomaba» su descanso a media tarde, pero

en las noches, a las ocho en invierno y a las nueve en verano, vuelve la plaza a animarse. Bien que el frente del Palacio está mal alumbrado y la inmensa plaza negra y oscura, mirándose apenas como luciérnagas por los pocos y malos faroles, las músicas y bandas de los regimientos (y a veces hay ocho o diez en la capital) van como saliendo de entre las sombras y a la sordina por los ángulos y bocas-calles (sic) y haciendo alto en el frente de la puerta mayor [pero] a las once los músicos apagan las luces, guardan sus cornetas en las fundas, cargan con su música y sus sillas, las pesadas puertas de la fortificación se cierran con estrépito, los centinelas entran en sus garitones y comienzan a gritar el ¡quién vive!, las pocas luces de los faroles, faltos de aceite, van apagándose gradualmente, y la ancha plaza tenebrosa parece la boca temible y profunda de un túnel colosal¹².

Al menos hasta las once de la noche había vida en el Zócalo capitalino.

11 *El Monitor Republicano*, 16 de abril de 1882.

12 Manuel Payno, *El fístol del diablo*, op. cit., p. 450.

Contrariamente a la popularidad que tuvieron los paseos por la plaza mayor, la Alameda que era el otro espacio público para socializar en la capital, se fue deteriorando «a causa de estar privada de alumbrado, de hallarse rodeada de inmundas acequias y de tener sus puertas de hierro cerradas»¹³. Y a pesar de que el parque contó con lámparas de gas en un momento dado, éstas no lograron modificar el deterioro del mismo, a tal grado de que un editorial de 1886 afirmaba que: «pavor causa pasar de noche por las calles interiores de ese paseo [...] la Alameda no es ya un paseo, es un antro y ya las familias que solían pasear por las aceras exteriores se han desterrado de aquél lugar. En cambio los ladrones están en jauja y las plantas que no con poco costo y trabajo plantó el Regidor de paseos: Sr. Irineo Paz, siguen desapareciendo a gran prisa»¹⁴.

Otro testimonio de las condiciones de la Alameda durante las noches, sugiere que era uno de los lugares poco recomendados para visitar:

Es pésimo el alumbrado de toda la población, pero particularmente el de La Alameda, es infernal. Los paseos completamente a oscuras, son teatro de escenas poco edificantes, que a su pesar presencia el que tiene la desgracia de pasar por ellos. Permitir que el mejor jardín de la población se convierta en punto de cita de gente perdida, por economizar unas cuantas luces, nos parece censurable en alto grado. Ya que no es un parque cerrado cuya entrada por la noche esté prohibida, debía alumbrarse convenientemente, para evitar que se convierta en lugar de suciedades y tal vez de crímenes; que de seguro si no se pone pronto remedio, será imposible pasar por allí sin exponerse a algún percance desagradable¹⁵.

13 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 154.

14 *El Monitor Republicano*, 29 de octubre de 1886.

15 *Ibid.*, 21 de noviembre de 1886.

La gente perdida que menciona la nota eran los vagabundos, mendigos, prostitutas y demás trasgresores que «tomaron» y se apropiaron de este espacio tan céntrico. Más allá de sus oficios, ellos habitaron la noche y le dieron cierto colorido. De hecho, eran sus habitantes naturales, los que amparados por la oscuridad podían sentirse en libertad para actuar sin ser vistos, en un ámbito donde el anonimato era su mejor aliado.

Para quienes no «operaban» en estas condiciones, entre las 10 y las 11 p. m. se daba por terminada la jornada, y se retirarían a sus casas a descansar por gusto. Otros más lo harían por obligación, ya que en las llamadas «casas de vecindad», donde vivía el pueblo bajo, existía la disposición de cerrar las puertas a las 22 horas, obligando a sus habitantes a recogerse. En ellas «siendo toda gente de trabajo, se acostaban temprano y los bailes eran escasos»¹⁶, con lo que las salidas nocturnas más allá de la hora indicada estaban reducidas o limitadas a alguna emergencia.

Para otro sector de la población, no obstante, la noche abría un espacio de relajamiento donde el teatro, los bailes, las tertulias, los billares y los juegos de naipes, tuvieron un papel destacado. Mención aparte merecen las salidas en las celebraciones religiosas como Semana Santa, el Carnaval, Día de Muertos y Navidad, o bien, las fiestas patrias como el Grito.

Y si la noche había sido el espacio o el tiempo natural de los que debían trabajar o el de los proscritos sociales, el ocio consolidaría su presencia de manera triunfal en ese entorno en el XIX, a través de las salidas a los restaurantes o fondas elegantes, a los teatros, billares, antros de juego y demás. Así tenían que ser, porque, según Zarco: «Las tertulias, los bailes, los conciertos, han de ser de noche; porque entonces se descansa de las ocupaciones del día, y porque las mujeres necesitan de la luz artificial para

16 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 298.

que resalte su hermosura»¹⁷. De hecho, los conciertos eran anunciados también, como «tertulias musicales», y daban cuenta de algún repertorio orquestal.

Zarco escribe esta nota a mediados del siglo XIX, cuando la luz artificial dependía absolutamente de la flama, y esa era la iluminación que, a su decir, resaltaba la belleza femenina. Comentario extraño desde luego, considerando que la luz natural dejaba ver con mucho mayor nitidez. Como quiera que fuera, lo interesante es que las mujeres participaban de estas actividades nocturnas que terminaban entre las 11 y las 12, hora en la que, en teoría, se fijaba el límite para andar en la calle, y más bien la gente se vería apresurada para buscar el refugio y la seguridad de los hogares. Sin embargo, como veremos, para algunos apenas empezaba.

Definitivamente el teatro¹⁸, los bailes y las tertulias son temas a seguir para las noches decimonónicas y para imaginar cómo se realizaban en un ambiente donde el ocote, las velas o las lámparas de aceite, los alumbraban. La luna ofrecía la posibilidad de salir a la calle –ofreciendo algo de luz cuando el astro brillaba intensamente en un cielo despejado– y con ello caminar a los lugares indicados; en ese momento se podían ver los contornos de las personas o edificios con esa luz que sería suficiente y de las mejores para guiar el camino, y sobre todo, la mejor que se podría esperar y desear.

Con iluminación o sin ella, las horas oscuras se convirtieron en un espacio de ocio para romper con las exigencias del día y lanzarse a la aventura de la noche –como quiera que ésta se entendiera y practicara– en la que se podía disfrutar, de otra manera, de los espacios capitalinos.

17 Francisco Zarco, «México de noche», *op. cit.*, p. 176.

18 El mismo *Duque Job* tiene crónicas que hablan del teatro en México, y por supuesto, Enrique de Olavarria, *Reseña histórica del Teatro en México* de 1895 entre otros, pueden dar luz sobre las noches.

TEATRO

Entre los divertimentos culturales de la época, las presentaciones de cualquier índole que se hacían en los teatros de la capital fueron de los más populares, y tenían su antecedente en el país desde la Colonia, cuando las diferentes funciones se anunciaban en el *Diario de México*¹⁹.

En el México independiente, las representaciones de óperas, comedias, dramas o ballet se continuaron anunciando en los periódicos en forma recurrente²⁰, y su frecuencia y variedad fue recuperada de manera generosa por Enrique de Olavarría y Ferrari, quien en su *Reseña histórica del Teatro en México*, dio cuenta de manera pormenorizada de la evolución de este género.

En su obra dejó constancia de que las funciones se realizaban de noche con mucha asiduidad y público, lo que nos habla, de nuevo, de que la gente se encontraba en la calle después de las 10 p. m. o el toque de queda, pues ellas terminaban generalmente hacia la medianoche. En los años cincuenta, Zarco escribió: «son ya las diez y se oye el toque de queda, y el soñoliento alerta de los centinelas. Todo se cierra y nada interrumpe el silencio de la noche hasta que se acaban las funciones de teatro. La multitud sale en masa y se dispersa en todas direcciones»²¹.

De manera genérica las obras empezaban a las 9, pero desde que tocaban los campanarios el toque de ánimas, «por todas partes corren gentes muy bien vestidas que van al teatro [...] allí en la fachada [...] hay muchos que se detienen por ver y ser vistos; llegan muchos carruajes y al cabo de una hora ya entró todo lo que había de entrar»²². Al terminar las funciones, los transeúntes tomaban los pocos coches de sitio que recorrían la Ciudad para

19 Véase, por ejemplo, la edición del 3 de noviembre de 1805.

20 Véase *El Universal* del 9 de agosto de 1849.

21 Francisco Zarco, «México de noche», *op. cit.*, p. 158.

22 *Ibíd.*

llegar más rápido a sus casas, mismos que se cruzaban en su camino con los carros de limpia que intentaban acicalar las calles en esas mismas horas, para librarlas del putrefacto olor que los desechos del día ocasionaban. La gente que asistía al teatro: público, actores, tramoyistas, acomodadores, boleteros, salían de los coliseos más allá de la terminación de la obra, para encontrarse, según dice la nota, con los responsables del aseo. Al menos todos ellos circulaban también en las noches capitalinas, de la mano del resto de los personajes que hemos mencionado más arriba.

Gracias a todos los testimonios que hay de las presentaciones, sabemos que las puestas en escena ocupaban un lugar muy importante en las noches decimonónicas. En apoyo a esta idea, una carta publicada en *El observador de la República*, en 1827 y que aparece bajo el nombre de *Sociabilidad*, relata la visita de una joven jalapeña a la Ciudad de México en la que se quejaba de que no hay nada qué hacer en ella salvo ir al teatro en donde «sin este recurso yo no sé qué haría por la noche, pues no hay sociedad donde poder pasar un rato agradable, ni otro punto de reunión; así es preciso o morir de fastidio, o caminar a la comedia.». De acuerdo con esta publicación, le sorprende que lo que menos importaba de asistir al Coliseo —ella iría tres días seguidos a ver las presentaciones de una obra de teatro, una ópera y un ballet respectivamente— era ver el espectáculo, sino platicar, fumar y ser visto en su interior, lo que supone que éste se convertiría quizá en uno de los puntos de reunión para la «sociabilidad» nocturna²³.

A estos eventos acudía la gente «pudiente», que veía representaciones de todo el mundo, y que como dice la nota, lo mismo eran obras de teatro, ballet u ópera. Y es que, según Zarco, las opciones nocturnas no eran muchas para la población citadina, por ello, «la clase media y alta van al teatro»²⁴, y entre los más

23 *El observador de la República*, 27 de junio de 1827.

24 Francisco Zarco, «México de noche», *op. cit.*, p. 172.

asiduos asistentes, se encontraban los gobernantes. La *Voz de México*, refería el 18 de marzo de 1873 que el Principal se llenaba para escuchar *La Conquista de Madrid* y en él «el Presidente está en su palco como todas las noches».

Los teatros Santa Anna, Principal, Iturbide, Vergara, Nacional o Arbeu, entre otros, fueron en diversos momentos del XIX sede de las presentaciones y la «salida» habitual de la población que requeriría por ende de alumbrado para su realización. En algunos casos las funciones podían durar hasta cuatro horas, lo que habrá significado todo un reto para su iluminación que se encontraba reducida «á las candilejas del foro y a noventa luces colocadas en un gran disco de metal blanco bruñido, con su perilla dorada en el centro, aparato a que dan el nombre de lucerna y el cual descende ya encendido o asciende para encenderse por la horadación practicada en el centro del cielo raso»²⁵. Afortunadamente existen diversas imágenes de los teatros, en los que se aprecian múltiples luces que, en conjunto, darían algo de visibilidad al espectáculo.

La estrategia para poder iluminar los coliseos artificialmente significó uno de los desafíos más importantes para los empresarios, toda vez que las velas, antorchas o lámparas que quemaban algún combustible, enrarecían el ambiente, consumían el oxígeno, tiznaban las paredes y techos, y quizá dejaban ver muy poco del espectáculo que se desarrollaba en el escenario, ya que «palidecían los foquillos, envueltos en densa nube de polvo, esparciendo reflejos débiles en la atmósfera saturada del humo del tabaco y de las emanaciones fuertes de los organismos vibrantes»²⁶.

Es por ello que la gente iba al teatro a socializar más que a ver el espectáculo. «Se quejan los concurrentes a la ópera de que ven

25 Presumiblemente se refiere al Gran Teatro o Teatro Vergara, aunque no queda muy clara en la redacción a qué coliseo hace referencia el autor. Véase Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 160.

26 Carlos González Peña, *op. cit.*, p. 162.

las funciones a media luz»²⁷, porque la luz del «gas no disipaba las sombras» se quejaba *El monitor republicano*. Se dio incluso el caso de que por las deficiencias del servicio se llegó a tal oscuridad «que numerosos concurrentes encendieron cerillos para alumbrarse»²⁸. Y en otra ocasión, «la concurrencia comenzó a pedir luz a gritos y los artistas suspendieron la representación. Uno de los actores se dirigió al público participándole que se había mandado aviso de lo acontecido a la Administración del gas»²⁹. La experiencia de la noche se convertía así en toda una aventura.

De cualquier forma, asistir a estos coliseos era la salida cotidiana para muchos y para muchas: «a las ocho de la noche se veía con otro traje en el magnífico pórtico del Teatro Nacional, dirigiendo el lente a todas las muchachas que, elegantes, hermosas, llenas de aromas y de atractivos, concurren todas las noches a la comedia, con una constancia inalterable»³⁰.

Pero más allá de esto, lo importante es que la población –algunos al menos– tenían la posibilidad de ir a los teatros y tener un pretexto para salir de noche para divertirse, mientras que a otros muchos les implicó una fuente de trabajo más, aunque fuera nocturno.

LAS FONDAS, CAFÉS Y CANTINAS

Y así como Olavarría describe y descubre el mundo del teatro, Antonio García Cubas dedica parte de sus recuerdos para hablar de las fondas que a la salida de los coliseos visitaba la gente. Y es que, «las once han dado en el reloj de la Catedral, hora prudente para retirarnos a nuestras casas, mas es tan agradable el ambiente

27 *El Monitor Republicano*, 25 de septiembre de 1885.

28 *Ibid.*, 7 de agosto de 1888.

29 *Ibid.*

30 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, *op. cit.*, p. 243.

que se respira y tan espléndida la luz de la luna, que nos sentimos inclinados a no dar por terminada nuestra excursión nocturna y, por tanto, te invito a visitar, por último, el café del Cazador, que nos proporcionará buenos temas para nuestra conversación³¹.

Al margen de quiénes eran sus clientes, sabemos que pasadas las 12 de la noche había cafés para visitar, como el mencionado del Cazador, y otros como del Bazar, del Progreso o de la Bella Unión. Algunos de ellos eran más visibles por la iluminación de sus portales, mientras otros mantenían su presencia a partir de la fama que les antecedía. La Fonda del Conejo Blanco, por ejemplo, era difícil de encontrar por hallarse escondida, y la primera impresión era la de una: «gran lumbrada que arde, sin disipar las tinieblas de esa cueva que me parece del Infierno [y en donde] nada se distingue en ella, alumbrada como está tan débilmente por esa vela de sebo que arde sobre la mesa»³².

Complementaban esta oferta de lugares para socializar, algunos puestos ubicados frente al Portal de los Agustinos, y otros más dispersos por las calles, que al menos hasta las 10 de la noche –y quizá un poquito más–, ofrecían castañas, turrone, jui-les asados, tamales, dulces, y los obligados cerillos o «*fósforos del silencio*».

Es claro que quienes se lanzaban a las calles para asistir al teatro o simplemente para comer o tomar algo, podrían conseguirlo en estas fondas o cafés, y también en las cantinas, las cuales después de no haberlo podido hacer por algún tiempo, lograron hacia finales de siglo mantener abiertas sus puertas hasta la madrugada, esto previo pago para la licencia: «Parece que se vuelven a tener abiertas las cantinas hasta las dos de la mañana. Las horas extraordinarias se cuentan desde las 9 de la noche en adelante, y así es que una cantina que quiera tener abiertas sus

31 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 175.

32 *Ibíd.*, p. 163.

puertas hasta las dos de la mañana, que es la hora en que regularmente se cerraban antes de la disposición, tendrá que pagar por *horas extraordinarias*, una contribución mensual de 60 pesos»³³.

Cafés, fondas y cantinas, además de los puestos callejeros, daban comida y bebida a los trasnochados de una Ciudad que, evidentemente, no sólo dormía.

TERTULIAS Y FIESTAS

Para aquellos que no hacían vida de noche en espacios públicos, las tertulias o reuniones familiares se convirtieron en un recurso de diversión y entretenimiento que se podía prolongar hasta altas horas, a las cuales se iba a platicar, bailar y jugar.

Estas tertulias se hacían en las casas, al estilo de una reunión familiar, o bien, con algún pretexto para convocar a más gente, como las tertulias musicales de las que se ha hablado más arriba. De cualquier forma, imaginar la vida nocturna deslucida y aburrida, no parece haber sido la única opción de las noches capitalinas decimonónicas.

Aunque hay elementos para suponer que desde el siglo XVIII se hacían este tipo de reuniones, suponemos que se hicieron más frecuentes en el recién independizado país a partir de la llegada de los extranjeros.

El Embajador Poinsett, por ejemplo, organizó una en su casa, a la que asistieron mujeres que con su presencia adornaban el espacio y tenían oportunidad de bailar los valsés de moda.

En la Europa culta está generalmente recibido este género de pasatiempo –decía *El águila mexicana*–, con especialidad en las grandes capitales. En París se conoce bajo el nombre de *soirée*, y México da muestras del progreso de su civilidad con estas reuniones cultas,

33 Véase «Las Cantinas», en *La Voz de México*, 4 de diciembre de 1897.

en que se acercan las personas distinguidas de la sociedad, y forman una recreación tan honesta como propia de un pueblo civilizado³⁴.

La nota implicaba que estas reuniones apenas se empezaban a practicar, y desde luego destaca la mención de civilidad y cultura que suponían. Ya avanzado el siglo, en *La clase media*, Díaz Covarrubias afirmaba que había lugares en los que se hacían estas reuniones todos los días: «había hecho adornar suntuosamente el salón, y además de las tertulias que todas las noches se organizaban en él, daba muy frecuentemente espléndidas fiestas»³⁵.

En la década de los cuarenta Manuel Payno escribió *El fistol del diablo*, novela en la cual recrea muchos pasajes costumbristas de la Ciudad de México. Las tertulias aparecen a lo largo de la obra, y las ubica como una de las actividades cotidianas de la población³⁶, e igualmente menciona que hay personas que las organizaban en sus casas a diario. Éstas, sin embargo, no siempre son referidas como ejemplo de esas cualidades –civilidad y cultura– que mencionaba *El águila mexicana*, por el contrario, en algunas de ellas se habían relajado las costumbres: «Celeste fue convidada una noche a estar tertulias, a las que por compromiso asistió; pero bajó disgustada de tanto libertinaje, y de tan poca educación como reinaban en esas diversiones caseras»³⁷. Lo que queda claro es que había de tertulias a tertulias, incluyendo en este rubro prácticamente cualquier reunión.

Para algunos, este «libertinaje» tenía sus ventajas, ya que a diferencia de la asistencia a los teatros, las tertulias generalmente

34 *El águila mexicana*, 27 de octubre de 1825.

35 José Díaz Covarrubias, *op. cit.*, pp. 51-52.

36 «De la tertulia de grandes personajes, de todas clases y profesiones, que por las noches iban a su casa en elegantes carruajes» o «Aurora, alegre, hermosa como una ave del Paraíso, reía, platicaba, embelesaba con su canto a los mil amantes y adoradores, que todas las noches concurrían a la tertulia de su casa». Manuel Payno, *El fistol del diablo*, *op. cit.*, pp. 409 y 506 respectivamente.

37 *Ibid.*, p. 125.

eran por invitación, y en ellas los hombres y las mujeres jóvenes podían socializar e incluso realizar algunos juegos aceptados por la familia que permitían el roce de sus cuerpos, lo que las convertía en eventos muy animados y deseados.

Como no soy rico como Isidoro no puedo ir todas las noches al teatro; pero las paso muy divertido en una tertulia casera, donde se toca el piano, se canta, se hacen juegos de prendas y lotería, y donde hay el apretoncito de mano por debajo de la mesa, las declaraciones y las citas al oído en el «Tres veces sí y tres veces no,» donde se desliza en la mano la cartita en el «Florón anda en las manos», y se va a dejar hasta su casa a la linda visita, tomándola del brazo y adelantando veinte varas a los papás³⁸.

Guillermo Prieto dio fe asimismo de que estas reuniones se realizaban de manera frecuente: «Así preparado el teatro de la tertulia cotidiana, como hemos dicho, a las ocho de la noche se reúne la concurrencia»³⁹.

Se ha referido que García Cubas afirmaba que las tertulias se organizaban para «solaz y entretenimiento de los jóvenes durante las noches de los miércoles y sábado en que los teatros cierran sus puertas»⁴⁰. A pesar de que sabemos que esto no era así, es posible que en esos días fueran más frecuentes las tertulias.

De cualquier forma, al parecer las veladas familiares o sociales tenían una dinámica muy establecida en la que cada sector se integraba de manera diferente. Las mujeres por un lado, los hombres por el otro, los jóvenes se reunían en torno a diferentes juegos, y las ancianas contaban historias a los niños antes de dormir.

Definir en qué momento las tertulias se convertían en fiestas o en bailes es difícil de precisar, pues en ambos casos las reuniones

38 José Díaz Covarrubias, *op. cit.*, p. 13.

39 «Esa familia se reúne noche a noche a las ocho, y procuran divertirse» Guillermo Prieto, *op. cit.*, p. 173.

40 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 187.

podían terminar a altas horas de la noche. Quizá la diferencia estaba en la convocatoria o en la frecuencia de unas y otras. Las primeras se hacían de manera cotidiana, mientras que los festejos y bailes se programarían con cierta anticipación, y no eran tan recurrentes. No obstante, ambos eventos se realizaban de noche y en ellos podía haber música y baile.

En algunas ocasiones, las fiestas se organizaron con un motivo específico. Por ejemplo, *La voz de México*, incluyó en su edición del 12 de noviembre de 1897, la siguiente nota: «En la casa del Sr. Teniente Coronel D. Bernardo Palafox, se organizó una agradable fiesta. Varias estimables señoritas y distinguidos caballeros representaron la comedia ‘Zaragüeta’, que fue muy aplaudida. Luego siguió un animado baile que duró hasta las cinco de la mañana». La noticia se inserta como parte de la vida social de la época, pero no parece haber sido algo inédito en el contexto citadino. Manuel Payno, por su parte, refrenda el hecho de que estas reuniones terminaban al amanecer: «Cuando Arturo salió del baile, los primeros rayos del sol comenzaban a disipar los negros nubarrones que durante la noche habían reposado sobre los edificios»⁴¹.

En efecto, algunas terminaban muy avanzada la noche, y en ellas se llevaban a cabo diversos juegos de prendas llamados gatos y ratones —en los cuales el gato atrapa al ratón que es la joven y ésta le entrega una prenda—; «la momita», «el pan y queso»; «la monja y el diablo» o «la canasta de flores», entre otros, que «sólo se ponen en movimiento en los patios o en los jardines de las casas veraniegas, en noches de luna»⁴². Sin embargo, cuando la noche no lo permitía, podían jugar dentro de los hogares al «estira y aflojen», «Antón Perulero», «el buque cargado de mercancías», «vuelen, vuelen» etcétera.

41 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, *op. cit.*, p. 41.

42 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 190.

Y para provocar el sueño de los chiquillos, habría otro tipo de juegos, como «el monigote y el panadero», que tendrían la intención de adormecerlos, con lo cual se iniciaría un ritual nocturno en el que:

al fin dominados los niños por el sueño las nanas cargan con ellos y los llevan a sus camas, los persignan, los desnudan y los acuestan haciéndoles repetir, ya casi dormidos, la siguiente oración: Santo Ángel de mi guarda, Mi dulce compañía, No me desampares De noche ni de día. Con Jesús me acuesto, Con Jesús me levanto, Por la gracia de Dios y del Espíritu Santo. Bendito y alabado sea, etc. De la misma manera son llevados a sus dormitorios los niños de la servidumbre, quienes ya tranquilos caen en sus camas, como piedra en pozo⁴³.

Con esto, al menos algunos sí dormirían durante las noches.

Además de las mencionadas, se anunciaron también en los diarios algunas «Tertulias de inglés» *El Monitor Republicano* así lo hizo el 1º de enero de 1869, publicando que se realizarían los lunes, miércoles y viernes de 8 a 9 p. m. En ellas se conversaría sólo en el idioma mencionado, y se tendría que pagar 3 pesos mensuales. Eran éstas otra variedad de tertulias, semi nocturnas, y que quizá tuvieron que ver más con el aprendizaje que con la diversión.

BILLARES Y BAILES

Los paseos nocturnos, las salidas al teatro y las tertulias, se mantuvieron dentro de las actividades consideradas más «sanas» para la sociedad capitalina. Eran permitidas, no trasgredían el orden, no se presentaban excesos, y en general podían mantenerse dentro del ámbito de lo permitido y la ley.

43 Ibid., p. 194.

Algo similar sucedía con otras diversiones acostumbradas sobre todo por los hombres, como el jugar al billar, a cuyas salas asistían con frecuencia, lo que las convertía en una de las mayores atracciones nocturnas de la capital. Los billares del Hotel de Iturbide o del Café de la Bella Unión fueron algunos de los más famosos, manteniéndose abiertos hasta las primeras horas de la madrugada. El buen alumbrado que tenían sus salones proyectaba algún tipo de iluminación a las calles llamando la atención de los transeúntes. Ya avanzado el siglo, en los años ochenta, estos lugares fueron los primeros en contar con lámparas de gas, lo que habla de la importancia que tenían para la vida nocturna.

Otra de las diversiones recurrentes para la población, fueron los bailes que se organizaban aquí y allá por toda la Ciudad, convirtiéndose en uno de sus principales atractivos. La atmósfera nocturna, la oscuridad e incluso la presencia de la luna o la escueta luz artificial, brindaban un ambiente agradable y por ello, como afirmaba Francisco Zarco, los bailes «han de ser de noche».

Estos se organizaban en espacios privados y públicos, y los hubo incluso de paga. A principios de siglo se podían hacer libremente hasta las 9:30 p. m., pero a partir de esa hora era necesario aportar una cuota al gobierno para contar con vigilancia y recibir ayuda en caso necesario: los organizadores «tomarán una boleta del valor de un peso y además pagarán dos por el cabo y dos soldados que se les pondrán a su disposición, para custodia del orden y dar parte a la policía en el caso de ocurrir algún incidente desagradable que reclame su intervención»⁴⁴.

Fernández de Lizardi refiere uno de estos eventos nocturnos, en el que: «los amigos del cura lo quisieron obsequiar con un baile [...] el buen eclesiástico admitió el favor por no faltar a la urbanidad, y se entretuvieron todos muy alegres hasta las once de la noche, hora en que el cura trató de recogerse y, a su ejemplo,

44 *El fanal del Imperio mexicano*, 15 de mayo de 1822.

hicieron lo mismo los concurrentes». El autor incluye además un dicho: «se anochece sin blanca y se amaneca con principal»⁴⁵ que no acertamos a descifrar, aunque es claro que se refiere a tener suerte para conseguir algo, de acuerdo con el contexto en el que está escrito en la obra.

Los diversos eventos nocturnos se planeaban preferentemente cuando había luna llena para aprovechar su luz sobre todo para el trayecto⁴⁶. García Cubas narra un Baile de la Lonja –centro de reunión de los comerciantes–, del 14 de julio de 1853, en una noche de cuarto creciente, y por lo tanto sumergidos en las tinieblas de las calles:

La luna, que apenas ha llegado al cuarto creciente, sólo ilumina con su tenue luz los cuerpos superiores de los edificios en determinadas aceras, dejando sumergidos en las tinieblas los ámbitos de las calles. Vémonos obligados, para evitar testaradas, a las que estamos expuestos, deslumbrados por aquella faja blanquecina de moribunda luz, a caminar despacio y casi a la ventura, tanto que creo prudente esperar el paso de algún coche de sitio que la suerte nos depare para llegar a la Lonja sanos y salvos⁴⁷.

No obstante la oscuridad de la calle, el autor destaca la espléndida iluminación del salón y señala que él, así como todas las familias que había en el baile, salen a las 2:30 de la mañana, según «ha dado el reloj de catedral», y se despiden a las «Tres y sereno».

45 Joaquín Fernández de Lizardi, *Noches tristes días alegres*, México, Porrúa, 1959, pp. 97 y 101 respectivamente.

46 «In *Sense and sensibility*, published in 1811, Jane Austin recounted the Dashwoods visit a rather short notice to Barton Park. They were received by Sir John, who “hoped they would excuse the smallness of the party... He had been to several families that morning, in hopes of procuring some addition to their number; but it was moonlight, and everybody was full of engagements”». Citado por Brian Bowers, *Lengthening the day. A history of technology*, USA, The Oxford University Press, 1998, p. 2.

47 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 177.

La organización de un evento nocturno implicaba toda una logística difícil de coordinar. Popular o exclusivo, en todos los casos se requería contar con algo de luz para su realización, por lo que la iluminación era una de las columnas vertebrales para su éxito.

Díaz Covarrubias dejó constancia de un baile espectacular y de todos los matices involucrados, el cual se organizó por el compromiso de dos de los protagonistas de su novela *La clase media*. El escenario sería el ambiente perfecto en donde todo podía suceder por «una juventud agitada de diferentes pasiones en una noche de entusiasmo y locura.» Así, en un solo párrafo, el autor muestra el escenario completo y la forma en la que el salón se iluminó y los efectos que su luz generó en los presentes:

Era un espectáculo magnífico el que presentaba aquel extenso salón cerca de la media noche. El conjunto era hermoso; pero los detalles, contribuyendo a darle esa esplendidez, eran bellos por sí. Las arañas de cristal puro, como si fuesen de brillantes, produciendo una luz deslumbradora, los espejos aumentando la perspectiva y formando agradables ilusiones de óptica, la alfombra finísima de hermosos colores, el piano elegante y sobre todo, la lujosa multitud que ocupaba aquel salón, rostros de diosas, ojos de mexicanas, estaturas artísticas, blondas, diamantes, oro, manos pulidamente enguantadas, senos de alabastro, brazos torneados, una multitud agitándose sin compás, entrelazando las manos con las manos, los brazos con las cinturas; rostros reclinándose casi sobre hombros desnudos, pies diminutos y hasta fabulosos primorosamente calzados de blanco, sobresaliendo del no menos blanco vestido, dulces sonrisas de amor, de placer, miradas de embriaguez y de lánguida pasión, reflejando una luz mas bella que la de la luna⁴⁸.

48 José Díaz Covarrubias, *op. cit.*, p. 70.

El Imperio de Maximiliano se distinguió también por ofrecer bailes nocturnos, en este caso con la «nobleza» mexicana que se esmeró por emular y participar en los eventos que la «nueva sociedad» imperial requería.

Así, «en los grandes bailes y tertulias las señoras se presentaban escotadas y lujosamente ataviadas, luciendo riquísimas joyas y los hombres vestidos de grande etiqueta y de vistosos uniformes, civiles y militares, todos con sus condecoraciones. Los Soberanos, según expresión de la Corte, dignábanse romper el baile [...] recorrerían los salones y dirigían la palabra a los asistentes y daba fin el baile cuando Maximiliano y su consorte se retiraban a sus aposentos, lo que generalmente acontecía a las doce de la noche»⁴⁹.

Los bailes públicos, por su parte, se anunciaban en los periódicos, y según las noticias, durante el Imperio se organizaban tres noches por semana hasta las 12 de la noche⁵⁰, aunque quizá más de uno terminó ya muy entrada la madrugada.

José Tomás de Cuéllar narró en *Baile y Cochino* todo lo que sucedió alrededor de una fiesta, dando «luz» sobre muchos de los detalles asociados a la oscuridad y las implicaciones para su realización y arreglo, desde el personal –con la escasa ayuda de una vela o cerillo–, hasta el indispensable encendido de las lámparas y candelabros del salón.

Tal es el caso, por ejemplo, del personaje de Lupe que proveniente de un estrato socioeconómico bajo, se debe vestir y aderezar prácticamente entre claroscuros, y al salir, encaminarse «al zaguán, seguida por las vecinas y alumbrada por dos o tres velas de sebo que bondadosamente sacaban las curiosas y los muchachos»⁵¹,

49 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 504.

50 *Diario del Imperio*, 10 de mayo de 1865.

51 José Tomás de Cuéllar, *Baile y cochino...*, México, Porrúa, 2010, p. 98. Lo mismo sucedía en las calles cuando «a las puertas y ventanas asoman los vecinos que con sus velas encendidas alumbran el tránsito de su Divina Majestad» (se refiere al Divinísimo), Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 157.

para iluminar su paso. El detalle de informar que las velas eran de sebo, revela la mediana condición socioeconómica de Lupe y el vecindario.

Ya en el baile, la logística para contar con iluminación es descrita de manera pormenorizada por Cuéllar: desde la compra anticipada de candelabros, hasta el prendido, remplazo y apagado de las velas, lo cual era todo un tema para la preparación de cualquier baile, fiesta o reunión nocturna.

En este caso, el baile se realizó un sábado a las 9 de la noche. Como otros textos, la noche y los claroscuros engañaban, ya que permitían que la gente luciera mejor. Así sucedió con las hermanas Machucas –protagonistas de la novela y con algunos «defectos» físicos– que tenían «la apariencia de la hermosura, de noche», haciendo honor al dicho que reza: «de noche, todos los gatos son pardos».

De acuerdo con este autor, los bailes eran un espacio de liberación, donde la complicidad y el encubrimiento de la oscuridad –recordemos que aunque iluminados, la luz era muy débil– de la mano de la música y el alcohol, auspiciaban un espacio permisivo, pues «se trataba de bailar, quiere decir, de subir de un brinco muchos escalones hacia la dicha, de consumir la reacción del agua fría sobre una alfombra restirada y *tete a tete*, con el novio entregarse a las intimidades a las que la sociedad ha concedido patente de sanidad»⁵². Es decir, el baile permitía el acercamiento de los cuerpos y bien que se aprovechaba, abriendo con ello otra arista al estudio de la noche que es la moral.

Un ejemplo más de estas actividades nocturnas fueron los bailes de Año Nuevo que se celebraban en diversos puntos de la Ciudad, como el Gran Teatro Nacional, donde «la empresa ha dispuesto para la noche mencionada un espléndido baile y concierto en el que se guardará todo el orden y decencia debidos,

52 José Tomás de Cuéllar, *op. cit.*, p. 241.

para lo que estando de acuerdo con la autoridad, se han tomado las medidas necesarias a fin de que no se cometa la más mínima falta»⁵³. Otro más se ofreció la misma noche en el Casino Español, el cual terminó a las 3 a. m. No obstante, hay notas en los diarios que refieren bailes que terminaron a las 6 de la mañana. Como se ve, la noche no era impedimento para que estos eventos se realizaran, con los consabidos excesos que los festejos implicaban.

Hubo también dos concepciones de noches en la capital: una para los ricos y otra para los pobres sin duda, una en la que había actividades privadas o públicas a las que aunque fuera de vez en vez podía asistir la sociedad capitalina y otra más popular en la que había bailes «que se hacían por lo común a escote» como decía Rafael Delgado en *La Calandria*, refiriéndose a que eran de «coperacha»⁵⁴, o sea, que entre todos pagaban el evento.

Desafortunadamente, los bailes y juegos no siempre fueron para festejar o divertir a la población nacional. Durante la invasión norteamericana, el ejército invasor:

eligió el edificio de la Bella Unión para celebrar todas las noches orgías y bacanales, y el juego, la lujuria y el vino sentaron allí sus reales, sin límites ni cortapisas; la parte baja se convirtió en cantina y en salones de juego; el piso primero se destinó a bailes nocturnos y villanos, y los cuartos del piso segundo, eran teatro de escenas que la decencia no permite referir. A estos bailes eran

53 *El Monitor Republicano*, enero 1 de 1881.

54 «Los tales bailes se hacían por lo común a escote y solían ser esplendísimos, gracias al concurso que para el caso prestaban los operarios de los talleres del Ferrocarril, todos muchachos alegres y garbosos, que todas las tardes, a las seis, limpios del tizne del taller, deponen la blusa azul y el desastroso fieltro para vestir *jaquette* y calarse la bombita; hábiles y diligentes trabajadores, cuyo bienestar y circunstancias marcan el paso del obrero antiguo al obrero moderno.». Rafael Delgado, *La Calandria*, (1891) pról. Salvador Cruz, México, Porrúa, 1970, p. 65.

llevadas las mujeres más despreciables del bajo pueblo, y en una pieza baja eran vestidas por los oficiales para que entrasen al baile, y una vez concluido éste, eran del mismo modo desnudadas y echadas a la calle⁵⁵.

En este caso, los noches se convirtieron en espacios trasgresores para celebrar una tragedia nacional.

A pesar de las evidencias de los bailes nocturnos en la capital, sorprende que Gutiérrez Nájera –quien conocía bien a la Ciudad y dejó crónicas espléndidas de ella– se quejara hacia 1880 de que «en México [...] los bailes son tan raros como los cuervos nácares y los gatos de tres colas»⁵⁶. En su crónica *Noches de Tedio*, el Duque de Job manifestará su queja por la ausencia de tertulias, y en *Baltravesti* agregaba la de los bailes. Sabemos que el poeta disfrutó la capital y las placeres que ésta le brindaba, por lo que quizá lamentara que no hubiera aún más lugares que visitar en las madrugadas.

PARRANDAS, ANTROS Y ALBURES

Además de los bailes a deshoras, los capitalinos concibieron a la noche como el ámbito ideal para la fiesta, las borracheras y las canciones «de versos indecentes». «A poco se nos presenta un grupo de hombres y mujeres que andan de parranda –contaba García Cubas–, éstas entonando bonitas canciones, y aquéllos armonizándolas con los alegres acordes de las guitarras»⁵⁷. En este caso, era la propia Ciudad la que cobijaba a los trasnochadores, y en ella se liberaban.

55 Enrique de Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, vol. 1, p. 117.

56 «Baltravesti», en *Manuel Gutiérrez Nájera*, sel y pról. de Rafael Pérez Gay, México, Cal y arena, 1996, p. 256.

57 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 167.

En un plano más trasgresor, durante las noches se realizaban actividades más «extremas», por decirlo de alguna manera, como una que otra fiesta sin autorización oficial o las reuniones para los juegos de naipes –o albures–, siendo el más común y aceptado por las autoridades uno que se llamaba del *monte*⁵⁸. Para jugarlo se debía pagar una cuota por la licencia, lo mismo si se realizaban de día o de noche y hasta el amanecer.

De acuerdo con información que proporciona Servando Teresa de Mier para 1822, «el sujeto que quisiere tener una partida de este juego, tomará una boleta del valor de diez pesos, y si el fondo del monte pasare de mil pesos, pagará además el medio por ciento. Esta patente ... sólo valdrá para mantener la partida hasta el toque de las oraciones de la noche; pero si pasado el toque continuare la diversión, tomará el interesado otra boleta del mismo valor en cuya virtud podrá continuar la partida hasta las seis de la mañana»⁵⁹.

Por su parte, y de manera clandestina, algunos locales de la Ciudad se podían convertir también, en las noches, en antros de juego para quienes así lo deseaban. Todo esto de manera subrepticia, ya que mantener abierta una casa de juegos implicaba trasgredir la ley o tener que pagar cuotas para poder ejercer. Había entonces diversos lugares que durante el día funcionaban como tiendas normales y que al oscurecer se alumbraban igual que el resto de los comercios, con un «par de candilejos, alimentados con Manteca, y que despedían una luz vacilante y dudosa, unas densas columnas de humo y un insoportable olor [pero que] a las nueve se cerraba la tienda al público, se apagaban los

58 Más arriba se había mencionado otro juego de cartas llamado rentoy.

59 «Memoria Político Instructiva», publicada en *El Fanal del Imperio* el 15 de mayo de 1822 por Servando Teresa de Mier. p. 414. De acuerdo con la información que se ofrece en la nota, para estos años se prohibirían todos los juegos de naipes, y sólo se permitiría el llamado del *monte*.

candilejos, y se abría la casa para los amigos particulares, que con ciertas señas convenidas y algunas precauciones, podían entrar a cualquier hora de la noche»⁶⁰.

La labor que en ella desempeñaban los dueños, administradores y demás personajes que ayudaban en la labor de «tapar» el verdadero uso de las tiendas, era estratégica, como estratégica fue también la noche que los encubría. Según Manuel Payno:

el tendero es menester que sea hombre de mucho secreto, que vea, oiga y calle, que conceda un asilo al amigo descarriado, que ocurre a deshoras de la noche, y que permita en su casa el juego de albures. Regularmente en esta clase de casas, hay como de muestra o parapeto, o un viejo con una gran camándula en la mano, fingiendo que reza, o una vieja bruja llena de resabios y de salero, para decir claridades al lucero del alba, o bien una muchacha de no malos bigotes, que dé sus amorosas guiñaditas de ojo al alcalde del barrio y a los agentes de policía. Cuando acontece un lance, y el regidor tiene que acudir a uno de esos garitos, el viejo, la vieja, la muchacha, o la persona o personas encargadas de ella, llenas de sentimiento, y con las lágrimas en los ojos, gritan, que es una iniquidad de la justicia, que es un ultraje, y que es una casa de honra, donde hay niñas doncellas, y donde podían dormir seguros hasta los padres mercenarios⁶¹.

Así pues, la noche era también el ámbito de la simulación, donde cobijados por la oscuridad y la clandestinidad que las propias sombras ofrecían, se podían realizar cuantos actos se imaginaran. En este sentido, si bien la noche se dibujaba como un espacio prohibitivo, amenazador y hasta peligroso, se podía convertir, al mismo tiempo, en uno de libertad que permitía hacer a todos aquellos que no querían ser vistos.

60 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, op. cit., p. 646.

61 Ibid., p. 645.

VERBENAS, CARNAVALES, SEMANA SANTA, NAVIDAD, DÍA DE MUERTOS Y FIESTAS PATRIAS

Diversas fiestas oficiales y/o religiosas, convocaban a la gente para salir de noche, esta vez organizadas y alentadas por las autoridades correspondientes. Entre ellas estaban las verbenas, el carnaval, las celebraciones propias de la Semana Santa, la Navidad o el Día de Muertos, y la ceremonia del Grito.

La verbena llamada de *Las Luces* convocaba a la población a andar por las calles de día y de noche. Aparentemente se llamaban así porque estas fiestas se realizaban durante varios días en los que el alumbrado con faroles iba aumentando poco a poco en las puertas, ventanas y balcones de las casas e «iba notándose el incremento que adquiriría la compostura de las casas y las iluminaciones, hasta el día de las vísperas en que llegaban a todo su esplendor, siendo de notar particularmente las escenas de las noches o de las *luces*, como vulgarmente se llamaban a las verbenas»⁶². La celebración finalizaba con la quema de los toritos y los castillos de fuegos artificiales, y con el retiro de las personas que, desde los balcones, gozaban del espectáculo nocturno más allá de las 12 de la noche. Lamentablemente algunos no podrían observar el apoteótico final ya que, como se ha comentado, debían llegar a sus hogares antes de las 10 p. m. «por la intransigente disposición de las casas de vecindad»⁶³ que así lo exigía.

El carnaval ofrecía otras noches de desvelo durante el desfile de los enmascarados y, sobre todo, al final del mismo cuando se acostumbraba hacer un baile en el teatro. Y al llegar la Semana Santa, en la noche del jueves Santo, la gente salía a las calles, y «era un espectáculo ver los rayos que brotaban de los santuarios por las ventanas, naves, cúpulas. Las calles se hallaban «henchidas» de gente, que también rebosaban los templos cuyos

62 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 286.

63 *Ibid.*, p. 288.

monumentos o estatuas estaban alumbrados por millares de luces. Cuando salían se dirigían a cafés y neverías para continuar con la celebración. La gente se retiraría a sus casas, y sólo el populacho queda dando quehacer a la policía toda la noche»⁶⁴. La presencia en el cielo de la luna llena, tal y como siempre sucede en la Semana Santa, explica el que las calles hayan estado «henchidas» de gente. Al final, habría mucha luz para poder iluminar el camino, los paseos, las verbenas y las fiestas.

Por lo que respecta a ese ritual tan especial que celebran los mexicanos que es el Día de Muertos, éste obligaba al pueblo a visitar los cementerios de noche, o bien mantenerse atento hasta la media noche, hora en la que los difuntos irían a «degustar» los diferentes platillos que los familiares preparaban y depositaban en los altares y en las tumbas. Antes de dirigirse a la tradicional visita nocturna al panteón «la *plebe* se reúne en las plazas donde prenden luces y tocan diversos instrumentos de aire»⁶⁵, con lo que la celebración estaba completa.

De acuerdo con *El Siglo Diez y Nueve*, entre las clases altas las cosas no eran diferente. En este caso, «la concurrencia se formaliza, se oye crujir la seda y suenan los elegantes abanicos; es la última ostentación de lujo y de grandeza, es un cuadro distinto, etiqueta y murmullos, crónica escandalosa con sordina, oídos cubiertos con sonrisas, prostitución de otro modo, virtudes también de otra manera. A poco... nada... la gran verdad de que todo pasa en el mundo: en algunos barrios el gozo de la orgía grosera frente a las velas y la ofrenda que consagraron en medio de los rezos más devotos a sus muertos»⁶⁶.

El festejo de los muertos terminaba en excesos no recomendables. Guillermo Prieto da cuenta de estas salidas, y de cómo «en esos grandes cementerios no aristocráticos, en las tardes y al

64 Ibid., p. 377.

65 *El Siglo Diez y Nueve*, 7 de noviembre de 1849.

66 Ibid.

caer la noche, eran las orgías, los desórdenes, las riñas espantosas y el llanto; el requiebro, la blasfemia y la sangre trazaban cuadros que por fortuna no alcanzamos ahora que se dice que tocamos en el último grado de desmoralización. En las noches no cesaba el furor, no obstante el asoleo, las riñas, las harturas y el trajín sentimental de todo el día»⁶⁷.

Quizá por estos excesos, y no obstante ser una de las celebraciones más arraigadas entre los mexicanos, García Cubas consideró al Día de Muertos como una costumbre «supersticiosa y estúpida» que llevaba a la población a mantenerse despierta por las noches. A pesar de que le disgustaba la fecha, también refirió que los cementerios, de noche, parecían «un espléndido salón profusamente iluminado por millares de luces que reflejaban las lunas venecianas»⁶⁸.

En esta historia, destacan las noches de Navidad y de Fin de Año que implicaron desde luego salidas nocturnas. Iniciaban los festejos con las Posadas que daban a la población «nueve noches de holgorio, de música, de bailoteo»⁶⁹, que culminaban en la llamada Misa de Gallo el 24 de diciembre a las 12 de la noche. García Cubas recuerda que «la cena no podía servirse antes de las doce de la noche, hora en que terminaba el día de la abstinencia y seguía aquel en que ya se podía comer carne y pescado. Todo cuanto apetecieras, carísimo lector, te sería concedido de los dueños de la casa, menos promiscuar, razón por la cual causaba impaciencia la lenta marcha del reloj»⁷⁰. Y aunque en teoría las fiestas religiosas en México eran de gran devoción y respeto, según el autor —que parece ser un escritor bastante moralizante—,

67 «Muertos y panteones». Publicado en *El Siglo XIX*, 28 de octubre de 1878, pp. 1-4. El texto está tomado del tomo III de *Obras completas* de Guillermo Prieto *op. cit.*, p. 242.

68 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 392.

69 Carlos González Peña, *op. cit.*, p. 37.

70 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 300.

éstas se convertían en «noche de profanación y de desórdenes a que se entrega una parte del pueblo. De profanación, por su comportamiento poco digno durante la misa y desórdenes por los excesos a que se entrega durante toda la noche que anda corriendo el Gallo»⁷¹.

Para el mismo autor, en algunos casos estas celebraciones adquirirían un tono más culto, cuando se organizaban en las casas de los «intelectuales» de la época como Ignacio Manuel Altamirano o Guillermo Prieto. Entonces «convertíase la sala en templo del arte para la recitación de las composiciones en prosa y verso y para la ejecución de piezas de canto é instrumentales, y trasformábase el comedor, por el poder y gracia de Villasana, en una galería de caricaturas espirituales»⁷².

La fiesta cívica por excelencia era la ceremonia del Grito de la Independencia, la cual desde mediados de siglo XIX se empezó a celebrar de manera oficial en la noche del 15 de septiembre. En el Imperio de Maximiliano, se impuso la costumbre de dar el Grito, emulando aquél que pronunció Hidalgo en 1810. Durante los festejos, la gente acostumbraba recorrer la ciudad de noche haciendo su propia celebración. Hacia 1886, cuando el ritual ya estaba más o menos establecido y fijado, se decretó que «a las once de la noche, el Presidente de la República, empuñando el Pabellón Nacional, vitoreará la Independencia de la Patria» en el Zócalo de la capital, mientras que en la 6ª demarcación de la capital, «el día 15 un vítor recorrerá las calles desde las 11 de la noche. El 16 estarán profusamente iluminadas las calles, en las que tocarán diversos músicos, teniendo lugar a hora oportuna, tres bailes públicos...»⁷³.

Como se puede apreciar, las salidas nocturnas –ya fuera a caminar por el Paseo de las Cadenas, al teatro, a los bailes, a las

71 *Ibíd.*

72 *Ibíd.*, p. 527.

73 *El partido liberal*, 15 de septiembre de 1886.

tertulias, a los antros o por las fiestas religiosas y patrias— ayudaron a romper con la costumbre de recogerse en los hogares a las 10 p. m. para dormir o descansar. Desde luego que no todos salieron de noche, y hubo fiestas que fueron más populares que otras, con la consecuente participación de más o menos personas, pero existieron diversas opciones de salidas nocturnas, algunas de ellas muy frecuentes como las funciones en los teatros, las jugadas y los bailes.

Con ello, la idea de una vida nocturna relegada a la intimidad de los espacios privados se diluye ante las evidencias de que las personas salían a los ámbitos públicos —permitidos o clandestinos. Ciertamente que las condiciones económicas fueron un diferenciador para asistir o no a los diversos eventos, pero éstos abrieron también la posibilidad de más oportunidades laborales, lo que se tradujo asimismo en más actividades nocturnas.

Ahora bien, no obstante las muestras de vida, ocupaciones y expresiones nocturnas en la capital, en 1853 Francisco Zarco celebraba el que los mexicanos ya no salieran de noche tal y como lo habían hecho en el pasado. Consideraba que ello era un buen augurio, pues implicaba que la gente mostraba signos de civilidad dado que no continuaban «perdiéndose» a deshoras en diversas actividades que no iban acordes con los adelantos que el siglo y la civilización exigían⁷⁴.

Tres décadas más tarde, en 1883, Manuel Gutiérrez Nájera se quejó de nuevo de la ausencia de actividades nocturnas pero, a diferencia de lo que pensaba Zarco, él consideraba esta falta como prueba de que México era un país atrasado. Para él, los mexicanos eran aburridos por no hacer nada en las noches, y se quejaba de que sólo los extranjeros tenían la costumbre de organizar y asistir a las mencionadas tertulias, donde:

74 Francisco Zarco, «México de noche», *op. cit.*, p. 159.

la única sociedad que se divierte es la sociedad internacional, en la que predomina, por fuerza, el elemento americano [...] La sociedad mexicana permanece retraída y no abre sus salones más que cada cuatro o cinco años. Exceptuando al Sr. Zamacona, en cuya casa se reúne *tout le monde diplomatique*, y al Sr. D. José T. De Cuéllar, que da semanariamente muy buen té en sus modestas y agradabilísimas tertulias, ningún otro mexicano se resigna a encender las velas de los candelabros y a poner en movimiento las teclas del piano⁷⁵.

Frente a un buen número de testimonios, crónicas, noticias y registros de actividad nocturna, Zarco y Gutiérrez Nájera, reportan lo opuesto. Queda esta información contradictoria como una evidencia de que la noche guarda aún muchos misterios.

75 «Las noches de tedio» en *Manuel Gutiérrez op. cit.*, p. 132.

Los miedos nocturnos

¿Quién era el osado que, por más valiente que fuera, se atreviese a salir por la calle pasando las diez de la noche? Sonaba la queda en Catedral y todos los habitantes de México echaban cerrojos, fallebas, colanillas, ponían trancas y otras seguras defensas a sus puertas y ventanas. Se encerraban a piedra y lodo. No se atrevían a asomar ni medio ojo siquiera. Hasta los viejos soldados conquistadores, que demostraron bien su valor en la guerra, no trasponían el umbral de su morada al llegar esa hora temible. Amedrentada y poseída del miedo estaba toda la gente; él les había arrebatado el ánimo; era como si trajesen un clavo atravesado en el alma.

ARTEMIO DEL VALLE ARIZPE, *La Llorona*

Es cierto que la noche va de la mano de la oscuridad, y es este atributo –quizá– con el que generalmente se le asocia, también el que ha generado mayores temores hacia las horas que van del ocaso al alba por los peligros inherentes al no ver, a la desorientación que ello provoca o al no tener la certeza de la procedencia de los ruidos, olores o percepciones que parecen magnificarse en un mundo invisible. Además, algunas prácticas han sido asociadas irremediabilmente a ella como la brujería, los cultos diabólicos y los rituales proscritos exacerbando los temores de la gente.

En México, era común contar a los niños –y adultos– historias de miedo que les incrementaban dichos temores. Y aunque tal vez ellas tuvieran el propósito de ayudar a que las personas desplegaran todos sus sentidos en la oscuridad como una estrategia de supervivencia, lo cierto es que en el imaginario la noche

tuvo un halo mágico –de fantasía o fantasmal– que alcanzaba a casi toda la población. *El observador de la República Mexicana* afirmaba «Así hemos visto que en otras épocas [...] se daba mucha importancia a la existencia de duendes, brujas y maleficios, [y] en otras se temía a los vampiros y fantasmas...¹.

García Cubas recordaba que las tertulias terminaban con pláticas en las que las ancianas contaban consejos a los niños. En ellas se narraban

tradiciones terroríficas, como las de Don Juan Manuel, la Llorona, la Mulata de Córdoba, y el Coche de lumbre o bien, hechos criminosos, como los asesinatos de Dongo a fines del Siglo XVIII, o espeluznantes, como el Manto Verde de Venecia, o las patrañas que, por vía de ejemplo, se mantienen vivas, y en las que figura como actor principal, unas veces, el diablo con cola y cuernos, que cuando habla echa chispas por la boca, y otras, un muerto que anda por las azoteas, se asoma por las citarillas y amenaza a los vivientes con descolgarse, diciendo con voz cavernosa, «caigo o no caigo;» ora son brujas con sus ojos de lumbre, que se entregan a la danza infernal como preludio de sus fechorías y ora, en fin, nahuales, que chupan la sangre a los chicuelos².

Historias, todas, que alimentaban las pesadillas nocturnas de los niños, que seguramente no podrían pegar las pestañas imaginando que todas estas apariciones estarían presentes en su entorno.

Esta práctica no era desde luego exclusiva de México, sino compartida en otros escenarios. Así nos lo dejó ver Ekirch: «Although used as an occasional tool of discipline, storytelling

1 La nota terminaba diciendo que ahora se temían los crímenes políticos. Véase, *El observador de la República Mexicana*, 31 de octubre de 1827. Un año antes, *El Sol* se manifestó en el mismo sentido de considerar las apariciones como cosa del pasado: «ya causa fastidio el oírlo repetir, del borbonismo y centralismo, sin hacerse cargo que esos entes como las brujas volaron ya a los espacios imaginario». 12 de agosto de 1826.

2 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 192.

and bogeymen served an important educational function. At night, most of all, young children needed to be put on guard»³. Jean Delameau afirmaba, por su parte: «que los “peligros objetivos” de la noche hayan llevado a la humanidad, mediante acumulación en el curso de los tiempos, a poblarla de “peligros subjetivos” es más que probable»⁴.

Al margen de las tradiciones y leyendas que desde luego asustaban a los niños, aparecía de esta manera una visión utilitarista de incrementar los miedos y aprehensiones, en aras de mantener a las personas en alerta ante la presencia de los «peligros objetivos» que amenazaban con más furia por las noches. Así, las consejas y temores que se les inculcaban a los menores tenían en su esencia concientizarlos sobre la importancia de tenerle respeto a las horas nocturnas y a la oscuridad.

Según esto, el miedo sería entonces una construcción cultural transmitida por los adultos a los niños —«el coco», «el ropaviejero», los fantasmas y aparecidos, los vampiros y el hombre lobo; y, por supuesto, el Rey de las Tinieblas, Satanás—, con la finalidad de alertar a las personas ante los potenciales peligros que implicaba la noche.

Quizá por ello, para muchos niños el día terminaba cuando, ya en la oscuridad de la noche, rezaban el tradicional Angelito de mi guarda, al que pedían «no me desampares ni de noche ni de día».

La noche tuvo la doble significación de protección y desamparo. Joaquín Fernández de Lizardi se refirió de manera melancólica y romántica a ese espacio oscuro en su libro *Noches tristes y días alegres*. Y si bien desde el título adelantaba el espíritu lóbrego del momento, en el texto transmite de una manera precisa la dicotomía que acompañaba a la noche:

3 Roger Ekirch, *op. cit.*, p. 120.

4 Jean Delameau, *op. cit.*, p. 143.

¡Oh triste noche!, ven y cubre con tu oscuro manto los males y desdichas de los hombres. ¡Oh noche! Tus horas son sagradas. Cuando el sol oculta sus luces bajo nuestro horizonte, tú tachonas el cielo con las brillantes estrellas, que tan benignamente influyen el suave sueño de los mortales.

A favor de tus sombras silenciosas descansan de sus afanes y trabajos, y el inocente desgraciado halla en tus tinieblas espantosas un asilo seguro contra las desdichas que le persiguen por el día.

[...] Mas ya la triste noche, separándome del comercio de los hombres, hace desaparecer de mis ojos estos objetos de odio y abominación, y obligándome a retirar al albergue sagrado de mi casa, me presentará en su lugar los ídolos más dignos de mi amor⁵.

Tan sólo en estas frases, Fernández de Lizardi refiere una noche triste, si, pero que también cobija y es sagrada, permitiendo que las estrellas brillen. Sin embargo, resalta como un ámbito de tinieblas espantosas que da asilo a los inocentes, y que obliga al retiro en un espacio de amor.

Y si bien la noche es ambivalente para Lizardi, éste no tiene duda sobre su contraparte: «Qué bellos amanecen los días para los que reposan en la tranquilidad de sus conciencias! Después de las amargas noches que habéis pasado ... Ved cómo ... toda la naturaleza se alegra al esperar al padre de las luces [...] dejando atrás “los horrores de la espantosa noche”»⁶. Las amargas noches y los horrores de la espantosa noche, ofrecen esa percepción que se mantendrá en muchos escritores que atribuyen al mundo nocturno propiedades mágicas fantásticas y también fantasmales.

5 Véase, Joaquín Fernández de Lizardi, *op. cit.*, p. 10, 78. Más adelante, este autor escribirá: «Aún tarde mucho más de lo que quiero en venir la luz del día para alegrar el mundo; las tinieblas de la noche aumentan el horror y la tristeza de esta lúgubre escena» p. 54; y refuerza «La noche con sus tinieblas ennegrece la tierra; los horizontes se han cerrado y la tempestad se prepara muy aprisa.» p. 56.

6 *Ibid.*, p. 78.

Salta a la luz que las horas negras son un espacio que se caracteriza por provocar sensaciones y pensamientos contradictorios, y esa es una de las características que prevalecerá en las distintas descripciones y narraciones que se hacen sobre o se ubican en la noche, aunque lo cierto es que, por asociación, el aspecto lúgubre de la misma prevalece: «el cielo había decretado que aquel tibio rayo de luz que había alumbrado débilmente la oscura noche de mi dolor se convirtiese en la negra y espantosa tiniebla de la desesperación»⁷.

Las fuentes permiten identificar una continuidad en el sentimiento de temor que se generaba, básicamente, por las sombras que se extendían por todos lados. En algunos casos estos miedos se materializaron en historias «reales» de aparecidos que rondaban el espacio nocturno, muchas de las cuales tuvieron su origen en el pasado prehispánico o colonial.

Ejemplo de este legado lo podemos encontrar en el *Diario de México*, que en su edición del 19 de agosto de 1806, incluyó un editorial titulado *Agüeros y supersticiones*, en el que se describían diversas «manifestaciones» sobrenaturales. Sobre aquellas que sucedían en la noche, narraba que las brujas se habían chupado a un niño de pecho sin que la *chichihua* –nodriza– lo hubiera notado, y que esas brujas se presentaban en ocasiones a los humanos en forma de globo de fuego. También hace referencia a duendes que hacen travesuras y a «señales», como que si un perro aullaba toda la noche implicaba que alguien moriría o que si la flama de la vela se tornaba en azul, algo malo sucedería, etcétera.

Para el 9 de noviembre de 1809, este mismo diario abrió su edición con el poema *La noche* en el que se refería todavía peor a este ámbito en el que las aves nocturnas salían para horrorizar al mundo; en donde las horribles fieras esperaban el «luto de los montes» para saciar su hambre; en el que los salteadores

7 José Díaz Covarrubias, *op. cit.*, p. 60.

bandidos andaban por las tinieblas del camino para perjudicar a los hombres, y asocia la noche con la muerte y sólo distingue en ella «espectros, fantasmas y ficciones».

Aves nocturnas, que en el triste albergue
 aguardáis las tinieblas de la noche,
 para salir a horrorizar al mundo [...]
 Horribles fieras, que en las grutas ocultas,
 sólo esperáis el luto de los montes,
 para saciar en la inocente presa
 el carnívoro diente del primer choque.
 Salteadores bandidos, cuyos pasos
 llenos de sobresaltos y temores
 andan por las tinieblas del camino
 sólo en perjuicio de los hombres.
 Salid, que ya las sobras os convidan,
 para que ejecutéis vuestras traiciones [...]
 ¡Oh pavorosa noche! Cuánto agitas
 mi triste corazón, que en ti conoce
 la imagen de la muerte: ¡cuán al vivo
 miro en ti retratados sus horrores! [...]
 [mis ojos] no hay cosa que distingan
 sino espectros, fantasmas y ficciones [...]
 ¡Oh noche perezosa! ¿Quién pudiera
 hacer correr fugaces y veloces
 tus pausados minutos?

En la noche se unían pues diversas visiones de lo que podía suceder en su contexto. Por un lado, en efecto, era un espacio en el que se hacía necesario estar alerta ante los diversos peligros que de manera inherente tenía la oscuridad por la invisibilidad. Pero por otro, al exacerbar todos estos miedos, se intentaba controlar el que la gente saliera de su casa y se convirtiera ella misma en una amenaza pública si es que se dedicaba a alguna actividad ilícita. Por ello era mejor que se mantuvieran todos en su zona de seguridad.

La intención pudo haber sido que los temores inhibieran el deseo de la gente de exponerse a la oscuridad de la noche en áreas públicas o simplemente eran parte de la mitología y las creencias colectivas de la población. En todo caso, son muchas las noticias en los diarios que hablan de aparecidos, brujas y fantasmas durante todo el siglo XIX.

Como se ha mencionado, Francisco Zarco escribió sobre lo que era la vida nocturna hacia 1851 en *México de noche*. En su crónica hacía referencia al mundo real y mágico que acompañaba a las noches durante la colonia y celebraba que, como consecuencia de una mejoría en la educación del pueblo, se habían dejado atrás diversas prácticas a deshoras, así como ciertas supersticiones:

Ya no hay ladrones astutos como Garatuza, ni ensebados y endiablados como en tiempo de Revillagigedo, ni todas aquellas aventuras extrañas de la épocas del buen conde, ni velorios en que se baile delante del muerto, ni espantos, ni apariciones en las casas de vecindad, ni padres que dicen misa a medianoche, ni ahorcados que vagan por la ciudad. Ya aún la tradición se pierde en el vulgo mismo de la Llorona, del coche de lumbre y de otras mil curiosidades que se prestan al romance a la leyenda. ¿Ha mejorado la policía? No; pero ha mejorado el pueblo y ha disminuido la ignorancia. Las clases trabajadoras se acuestan temprano y duermen en paz. La quietud nocturna de nuestra capital, no me parece, como a algunos, síntoma de atraso⁸.

Al destacar la cultura popular, Zarco hablaba de paso de los personajes nocturnos que asustaban a los capitalinos en las noches: muertos, espantos, aparecidos, ahorcados y la Llorona que acompañarían a los trasnochados en sus correrías.

Si ocupar las noches en dormir fue interpretado por Zarco como una evolución del pueblo mexicano, debemos traducir esta

8 Francisco Zarco, «México de noche», *op. cit.*, p. 176.

afirmación en que posiblemente la gente se mantenía despierta a deshoras antes de 1852, seguramente haciendo cosas consideradas símbolo de atraso, como las mencionadas en la cita, pero familiares en un mundo perdido y lejano para nosotros. Algo sucedió para que Zarco apreciara un cambio en los comportamientos sociales nocturnos, y él lo atribuye a la disminución de la ignorancia, que permitió dejar atrás aquellas prácticas.

Reforzando esta idea de un tiempo ido, pero desde otra óptica y años después, Ángel de Campo lamentaba todo lo que se había perdido como consecuencia de la luz eléctrica, e incluso extrañaba lo que se dejó atrás con la industrialización:

¡Adiós escenas de folletín, adiós confabulaciones temibles! ¡Ya no más vericuetos medrosos! Las plazuelas “donde *la Llorona* se lavaba los pies a las once de la noche” se convirtieron en jardines. ¡*Au revoir*, azotaínas de mujeres jaladas de las trenzas! Prohibióse la venta de tónicos virilizadores en las cenadurías⁹.

Tanto Zarco como De Campo evocaban un mundo lejano en el que las leyendas eran parte de su realidad. De Campo aprovechó para referir otras actividades más terrenales, como las conspiraciones, las mujeres golpeadas o los tónicos virilizadores. Para el primero, la falta de acción nocturna era sinónimo de progreso, mientras que el segundo no lo ve así, y lamenta lo que se perdió al decir «¿qué puede hacerse que valga la pena a la luz de un foco?»¹⁰. Quizá porque eran esas apariciones y comportamientos los que le daban color a la vida nocturna.

Más allá de sus respectivas apreciaciones, ambos remiten a un pasado cercano en el que las noches tuvieron vida propia y la población las vivía de manera diferente. Algo pasaba entre el ocaso y el alba en la Ciudad: confabulaciones nocturnas, aparecidos, mujeres golpeadas, comercio prohibido.

9 Ángel de Campo, *La semana alegre*, op. cit., p. 267.

10 Ibid.

Guillermo Prieto, por su parte, hablará de los vicios reales que se desarrollan en la oscuridad. Para él:

Sin luz no hay higiene, ni moralidad pública, ni policía, ni seguridad posibles. La luz espanta al ladrón, modera al intemperante, refrena al vicioso e influye no sólo en el bien parecer, sino también en el desarrollo de las buenas costumbres. Una ciudad bien alumbrada es una ciudad no sólo más bella, no sólo más cómoda, sino más segura, más morigerada y más pulcra. Lo primero que hizo el Creador fue alumbrar el caos como único medio de organizarlo¹¹.

Así pues a la visión de brujas, fantasmas y demás aparecidos, había que agregar los miedos y vicios reales que se sumaban a los imaginados –la mugre, la inmoralidad, la inseguridad, los ladrones, los adictos, el caos–, dando pie a una urbe en la que la oscuridad conllevaba e implicaba, una especie de atraso en todas las áreas.

LA LLORONA Y OTROS APARECIDOS

En esta historia de aparecidos, la Llorona fue una de las leyendas más famosas, cuyo conocimiento data desde el México prehispánico, según dejó constancia fray Bernardino de Sahagún al referirse a una mujer que «de noche voceaba y bramaba en el aire»¹², y que se puede asociar con esta dama que se lamentaba en la oscuridad. Su mito se mantuvo vivo en el imaginario popular durante la Colonia, y su conocimiento –y creencia quizá– ha sobrevivido por siglos¹³.

11 *El Mundo Ilustrado*, 13 de febrero de 1898.

12 Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés, 1829, p. 4.

13 Si bien se supone que este personaje hace sus apariciones en la Ciudad de México, al parecer se hizo presente también en otros lugares. Así por ejemplo: «En el populacho de Córdoba se ha dado en decir que del Juzgado 3º

La Llorona se convierte en una de las habitantes más longevas y temidas de la noche capitalina, y sobre ella se ha hablado en novelas, cuentos y crónicas que explican su llanto en diversas maneras:

Con certidumbre y certeza aseguraban muchos que esa mujer había muerto lejos del esposo a quien amaba con fuerte amor, y que venía a verlo, llorando sin linaje de alivio [...]; varios afirmaban que no pudo lograr desposarse nunca con el buen caballero a quien quería [...]; muchos referían que era una desdichada viuda que se lamentaba así porque sus huérfanos estaban sumidos en lo más negro de la desgracia [...]; no pocos eran los que sostenían que era una pobre madre a quien le asesinaron todos los hijos [...]; no faltaba quien estuviese persuadido de que la tal *Llorona* no era otra sino la célebre doña Marina, la hermosa Malinche¹⁴.

Éstas y otras explicaciones se deban sobre ese extraño pregón que recorría la ciudad y que aterraba a quienes tenían la desgracia de escuchar un lamento en el que todos parecían escuchar un sentido «¡Ay mis hijos!»

Era tal el temor a encontrarse con este personaje, que «los hombres se hallaban cobardes y temerosos; a las mujeres les temblaban las carnes; no podían dar ni un solo paso; se desmayaban o cuando menos, se iban de las aguas. Los corazones se vestían de temor [...] a todos, al escuchar ese plañido, los dominaba el miedo; ponía les carne de gallina, les erizaba los cabellos y enfriaba los tuétanos en los huesos»¹⁵.

de Paz, sale todas las noches la Llorona, ese personaje fabuloso de que se habla en todo el país. Un periódico de aquella ciudad aconseja al Juez se apodere de la llave, porque no es conveniente que haya tales apariciones en el Palacio de Justicia». *La Patria*, 5 de junio de 1877.

14 Artemio del Valle Arizpe, «La Llorona», en *Ciudad fantasma. Relato fantástico de la Ciudad de México (XIX-XXI)*, Antología de Bernardo Esquinca y Vicente Quirarte, México, Almadía, 2013, p. 21.

15 *Ibid.*, p. 19.

Sí, la *Llorona* apanicaba a la sociedad capitalina durante las noches, y quizá por ello, para neutralizar el temor que causaba y que algunos identificaban con la ignorancia popular, *La Patria* publicó en su edición del 8 de marzo de 1879, la historia de esta mujer, ofreciendo una versión más humana de ella:

—Esta es la casa de la Llorona, nos dijo al llegar.

—¿Y por qué la llaman así, le preguntamos?

—Porque todas las noches viene a gemir en torno de ella la sombra de una mujer que desaparece sin saberse cómo ni dónde.

—Y usted la ha visto alguna vez?

—No lo permita Ntra. Sra. de Guadalupe; no señor, que verla trae desgracias, y al decir eso se fue sin darnos más noticias.

Una mujer que salió nos preguntó qué deseábamos

[...]

—¿Con que esta es la casa de la Llorona, le dije a nuestra casera cuando nos sentamos a la mesa.

—Qué llorona, ni qué niño muerto. Estas son antiguas consejas que ya se van olvidando. Hace ya muchos años que en este mismo recinto estaba edificada la casa de una desgraciada que lloró mucho en la vida para que todavía le quedaran lágrimas, después que la muerte secó sus párpados y enmudeció su garganta

Había un halo mágico que cubría y encubría la noche, y es en ese contexto en el que se suspiraba o no por las noches idas. La Llorona se convirtió en una de las imágenes o leyendas icónicas de la Ciudad de México, referente obligado para las fantasías nocturnas y presente en todos los relatos de aparecidos. Historia enigmática y seductora, por cuanto al deseo de escuchar el pregón o ver a la mujer enfundada en negro llamando a sus hijos muertos. Para muchos, sin embargo, era el sonido que provocaba el viento al cruzar por las diversas calles de la capital lo que se tradujo o interpretó como un grito lastimero que claramente decía «¡Ay mis hijos!»

La fantasía nocturna se hizo presente en la Ciudad más allá de la Llorona. Hacia 1880 el Duque Job se refirió a la oscuridad

citadina como un espacio en el que ella se manifestaba, pero siempre rodeada de misterio y amenaza para la población:

Las calles parecen enormes ataúdes sin tapa que esperan el cuerpo de un gigante. Los balcones son nichos cerrados que todavía no tienen epitafio. De ninguna ventana sale la luz que todo alegra, ni tampoco brotan los acordes melodiosos de la música. El transeúnte cree que va pasando por una de esas ciudades encantadas, en donde las princesas y las reinas penan, convertidas en flores, en aves, en peces, en muebles y en estatuas. Es la ciudad del sueño: todos duermen¹⁶.

Si bien como en el caso de Lizardi en *Noches tristes, días alegres*, la percepción de la noche es ambigua, no por ello deja de ser preferentemente un lugar donde abundan los peligros y los temores imaginados. El Padre Mier usaba la siguiente expresión para dar luz sobre lo que sucedía en esas horas: «Es como aquellas víboras de nuestra tierra, que entre las tinieblas de la noche entretienen a los niños de pecho con la punta de su cola, mientras ellas chupan y desecan el seno de sus madres»¹⁷. Y es que la oscuridad era una gran encubridora para que las fuerzas y los personajes «oscuros» hicieran de las suyas.

Federico Gamboa insistió en el lado tenebroso de las tinieblas, en donde la imaginación y superstición de la población echaba a volar sus temores. En la noche, escribió en *Santa*, se daba pie a que fluyeran «por donde quiera leyendas erráticas, historias de aparecidos y de almas en pena que salen a recorrer esos dominios en cuanto la luz se mete»¹⁸.

16 Manuel Gutiérrez Nájera, «Las noches de tedio», *op. cit.*, p. 126.

17 Servando Teresa de Mier, *Memoria Política Instructiva*, publicada en *El Fanal del Imperio*, 15 de mayo de 1822, p. 46. En este caso, se refiere Mier a que hay que tener cuidado de los españoles, pero también de los ingleses, que son como esas víboras.

18 Federico Gamboa, *op. cit.*, p. 43.

Pocos quisieran enfrentarse a este tipo de presencias en un contexto donde la oscuridad exacerbaba los temores y convertía cualquier ruido en la comprobación de que los fantasmas sí existían, lo que parecía suscribir el Duque Job, en su poema *Tristissima nox*:

Dios deja errar lo malo y lo deforme
en las sombras nocturnas: de su encierro
salen brujas y fieras y malvados

La presencia de estos personajes nocturnos generaban en la población temores y pesadillas nocturnas que alimentaban en el imaginario la «malignidad» de la noche. Rubén M. Campos personalizó en Claudio Oronoz, en su novela homónima, los miedos que la oscuridad le causaban: «lo despertaba en el pavor de la noche y lo hacía encender una luz, presa del pánico, para cerciorarse de que quien estaba a su lado era Clara Rionda, no el espectro de su vaga pesadilla siniestra»¹⁹.

Lo mismo le sucedió a los personajes de *El fistol del diablo*, novela en la que dormir no siempre fue sinónimo de descanso. A Arturo, por ejemplo: «pesadillas y sueños horribles lo hicieron estremecerse muchas veces»; mientras que Teresa contaba: «he vuelto a caer de nuevo en el sopor, para ver fantasmas, para delirar con visiones fúnebres; y esqueletos, y sombras, y horrorosos animales de una forma quimérica han rodeado la imagen de mi amante»²⁰. Y en *La clase media*, uno de los personajes afirma: «a mi imaginación calenturienta llegaba el recuerdo de aquella noche de insomnio, de deshonra y de crimen»²¹.

Desde luego que la noche no era sólo sinónimo de pesadillas. En esta visión dual que se tenía de la misma, durante el dormir aparecían igualmente los sueños como un espacio

19 Rubén M. Campos, *Claudio Oronoz*, México, J. Ballezá y Cia, 1906, p. 204.

20 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, *op. cit.*, pp. 144 y 327, respectivamente.

21 José Díaz Covarrubias, *op. cit.*, p. 59.

de relajamiento y liberación de la imaginación. Así lo contaba Payno al narrar que: «hasta las ocho y media o nueve de la noche, en que rezaban Magníficas, novenas y oraciones, y se acostaban, cenando antes sabrosos frijoles fritos, y bebiendo un vaso de espumoso pulque de la mejor pulquería de la ciudad. El licor las adormecía y conciliaban muy pronto el sueño, pensando en el Niño Cautivo, o en la aparición de la Virgen de Ocotlán, o, si era viernes, en la pasión de Jesucristo; eran unas cristianas perfectamente felices, y que casi tenían en el mundo una gloria anticipada»²². Covarrubias por su parte se refiere a «esas músicas que interrumpen a media noche nuestro sueño, sueño mentiroso de una felicidad que no existe»²³, reforzando la acepción del descanso nocturno que se asociaba también con sueños idílicos (y mentirosos).

Hubo historias fantásticas que se transmitieron por diversos medios: oral, noticias, publicaciones periódicas, literatura, oraciones, imágenes, etc., y en todas ellas, se hiperbolizaba la narración para generar un verdadero temor, como se ha señalado más arriba. Lo que queda por descubrir, es cómo se concibieron esos miedos nocturnos, para valorar si efectivamente pesaban más éstos sobre la población como para que no saliera de los lugares seguros, o son simplemente parte de la cultura popular sin ninguna consecuencia sobre la gente, que al fin y al cabo vivía su día a día y su noche a noche, como mejor le convenía.

Cada una de esas leyendas o historias de aparecidos merecerían también una investigación como una forma de tratar de develar qué es lo que había atrás de ellas y de qué manera reflejaban comportamientos, creencias o fantasías comunes de la población²⁴.

22 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, op. cit., p. 666.

23 José Díaz Covarrubias, op. cit., p. 105.

24 Al estilo de Robert Darnton y su gran matanza de gatos.

Como quiera que fuera, está visto que la asociación de la noche con los pensamientos negativos no era exclusiva de los niños pues muchos esperaban, como Claudio Oronoz, que éstos desaparecieran durante el día.

Finalmente, José Tomás de Cuéllar, retomará la significación de la noche en varias de sus representaciones, al escribir

La noche tiene un acento conocido de los criminales. El silencio es también un ojo cuya pupila penetra en nuestra alma al través de la oscuridad.

El patíbulo de la conciencia es la soledad. No hay reo que se le escape. Por eso dicen que la mansión de los espíritus es la noche.

Los poetas hacen preceder a esas visiones por el ángel del sueño. Este ángel sabe huir para dejarnos dialogar con otras visiones²⁵.

Los miedos nocturnos no sólo se sentían hacia elementos intangibles, también se experimentaban hacia los ladrones, asesinos o violadores que asaltaban los caminos, calles y casas, desafiando ellos mismos los peligros nocturnos en sus correrías. Y si acaso la cárcel esperaba a estos trasgresores, los temores se mantenían, como sucedió a Celeste que: «tenía miedo de las paredes de la prisión, de las presas y hasta de los insectos que volaban en el aire»²⁶. No sería para menos en un entorno en el que la oscuridad se convertía potencialmente en una estrategia de intimidación y poder, dado que aquellos que regulaban la luz de los recintos –en caso de que hubiera– la utilizaban a su favor como un elemento de control.

En su contraparte, un poco de luz tampoco ayudaba a eliminar los miedos y los temores, debido a que en un mundo de claroscuros las sombras podrían simular monstruos o fantasmas gigantes que se encontraban al acecho de la gente. «De pronto

25 José Tomás del Cuéllar, *El pecado del siglo*, México, San Luis Potosí, 1869, p. 511.

26 Manuel Payno, *El fístol del diablo*, op. cit., p. 218.

la puerta se abrió; la luz que el padre Quebradillo llevaba en la mano iluminó mi prisión, produciéndome el espanto que al condenado a muerte la del día del suplicio»²⁷.

Ángel de Campo ampliará esta experiencia nocturna alumbrada apenas con un poco de luz, cuando ésta se convirtió en alcahueta de la mente para dar paso a un mundo fantasioso e imaginario:

El farol, triste envase del alma sietemesina de una luz decrepita, solterona, agonizante en mar de tinieblas, ya resguardara el ala trémula de una flama de gas o la maltrecha margarita de un quemador de trementina municipal adulterada, alumbraba lo bastante para que el charco pareciera tierra firme y se pintaran en la casona vacía, la del dueño ignoto, la de arquitectura antiquísima, todos los «espantos» de capa y espada, de toca y hábito, de sombrero acanallado y manteo que, según las comadres del barrio, lanzaban suspiros detrás de la puerta herrada, se asían por dentro a los barrotes recios de la ventana pidiendo absolución, o echaban medio cuerpo afuera del balcón tosco y herrumbroso, para columbrar una alma cristiana y compasiva que salvara con un «sudario» a otra alma en pena²⁸.

Evidentemente pocos se atreverían a cruzar por el frente de aquella casona en la que todo podría pasar en ese mundo mágico al que la oscuridad de la noche daría lugar. Ya se ha mencionado más arriba la leyenda de la Calle de Don Juan Manuel, de donde provenía la frase: «dichoso aquel que sabe la hora de su muerte».

Este ambiente fantasmagórico fue también el espacio idóneo para que los muertos aparecieran y el momento ideal para hacer contacto con ellos, si acaso fuera posible. Por eso, las reuniones con quienes se habían ido al más allá debían realizarse en la atmósfera que ofrecía la oscuridad, porque era ahí donde los

27 Emilio Rabasa, *La Gran ciencia*, México, Editorial Porrúa, 1988. Colección de escritores mexicanos 50. Primera edición 1887, p. 352.

28 Ángel de campo, *La semana alegre*, op. cit., p. 266.

espíritus, aparecidos y ánimas harían contacto con los vivos. De esto dejó constancia Guillermo Prieto, quien refirió un recuerdo de su juventud, en el que un conde que cayó en desgracia se dedicaba a organizar reuniones para entrar en contacto con los muertos. Así, refiere el autor: «una noche fueron citadas por él varias personas de posibles, a presenciar una escena de sonambulismo y magnetismo y espiritismo, y no sé cuántas cosas más de las que entonces estaban muy en boga y traían trabucados algunos cientos de cerebros»²⁹. En esta reunión, obviamente hubo una aparecida que pudo interactuar con los invitados.

Finalmente, recordemos que en el Día de Muertos, los difuntos se hacían presentes y por ello sus deudos les dejaban su comida y bebida preferida en los altares y tumbas.

LO NEGRO DE LA NOCHE

La oscuridad será un factor muy importante a considerar en esta historia de miedos, pues la falta de luz es, en sí misma, una amenaza para la población que la asociaba con graves peligros: «Era una de aquellas noches en que la ausencia completa de la luna por una parte, y el gran cúmulo de nubes tempestuosas que interceptaban la débil luz de las estrellas por la otra, engendraban la más lóbrega y espantosa obscuridad»³⁰. Esa oscuridad despertaba las peores pesadillas para la gente que, como hemos dicho, imaginaba escenas terribles a partir de un ruido o una sensación desconocida. El crujir de una rama podría ser un animal salvaje, y el roce de alguna tela la presencia ineludible de fantasmas en el entorno.

29 Guillermo Prieto, *Por estas regiones...*, *op. cit.*, p. 254. El espiritismo se pondría de moda en el país a finales del siglo XIX, y este tipo de prácticas se harían incluso más frecuentes, encontrando quizá en Francisco I. Madero, uno de sus máximos exponentes.

30 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 560.

En ese contexto, la gente no confiaba en sus propios recursos que tendían a paralizar los miembros del cuerpo ante la incapacidad de anticipar el siguiente movimiento con cierta seguridad, por lo que, como señalaba García Cubas, era necesario confiar en la experiencia de otros, o incluso en el instinto animal de supervivencia para ser guiado. Es el caso de uno de sus personajes que se ve sorprendido por la noche camino a la ciudad. Ante la imposibilidad de ver algo, decidió soltar:

las riendas del caballo, que en tales ocasiones obra con más discreción que el hombre, y me entregué en los brazos de la suerte, mis peones caminaban a la ventura, sin abandonar por eso el cuidado de mi persona; aterrabanme a veces los pasos falsos del caballo y, sobre todo, el rodar de los guijarros, que por los sonidos que producían al chocar sucesivamente contra las rocas, me hacían presentir el inminente peligro en que me hallaba, caminando al borde de un precipicio³¹.

De noche todos los gatos son pardos, reza un dicho que parece ser más universal de lo que pensamos. Para los mexicanos decimonónicos, la oscuridad lograba ese mismo efecto sobre el entorno, unificando a todo aquello que se viera y se desconociera como una posible amenaza, real o imaginada, pero sobre todo imaginada. Incluso si lo que se veía eran personas en el camino, la presunción de que fueran delincuentes, prostitutas o aparecidos se posicionaba en el sentir de las almas nocturnas de una forma mucho más arraigada que si la misma situación sucedía a la luz del día.

A todos los miedos que hemos mencionado, y a los que se podrían agregar muchos más, habrá uno que se mantuvo vivo en el inconsciente colectivo de los mexicanos dada la influencia de las culturas mesoamericanas, y sería el temor a que algún día, el sol no volviera a salir, y el planeta se quedara sumido en la oscuridad, condenando con ello a la desaparición de la humanidad.

31 Ibid., p. 565.

Y en el clímax de estos miedos, la muerte –como un temor real– asediaba de manera irremediable a la población durante las noches, cuando efectivamente el manto de la oscuridad quitará su último suspiro a la vida. «La calma uniforme de la ciudad es aparente, y hay placeres y dolores que no se adormecen. Cesarán todos los contrastes, cuando los que ahora viven duerman el sueño en la tumba»³².

32 Francisco Zarco, «México de noche», *op. cit.*, p. 159.

Los espacios privados

Y las escenas más raras, y los contrastes más extraordinarios de la vida íntima, se verifican a un tiempo sin que las separe más que una pared. Aquí un agonizante; el muro lo divide de una escena de amor; y luego sigue una mesa de juego; y luego un hombre ebrio, que ronca, y su esposa que llora de dolor y de vergüenza; y más allá una cuna en que un niño sonríe dormido, y los autores de sus días lo contemplaban ufanos y mudos por no despertarlo; pero sus miradas dicen más que todas las palabras; y en el piso superior hay un joven que llora su aislamiento y su abandono; y en otra vivienda una joven siente estremecimientos nerviosos y pesadillas sin saber por qué, y pasa la noche en vela orando entre dientes; y se oyen las esquilas de los conventos, y las religiosas bajan al coro, y se oye la mística armonía de sus cantares.

FRANCISCO ZARCO, *México de noche*

Estudiar los espacios privados es una tarea difícil desde el punto de vista formal, pues las fuentes primarias «tradicionales» difícilmente penetran el entorno íntimo de la familia que es el hogar. Si conocer lo que sucedía en este ámbito durante el día es difícil, lo es aún más en la noche, cuando la oscuridad real se traduce también en una falta casi total de «luz» para conocer lo que ahí pasaba.

Y es que aunque encontremos ciertas referencias e indicios de lo que presumiblemente ocurría en el interior de las casas, todos ellos se dan de manera circunstancial, sin presentar de forma directa los ires y venires de un hogar. Este era el espacio

privado por excelencia, y lo que sucedía en su interior no siempre se quería decir o compartir; mucho menos lo que pasaba en las habitaciones, espacios francamente infranqueables que eran la apoteosis de la intimidad, y debían estar idealmente oscuros: «la noche había caído completamente inundando con sus sombras el aposento»¹.

Las buenas costumbres recomendaban que lo que acontecía en los cuartos se mantuviera reservado sólo para sus habitantes cotidianos, y hasta ahí, la secrecía sería lo deseable. El *Manual de Carreño* no pasó por alto hacer algunas indicaciones sobre el comportamiento «ideal» de las personas en las habitaciones. De acuerdo a lo que prescribía este libro de *urbanidad y buenas costumbres*, las personas no debían «entregarse al sueño» sin asear antes el alma –rezando– y el cuerpo. Afirmaba una serie de conductas que la moral y la decencia recomendaban, como siempre dormir con ropa así como «evitar levantarse en la noche a satisfacer necesidades corporales»².

La intimidad se debía respetar y como tal no era recomendable profanarla. Incluso en un ambiente supuestamente más relajado como el que se fue ganando con el paso del tiempo, las habitaciones se preservaron entre claroscuros para no perturbar su esencia. Así lo sentenciaba un editorial de *El Imparcial* del 22 de abril de 1910, cuando afirmaba: «sabemos que la antecámara y el comedor deben estar muy bien alumbrados. En cuanto al salón y las alcobas, sólo deben tener una luz discreta.» Muy discreta para que no se pudiera ver lo que ahí sucedía, incluso para sus habitantes.

1 José Díaz Covarrubias, *op. cit.*, p. 46.

2 Manuel Antonio Carreño, *Compendio del manual de urbanidad y buenas maneras*, Lima, Benito Gil Editor, 1875, p. 61. Este *Manual de Carreño*, como se le conoció comúnmente en México, circuló ampliamente durante el siglo XIX en el país, y guió en buena medida la conducta de su población.

Traspassar el umbral de las alcobas era casi prohibido por lo que éstas significaban para la intimidad de las personas. Pocos autores se atrevieron a sugerir o contar lo que ahí podría pasar, siendo Payno uno de los más aventurados en el tema cuando narró: «¿Quién os libertará del tormento que os cause el considerar que Teresa y el capitán, ya casados, se entregarán a su amor, y que en la noche se reunirán para acariciarse, para decirse que se quieren, y que la aurora los sorprenderá abrazados, tranquilos y felices...» o bien «Cuando apenas saboreaba el placer de tenerte en mi compañía y de besar tu frente todas las noches, te has separado de mi»³. Sería en estos espacios y escenas románticas donde, como la literatura sugiere, se tendría una tenue o nula iluminación como sinónimo de intimidad, costumbre que la ficción ha mantenido hasta nuestros días.

El hogar era el refugio para hacer y deshacer en un mundo en el que, como se ha dicho, los unos dependían de los otros para casi todo, y como tal, se observaban y vigilaban con o sin intención. Era un hecho que durante el día la gente compartía, intercambiaba y socializaba en los espacios públicos y era en la calle donde se ganaba la vida y se luchaba la batalla diaria de la supervivencia. El hogar era pues el abrigo que se buscaba para protección y resguardo; era el ámbito de privacidad, de libertad que muchos deseaban⁴. A decir de Ariès y Duby, «A lo largo del siglo XIX los burgueses [...] buscan en sus casas el *sweet home* que los haga sentirse seguros: “El espacio se reparte simbólicamente en interior/familia/seguridad y exterior/extrañeza/peligro”»⁵. Más extrañeza y peligro cuando este exterior estaba oscuro.

3 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, op. cit., pp. 99 y 156 respectivamente.

4 Para Philippe Ariès y Georges Duby, en el siglo XIX se suscita un proceso en el cual «el dominio privado por excelencia es la casa, fundamento material de la familia y pilar del orden social». *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1991, vol. 8, p. 10.

5 *Ibíd.*, p. 37.

Al terminar las faenas diarias, era en el hogar en donde las familias se reunían a convivir por algunas horas, en ese espacio que representaba la seguridad ante las muchas amenazas y temores, reales o imaginados, que la noche generaba. Y sería literalmente alrededor del hogar –del fuego– del hogar, donde las familias se congregaban a tratar los últimos asuntos del día y a tomar sus alimentos. Como afirma Schivelbush, el fuego se mantuvo desde siempre como el alma de las casas en términos reales y simbólicos⁶.

De hecho, según la Real Academia del Español, la palabra hogar proviene del latín *focaris* y éste de *focus*, fuego⁷. No será fortuito, tampoco, que de este latinazgo –*focus*– provenga el término foco, que de alguna manera sustituyó al fuego en su aplicación para el alumbrado⁸. Así hogar y foco provienen de la misma raíz desde el punto de vista etimológico y simbólico.

Dependiendo de su situación económica, el convivio se podía reducir a un momento en torno a una vela o la estufa, o ante una gran chimenea o candelabro de plata que, en conjunto, permitirían alargar la jornada sin temor a que la llama se apagara o la vela se consumiera⁹. Contrastan así dos escenas dibujadas por

6 «Although refined and civilized over the centuries in the form of stoves, oil lamps and candles, fire had always remained clearly and physically recognizable as not merely a product but also the soul of the house». Wolfgang Schivelbush: *op. cit.*, p. 28.

7 Diccionario de la Real Academia del Español. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?id=KYIGBW2>.

8 *Ibid.* Recuperado de: <http://dle.rae.es/?id=I8whSTb>.

9 Según Wolfgang Schivelbush, la utilización de los focos eléctricos en el interior de las casas, daría al traste con esta costumbre de las familias de reunirse en torno al fuego, pues la subdivisión de la luz dividiría de paso a sus miembros al no depender de un solo recurso que los convocaba: «By keeping their independent lights, people symbolically distanced themselves from a centralized supply. The traditional oil-lamp or candle in a living-room expressed both a reluctance to be connected to the gas mains and the need for a light that fed on some visible fuel», *op. cit.*, p. 162.

diferentes autores que reproducen esta atmósfera. Una: «cogiendo la caja de cerillas, se dispuso a encender la lámpara. [...] Macilenta luz iluminó la pieza. Los muebles se dibujaban con vaguedad en la penumbra. Sólo se distinguían los juguetes colocados simétricamente sobre la mesita en donde doña Pepa, después de atravesar la sala con paso tardo, fue a poner la lámpara»¹⁰.

Otra: «A la luz de las velas de esperma, sostenidas en candelabros de bronce, brillan los cubiertos de plata y las copas de cristal y se avivan los colores de los claveles y de las rosas de castilla que, en vistosos ramos, sostienen los hermosos floreros de porcelana»¹¹.

En cualquiera de los casos —en la pobreza o en la riqueza—, sería en esa intimidad del hogar en donde las mujeres se preparaban para las andanzas nocturnas apoyadas en una luz que hoy nos parecería tenue y trémula, y que apenas permitía «imaginar» el adorno personal:

—Coloca la vela y el espejo en el suelo.

—¿Para ver los botines? Ya entiendo.

—Más allá —dijo Concha levantándose la falda y procurando encontrar sus pies en el espejo que se movía en las manos de la criada¹².

Esa luz era suficiente también para que, de vez en vez, se recibieran en las casas visitas a las que, inevitablemente, una o varias velas servirían siempre de chaperonas. Si era el caso, el protocolo indicaba a las 11 p. m. como lo hora límite para retirarse y quizá para apagar la llama que había acompañado a los convidados. «Durante dos meses Argentón se presentaba invariablemente los jueves a las nueve de la noche en la casa de Florinda, y se retiraba

10 Carlos González Peña, *op. cit.*, p. 9.

11 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 186.

12 José Tomás de Cuéllar, *Ensalada de pollos*, México, Porrúa, 2010, p. 44.

a las once en punto. Cada vez más amable, más atento, más franco en su conversación, pero sin pasar esos límites»¹³.

Es cierto que en algunas casas se realizaban bailes y tertulias, pero entonces éstas dejaban de ser durante algunas horas el espacio privado por excelencia, para convertirse en uno público al abrir sus puertas a los invitados; ya se ha descrito lo que las fuentes indican que pasaba en esos momentos. No obstante, cuando la familia convivía sólo entre sí, era cuando se generaba este ámbito de intimidad y recogimiento que el hogar ofrecía, y es evidente que era ahí también donde se daba el uso a la noche con el que irremediablemente se le asocia, que es el dormir y descansar.

La luz de las velas o lámparas de aceite en las casas habitación fueron reflejo de la riqueza o no de las personas, tanto por esa brillantez, limpieza y blancura de la flama, como del recipiente en el que se colocaran: una botella, una piedra, un candelabro de plata, una palmatoria de barro o hierro, etc. En cualquiera de los casos, el contar o no con ellas significaba poder o no hacer en la oscuridad de la noche; si no había algo de luz, difícilmente se podría tener actividad en las horas que van del ocaso al alba en cualquier ámbito, y el hogar no sería la excepción. A menos, claro está, que no se quisiera ver...

Cuando su arquitectura así lo permitió y había más de un cuarto de los hogares, las velas se convertían en propiedad de esa persona que las encendía, las trasladaba, las apagaba; eran su posesión. Era prerrogativa de sus «dueños» el decidir qué hacer y a qué hora con la luz que prodigaban. Por momentos, podrían aparecer como apéndices del cuerpo por lo que significaba moverse con ellas para ir iluminando el propio andar y alumbrar los espacios oscuros.

13 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, op. cit., p. 272.

A este uso privado de las velas, debemos agregar su utilización en la tradición mexicana, para «honrar» a los santos, vírgenes y demás personajes religiosos. La flama se mantenía prendida en velas o veladoras las 24 horas en muchos de los hogares católicos, que eran prácticamente todos. Así, «había algunos arbotantes de hoja de lata, con unas velas que ardían en la noche, no sólo con el fin de alumbrar la estancia, sino también con el de tributar culto a los santos»¹⁴. La devoción llevaba a la población, al decir de Manuel Payno, a ofrecer la mejor «luz» para el culto, la que más brillaba y alumbraba, como es el caso de las «brujas» de *Los bandidos de Río Frío*, que «si la clientela era generosa y abundante, compraban velas de sebo para alumbrarse una o dos horas en la noche [y] velas de cera para la Virgen de Guadalupe»¹⁵. Recordemos que eran mejores las de cera que las de sebo.

Para reforzar que los hogares eran espacios seguros, los creyentes contaban con estos santos y vírgenes de su lado, y era por eso que les rendían culto a través del fuego que iluminaba las imágenes. Se completaba el ritual religioso nocturno con los rezos correspondientes, que alejaban también las amenazas posibles, como dos de los personajes de *El fistol del diablo*. Una, «que por la noche empleaba más de dos horas en rezar a todos los santos del cielo», y otra que, «cristiana y creyente como cualquiera, cumplía con oír su misa cada ocho días, procurando que fuera de padre dominico, que era más corta, y de noche persignaba todas las puertas para que Dios no permitiese que entraran los ladrones, y se acostaba, como dicen, en pelo, sin rezar la Magnífica, como generalmente acostumbran las señoras de esta tierra»¹⁶. Cada quien, a su manera, procuraba la seguridad del hogar con la ayuda de los santos o del mismísimo Dios.

14 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, op. cit., p. 623.

15 Manuel Payno, *Los bandidos de río frío*, op. cit., p. 14.

16 Manuel Payno, *El fistol del diablo*, op. cit., pp. 261 y 301 respectivamente.

En esta historia nocturna, y como se ha dicho, la importancia de la industria de las velas en el país, y de la logística para contar con los insumos y reservas suficientes para poder alumbrar los espacios, sería estratégica; como también lo será la de los fósforos o lucifers, imprescindibles para prenderlas.

Y si consideramos las habitaciones de los hoteles como una extensión de estos espacios privados, debemos referir la necesidad de garantizar la iluminación de los cuartos, para lo cual se entregaban a los huéspedes los insumos para contar con ella. De ello nos dejó testimonio Manuel Gutiérrez Nájera: «el hotel es bastante grande y los cuartos se pagan más caros que los del Gran Hotel de París. Cada pasajero tiene derecho a dos velas de estearina, puestas en candeleros de *plaqué*»¹⁷. Sutilezas éstas que la modernidad y la costumbre de usar electricidad borró de nuestras prácticas y, sobre todo, de la memoria colectiva y la historia, que no reparan en estos «detalles» fundamentales de un mundo preindustrializado.

De igual manera, es difícil cobrar conciencia de la contaminación que se generaba al interior de las casas y demás espacios cerrados durante la noche, si acaso contaban con recursos que se estuvieran quemando constantemente. Al igual que en otros lugares, en ellos se concentrarían los olores que desprendían los diferentes materiales y combustibles que se utilizaban o consumían por diversos medios de iluminación –cera, sebo, ocote, parafina, petróleo, aceite, resina– generando una atmósfera turbia y maloliente en su interior, pero familiar para quienes la habitaban.

LOS VELORIOS

Una costumbre más o menos extendida en la ciudad, era la de velar a los muertos en las que fueran sus casas en vida. Éstas se abrían entonces para que los deudos y sus amigos se

17 Manuel Gutiérrez Nájera, «Aventuras de Manón», *op. cit.*, p. 15.

reunieran para «cuidar» al difunto, recordarlo y darle el tiempo suficiente para confirmar que, efectivamente, había fallecido.

Así, los velorios se convirtieron en un híbrido entre el espacio privado y público, toda vez que durante los mismos, los hogares se convertían, según nos deja saber García Cubas, en lugares donde el baile, el juego y la embriaguez se daban.

De acuerdo con lo que este autor refiere, si el muerto era un niño se hacía una fiesta, se colocaban velas junto al cadáver y una «orquestilla compuesta de tocadores de arpa, vihuela y aun jaranitas, ejecuta sonecillos del país, menudeando el tradicional jarabe que, por parejas, todos bailan, no dándose más treguas que las necesarias para saborear los bizcochos y gorditas de cuajada y apurar algunos vasos de aguardiente»¹⁸.

El autor reprueba esta costumbre que considera heredada de España y que «tiende eficazmente a embrutecer a los que lo ejecutan». Los velorios de adultos no salían mejor librados en su juicio, ya que en ellos, a los muertos «se les rezaba, sin perjuicio de otros actos, tales como los juegos de prendas y los albures, de los que se aprovechaban los tunos de profesión; lanzábanse chascarrillos y acertijos que provocaban la risa y referíanse cuentos é historietas tremebundas llamadas ejemplos». Eso sí, afirma categórico García Cubas: «el velorio terminaba a las doce en punto de la noche, hora en que penan las almas»¹⁹.

La práctica de dar «cristiana» sepultura a los difuntos se realizaba siempre y cuando se hubiera pasado por el preámbulo del velorio, que debía simbólicamente terminar a las 12 de la noche, momento de dejar a las almas penar. Llama la atención que así lo afirme el autor, toda vez que esto significaría que los muertos no podrían descansar en paz. Más allá de este detalle, los velorios serán una costumbre que se extendía de manera natural hacia la noche.

18 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 391.

19 *Ibíd.*

Estos eventos permitieron también dar una nueva acepción a la asociación de la luz para la fiesta o la iluminación en general, para relacionarla esta vez con la muerte, el luto y la tristeza, aunque se ha visto que no siempre eran así estas celebraciones.

ESTUDIANTES

Estudiar implicó a su vez un ejercicio privado —o al menos individual en general—, que se realizaba prioritariamente dentro de las casas, en las bibliotecas y en los colegios. Quienes no podían hacerlo de día, tenían que realizarlo al finalizar éste, como Gabriel, que «las horas de la noche les empleaba en estudiar y en meditar»²⁰.

Para educarse en la oscuridad era absolutamente indispensable contar con algo de luz, en un binomio casi insoluble. Y al igual que en otras actividades, había una relación directa entre el nivel socioeconómico y la posibilidad de prolongar el estudio en las noches, toda vez que para hacerlo se requería, irremediablemente, de algún sistema de iluminación que no siempre existía. Hacia 1883 los estudiantes se quejaban de que en la Escuela Nacional Preparatoria no se podía estudiar: «por causa del gas [...] no permanece abierta hasta la hora de reglamento la Biblioteca de la ENP. Estando tan cerca los exámenes, los alumnos concurrentes al establecimiento se ven perjudicados por la falta de alumbrado»²¹.

En el Colegio de San Gregorio, las cosas fueron apenas un poco mejor: «la noche extendía su oscuro manto sobre el vetusto colegio, en el que algunos quinqués de aceite, fijos en las paredes, alumbraban escasamente los extensos corredores, en los que se rezaba el rosario y se estudiaba, para lo cual encendíanse algunas

20 José Díaz Covarrubias, *op. cit.*, p. 19.

21 *El Monitor Republicano*, 20 de septiembre de 1883.

velillas de sebo, que permitían a los estudiantes, distribuidos en diversos grupos, distinguir los caracteres de sus libros»²². A las 9 de la noche se marcaba la queda en ese Colegio, obligando a los alumnos a recluirse en sus dormitorios con apenas una escasa farola de luz.

Para algunos definitivamente sería casi imposible el estudiar fuera de las escuelas pues hasta una vela significaba un lujo que no podían afrontar. Así lo confesó Heriberto Frías, en su autobiografía: «todos los estudiantes de aquella casa, gracias a nuestra pobreza, éramos madrugadores con el objeto de aprovechar el sol, ya que no teníamos en las noches ni para petróleo, ni para velas, siquiera fuesen de sebo»²³. Y otros más sí que tendrían la posibilidad de hacerlo, debido a que esto les significaría incluso un ascenso social: «será dentro de poco abogado. Él me lo ha dicho. Estudia todas las noches hasta las tres o cuatro de la mañana»²⁴.

Pobres o ricos, todos aquellos que estudiaban durante las noches correrían el riesgo de chamuscarse la cara, los brazos o los ojos con la flama que ardía cerca de los libros. De ahí el dicho popular que reza: «se quemó las pestañas» estudiando.

Estas escenas se repetirían en la capital, así como aquellas que menciona Zarco en el epígrafe de este capítulo, en el que habla de la vida íntima en los espacios privados durante las noches. En ellos habría agonizantes y enamorados; jugadores y ebrios que avergonzaban a mujeres que lloraban silentes; niños de cuna admirados por sus orgullosos padres mientras dormían; jóvenes que sufrían en soledad y otras a las que los nervios y las pesadillas las invitaban a rezar; monjas que oraban o cantaban en sus respectivos conventos, pidiendo al creador que la luz brillara a su alrededor.

22 Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 417.

23 Heriberto Frías, *Los piratas del boulevard*, México, Andrés Botas y Miguel, s.a., p. 48.

24 Manuel Payno, *El pistol del diablo*, *op. cit.*, p. 263.

Hombres, mujeres, niños, jóvenes, adultos o viejos, cada uno tendría su propia dinámica nocturna, pero unos y otros no se enterarían de lo que se vivía más allá de sus cuartos, dado que una pared aislaba y protegía los hogares de las miradas intrusas, mientras que la noche corría su velo para darles la secrecía deseada.

LA NOCHE CREADORA

Finalmente, la noche y la atmósfera intimista que generaba la oscuridad dentro de los hogares se convirtió en la fecunda creadora de novelas, poemas o composiciones –quizá siempre con un espíritu melancólico– que permitió a más de uno dar vuelo a su imaginación.

Era una de esas melodías que sus autores han compuesto en una noche de fiebre, con la imaginación llena de luz y que parecen formadas de los sollozos de un corazón que desgarró el pesar del primer suspiro del primer amor, del acento de una mujer querida, de la última despedida de un moribundo, según resuenan en nuestro corazón, sin pasar por los oídos²⁵.

Las referencias en la literatura a las noches íntimas, privadas y solitarias en las cuales los protagonistas dan vuelo a su creatividad y a su romanticismo abundan. Se reproducen así escenas fáciles de imaginar, en las que hombres y mujeres –pero sobre todo hombres– se dejaron envolver por el misticismo nocturno para desatar su imaginación. «Era uno de esos wals que Straus compuso, en una noche de fiebre, viendo pasar ante su vista mil imágenes fantásticas impelidas por un torbellino o una tromba, u recordando los argumentos de las baladas de Schiller, en que corría el caballo... y corría la joven... y corría el diablo detrás de ella»²⁶.

25 José Díaz Covarrubias, *op. cit.*, p. 30.

26 *Ibid.*, p. 73.

La inspiración era lúgubre como la noche, y ésta se asociaba también con la muerte, la tristeza y la soledad. Algo de tenebroso recorría el ambiente nocturno privado cuando estimulaba la imaginación de sus habitantes, –poetas, músicos, literatos– y los convocaba a proyectar imágenes tristes, como ésta que Manuel Gutiérrez Nájera dejó en su poema ¡Si tu murieras!:

Anoche, mientras fijos tus ojos me miraban
y tus convulsas manos mis manos estrechaban,
tu tez palideció.
¿Qué hicieras –me dijiste– si en esta noche misma
tu luz se disipara, si se rompiera el prisma,
si me muriera yo?
¡Ah! deja las tristezas al nido abandonado,
las sombras a la noche, los dardos al soldado,
los cuervos al ciprés²⁷.

Así, en el caso de la vida privada la noche se entiende como un espacio para el recogimiento familiar y para compartir los últimos momentos del día cobijados por el hogar de la casa. Y en ese contexto, las alcobas se convierten en el ámbito de mayor intimidad, casi infranqueable para los testigos externos. La casa será el espacio que brinde seguridad y protección ante las amenazas de la vida exterior, y en el que se deben respetar con mayor cuidado los límites de lo permitido. Será el escenario perfecto para dar a la noche su uso esperado: dormir y descansar. En él se rendirá homenaje a las fuerzas sobrenaturales omnipresentes en la cultura nacional: a los santos y las vírgenes, a los recién fallecidos y a los muertos del pasado; paradójicamente, también servirá para iluminar el conocimiento de los estudiantes. Y la noche solitaria será la inspiración de los artistas que encontrarán en ella el pretexto para dejar volar su imaginación.

27 Manuel Gutiérrez Nájera, *Si tu murieras*, recuperado de: https://es.wikisource.org/wiki/%C2%A1Si_T%C3%BA_Murieras!

Habrá una asociación más de la noche, y es la que implica a los sueños y a la muerte –actos absolutamente privados, íntimos y solitarios–, que en muchas culturas incluso van de la mano. Esta relación la dejó perfectamente expuesta Francisco Zarco, cuando refirió:

Cesarán todos los contrastes, cuando los que ahora viven duerman el sueño de la tumba. All  sí son todos iguales: todo es podredumbre y gusanos; polvo y más; allá los fuegos fatuos que a veces se levantan de las fosas, parecen ser los recuerdos que del mundo arrojan los muertos lejos de s .  Lector!  Buenas noches!  Ojal  y seas de los que duermen sin inquietud, sin locas esperanzas, sin recuerdos de felicidad perdida, sin necias ambiciones y sin remordimientos!²⁸

28 Francisco Zarco, *México de noche*, op. cit., p. 176.

Conclusiones

Conquistar la noche parece haber sido, desde siempre, uno de los objetivos prioritarios de la humanidad. Conocerla, domarla y dominarla era necesario, pues de ello dependía en buena medida la supervivencia.

Dos condiciones acompañaron siempre a ésta que era considerada la «otra parte» del día: la oscuridad y la luz. La primera como parte intrínseca del ser nocturno, y la segunda por la necesidad de alumbrarla, ya fuera con la luz que prodigaba la luna o con el fuego que alimentaba los diversos sistemas de iluminación.

Esta historia compartida cobró diferentes matices en el tiempo y el espacio, dependiendo de dónde se encontraba la gente, ya fuera en el campo o en las ciudades, así como de su posición geográfica. Pero aun así, la noche tuvo su propia historicidad y su ritmo particular atado a la invisibilidad real, a las fases de la luna o a los sistemas de alumbrado utilizados para dar algo de luz a la oscuridad que la acompañaba. En este sentido, no hubo diferencia de vivir la noche en el siglo x o en el xix en México o en el mundo, pues las prácticas serían las mismas si a los recursos de iluminación nos atenemos.

Además de la luna, siempre sería el mismo elemento natural el que se utilizaría para iluminar, ya que así fueran antorchas, hachones, ocotes, velas o lámparas las que se «prendieran», fue el fuego el que les dio vida y con ello vida a la oscuridad.

Y así sucedió por los siglos de los siglos... hasta que la electricidad ofreció otro medio de alumbrar las noches a través de

los modernos focos que, aunque de manera literal significaban fuego, no requerían de él para brillar e iluminar el entorno. Otra historia se contaría a partir de ese momento, aunque en una línea del tiempo de la humanidad esto signifique apenas una rayita reciente en su devenir.

Las noches pasadas compartieron hasta el siglo XIX los rasgos mencionados, y otro: la capacidad de los hombres y mujeres de adaptarse a estas condiciones y hacer mucho más que dormir durante las horas que van del ocaso al alba.

Por supuesto que descansar sería el uso prioritario de las noches, pero las diversas voces que se han expresado en este texto, indican que la noche no fue sólo sueño, y que a pesar de que no se contara con buena luz o de que la oscuridad fuera franca, hubo vida en las noches decimonónicas de la Ciudad de México.

La hubo, sí, para quienes extendieron el día más allá del crepúsculo, aprovechando los recursos lumínicos existentes que para entonces serían los únicos conocidos y, por lo tanto, los mejores. Gracias a la luna o a la flama que iluminaba el andar, o bien al conocimiento del entorno para caminarlo a ciegas o a partir de la pura intuición y la alerta de los sentidos en un mundo invisible, la gente salía en las noches para trabajar, viajar o gozar.

Pasaban por alto las muchas consejas que advertían de los peligros nocturnos y desafiaban a las brujas, fantasmas y aparecidos que paseaban por las calles de la capital atemorizando a la población, pero no tanto como para impedir que la visitaran de noche. Burlaban los esfuerzos de las autoridades y de los serenos, que quizá estuvieran más entretenidos matando perros o cazando lechuzas, que persiguiendo a los malhechores, vagos, mendigos y rateros, o bien alcahueteando a las prostitutas para que pudieran trabajar sin molestias.

La noche era una prolongación del día para todos aquellos a los que ésta no representaba el fin de la jornada: para los médicos y parteras, para los sacerdotes y los enfermos, para los viajeros y los cocheros; para los recién nacidos y los recién casados, y para todos los que continuaban sus oficios en las horas negras.

Asimismo, la noche no interrumpía el ritmo del día para las diversas actividades que los hombres y las mujeres inventaron para aprovechar y apropiarse de ese tiempo, de ese espacio, que corría desde el toque de queda hasta los maitines o laudes. Para los que iban al teatro o a los bailes; para los que jugaban billar o a los albuces; para quienes se reunían en las tertulias y en las fiestas; para los trasnochados que visitaban las fondas, cafés, cantinas y antros; o para quienes daban el Grito y prolongaban la parranda hasta bien entrada la noche.

Los creyentes iluminaban también las tinieblas de la noche con las velas de su peregrinación en las verbenas y carnavales, o cuando celebraban con luces la Resurrección. También cuando pedían posada previo a las navidades y abarrotaban los templos con sus sirios refulgentes durante las misas de Gallo. Lo mismo harían los desvelados que velaban a sus difuntos o los alimentaban el Día de los Muertos.

La noche fue asimismo el refugio para quienes debían guardarse en sus hogares a descansar; para los pobres que no contaban con los recursos para prender siquiera una vela; para los religiosos que entraban en un espacio de recogimiento o en un trance místico favorecido por la oscuridad; para las modistas y costureras que trabajaban en sus casas; para los poetas que expresaban su amor; y para todos aquellos que dormían plácidamente y soñaban, quizá también en el amor.

Adentrarnos en el conocimiento de la noche nos permite intentar responder algunas preguntas que surgen al aventurarnos en ese espacio nocturno o descubrir a esos personajes que

mencionan las fuentes, pero que han desaparecido del espacio capitalino con la modernidad, y con ello su conocimiento.

Las lechuzas fueron seguramente los ladrones que actuaban de noche amparados por la oscuridad, y que emulando a estas aves rapaces, sólo aparecían en la negrura. Conclusión fácil de entresacar cuando se tiene un escenario más amplio del significado y sentido que se le pudo dar al uso del término lechuzas. En ese contexto actuaban también los quimeristas, dedicados a buscar pelea donde no la hubiera y a provocar el desorden, y por ello, visitantes asiduos de las cárceles capitalinas¹.

Zarco se refirió por su parte a las pateras y al castañero que «gritaban» para ofrecer sus productos cuando los faroles se encendían², mientras que *El monitor* mencionaba a la juilera en ese mismo contexto³. En una Ciudad rodeada por lagos, como era la de México, estos personajes tenían una justificada existencia. Pateras y juileras vendían patos y juiles⁴, respectivamente. Quizá lo hacían también de día, pero lo que sí podemos saber con toda seguridad, es que eran una presencia constante en las noches capitalinas, así como los ensebados que subían al palo ensebado, diversión popular vigente en algunos lugares del país.

1 *El águila mexicana*, 9 de julio de 1825. En la sección «Ocurrencias de la Noche»: «El guarda núm. 21 dice que a las 9 fue llamado al Puente del Cuervo para aquietar una riña que se había formado de la que resultó un hombre herido, y habiendo llegado la ronda núm. 27 tomó conocimiento y con auxilio de tropa remitió a los quimeristas al ante dicho destino».

2 Francisco Zarco, «México de noche», *op. cit.*, p. 172: «los faroles se encienden, el grito de la patera, del castañero y otros reemplazan los gritos de la tarde».

3 «Una patera, una juilera, un pescador, un diurno comprando enchiladas a una mujer», *El Monitor Republicano*, 30 de abril de 1871.

4 Los juiles eran unos pescados. De acuerdo con Wikipedia: «El juil ciego (*Rhamdia reddelli*) es una especie de pez en la familia de las Pimelodidae. Es endémica de México».

Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Rhamdia_reddelli.

Algunas frases cobraron significado por su propio contexto, como «esa noche todos estaban trompetos» asumiendo que estaban borrachos, tal y como lo sugiere José Tomás de Cuéllar en *La Noche Buena*: «de que dan champaña... ¡adiós! Las tres y las cuatro de la mañana!»⁵. Lo mismo sucede con el refrán «paciencia piojos que la noche es larga», que hace un llamado a ser paciente destacando las muchas horas por delante para realizar cualquier faena.

Pero algunas otras expresiones quedarán en suspenso y se podrán responder cuando los estudios sobre la noche avancen. Entonces comprenderemos a qué se refieren los dichos: «entraba a pasear la luna» o «se anochece sin blancas y se amaneca como principal».

Y si bien podemos suponer que la mención en las noticias de la noche sobre la aparición de hombres desnudos se refiere a que los asaltaban y dejaban literalmente «encueros», la expresión «tratar de quitar paño a una mujer»⁶ quedará también en duda pues lo mismo puede significar que le quitaron la ropa, que la trataron de violar o alguna otra cosa.

Estos son sólo algunas de las interrogantes que el estudio de la noche abre a la investigación, y seguramente poco a poco se irán develando conforme profundicemos en el conocimiento del quehacer nocturno capitalino decimonónico. De esa otra parte del día que, como hemos dicho, se nos olvidó que también existía, que también tuvo actividad y que diversos actores la habitaron dando vida a las noches.

Cada uno de estos personajes nocturnos tuvo una historia que contar, y su conocimiento ayudará a construir ese rompecabezas de la noche en México, del que ahora apenas colocamos el marco. Pero que conforme se avance en la investigación y cobre

5 José Tomás de Cuéllar, «La Noche Buena», en *La linterna mágica*, sel y pról. de Mauricio Magdaleno, México UNAM, 1941, p. 174.

6 *El Sol*, 17 de abril de 1828.

forma, permitirá observar la capital del país en el siglo XIX no sólo como un planisferio del que asoma la parte iluminada, sino como un globo terráqueo en el que la zona oscura va cobrando forma y delineando sus contornos para enriquecer nuestro saber del pasado reciente. De un pasado que tuvo día y que tuvo noche.

Fuentes

BIBLIOGRAFÍA

- AGOSTONI, Claudia, «Práctica médica en la Ciudad de México durante el porfiriato: entre la legalidad y la ilegalidad», en Laura Cházaro G. (editora), *Medicina, ciencia y sociedad en México, siglo XIX*, Zámora, El Colegio de Michoacán-Universidad Michoacana, 2002, pp. 163-184.
- *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, Calgary-México, University of Calgary Press, University of Colorado Press, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003 (*Latin American and Caribbean Series*).
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, *Clemencia*, México, Editorial Concepto, 1989.
- ARIÈS, Philippe y Georges DUBY, *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1991, vol. 8.
- ARIZPE, Rafael, *El alumbrado público en la Ciudad de México*, México, Tip. La Europea, 1900.
- BASALLA, George, *La evolución de la tecnología*, Tr. Jorge Vigil, México, CONACULTA, 1991.
- BOGARD, Paul, *The end of night. Searching for natural darkness in an age of artificial light*, Great Britain, Fourth Estate, 2013.
- BOWERS, Brian, *Lengthening the day. A history of technology*, USA, The Oxford University Press, 1998.
- BRISEÑO, Lillian, *Candil de la calle oscuridad de su casa. La iluminación en la ciudad de México durante el porfiriato*, México, Instituto Tecnológico

- Estudios de Monterrey, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Miguel Ángel Porrúa, 2008.
- «Sombras y nada más?», *BiCentenario*, número 31, de septiembre de 2016.
- BROX, Jane, *Brilliant: the evolution of artificial light*, New York, Houghton Mifflin Company, 2013.
- CABANTOUS, Alain, *Histoire de la Nuit*. XVE-XVIIIe siècle, París, Fayard, 2009.
- CAMPO, Ángel de, *La semana alegre, Tick-Tack*, intr. y recop. Miguel Ángel Castro, México, UNAM, 1991.
- *La Rumba*, México, Porrúa, 1969.
- CAMPOS, Rubén M., *Claudio Oronoz*, México, J. Balleascá y Cia, 1906.
- CARRANZA CASTELLANOS, Emilio, *Crónica del alumbrado de la Ciudad de México*, México, Computipo, 1991.
- CARREÑO, Manuel Antonio, *Compendio del manual de urbanidad y buenas maneras*, Lima, Benito Gil Editor, 1875.
- CASTRO, Casimiro, *México y sus alrededores: colección de monumentos, trajes y paisajes*. Ciudad de México, Establecimiento Litográfico de De-caen, 1855-1856.
- COMISIÓN FEDERAL DE ELECTRICIDAD. Recuperado de http://www.cfe.gob.mx/ConoceCFE/1_AcercadeCFE/CFE_y_la_electricidad_en_Mexico/Paginas/CFEylaelectricidadMexico.aspx.
- CUÉLLAR, José Tomás de, *El pecado del siglo*, México, San Luis Potosí, 1869.
- *Ensalada de pollos y Baile y cochino*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 2010 (*Escritores Mexicanos*, 39).
 - «La Noche Buena», en *La linterna mágica*, sel y pról. de Mauricio Magdaleno, México, UNAM, 1941.
- DARNTON, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- DELAMEAU, Jean, *El miedo en Occidente: (Siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*, México, Taurus, 1989.
- DELATTRE, Simoine, *Les douze heures noires. La nuit à Paris au XIXe siècle*, Paris, Albin Michel, 2000.

- DELGADO, Rafael, *La Calandria*, pról. Salvador Cruz, México, Porrúa, 1970.
- DÍAZ COVARRUBIAS, José, *La clase media*, México, Tipografía de Miguel Castro, 1850.
- Diccionario de la Real Academia del Español*, en <http://dle.rae.es>.
- EKIRCH, Roger, *At day's close. Night in times past*, New York, Norton & Company, 2006.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, Joaquín, *Noches tristes días alegres*, México, Porrúa, 1959.
- FIGUEROA, Leovigildo, *La prostitución y el delito de lenocinio en México*, México, Imprenta Farías, 1908.
- FRÍAS, Heriberto, *Los piratas del boulevard*, presentación Fernando Cu-riel, México, CONACULTA, 2009.
- GAMBOA, Federico, *Santa*, México, Porrúa, 1977.
- GARCÍA CUBAS, Antonio, *El libro de mis recuerdos*, México, Imprenta de Arturo García Cubas, Hermanos Sucesores, 1904.
- GINZBURG, Carlo, *Historia nocturna*, Barcelona, Muchnik Editores, 1986.
- GONZÁLEZ, María del Refugio, «Concepto de Autos Acordados que proporciona el *Diccionario Jurídico Mexicano* (1994), de la Suprema Corte de Justicia de la Nación», en *Enciclopedia Jurídica Online*. Recuperado de: <http://mexico.leyderecho.org/autos-acordados/>.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis, *México viejo*, Librería de Ch. Bouret, 1909.
- *La vida en México en 1810*, México, Librería de la Vda. De C. Bouret, 1911.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, *La chiquilla*, México, Porrúa, 1987.
- GORTARI, Hira de y Regina HERNÁNDEZ, comps., *Memoria y encuentros: la Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, México, Departamento del Distrito Federal, Instituto Mora, 1988.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel, «Aventuras de Manón. Recuerdos de ópera bufa», (1884), p. 15. Recuperado de: <http://www.lanovelacorta.com/1872-1922/pdf/aventurasdemanon.pdf>.
- *Manuel Gutiérrez Nájera*, sel y pról. de Rafael Pérez Gay, México, Cal y arena, 1996.

- *Si tu murieras*. Recuperado de: https://es.wikisource.org/wiki/%C2%A1Si_T%C3%BA_Murieras!
- HERNÁNDEZ FRANYUTI, Regina, «Un espacio entre la religión y la diversión: el Paseo de las Cadenas (1840-1860)», en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 90, 2007, pp. 101-117. Recuperado de: <http://www.analesiie.unam.mx/index.php/analesiie/article/view/2230/2188>.
- HUIZINGA, Johan, *El otoño de la edad media*, Madrid, Alianza, 1994.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA [INEGI], «Población de la Ciudad de México de 1790 a 1930. Cuadro 1.4.2», en *Estadísticas históricas de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Sociedades Público-Privadas, 1986, t. 1. Recuperado de: <http://www3.inegi.org.mx/sistemas/sisept/Default.aspx?t=mdemo148&s=est&c=29192>.
- KOSLOFSKY, Craig, *Evening's empire. A history of the night in early modern Europe*, United Kingdom, Cambridge University Press, 2011.
- LARA Y PARDO, Luis, *La prostitución en México*, París-México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1908.
- LAVALLE CARVAJAL, E., *La buena reglamentación de las prostitutas: es conveniente, útil y sin peligros*, México, Imprenta y Fototipia de la Secretaría de Fomento, 1911.
- LEAL, Juan Felipe y José WOLDENBERG, *La clase obrera en la historia de México, del estado liberal a los inicios de la dictadura porfirista*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1996.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, Roberto, «Los enredos del diablo: o de cómo los nahuales se hicieron brujos», *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. XXVIII, núm. 111, 2007, pp. 189-216.
- MELVILLE, Herman, *Moby Dick*, Almería, Ediciones Perdidas, 2010.
- OLAVARRÍA, ENRIQUE DE, *Reseña histórica del Teatro en México*, México, Imprenta, encuadernación y papelería «La Europea», 1895, t. 1.
- PAYNO, Manuel, *El fistol del diablo*, México, Porrúa, 1967.
 - *Los bandidos de río frío*, México, Porrúa, 2000 (*Sepan cuantos*, 3).
- PRIETO, Guillermo, *Obras Completas*, México, CONACULTA, 1993, t. III.
 - «El Museo Mexicano», en *Obras Completas*, México, CONACULTA, 1993, t. II, pp. 337-340.

- *Por estas regiones que no quiero describir Algunos cuadros de costumbres*, México, CONACULTA, 2013.
- QUIRARTE, VICENTE, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México, 1850-1992*, México, Cal y Arena, 2001.
- RABASA, Emilio, *La gran ciencia*, México, Editorial Porrúa, 1988 (*Escritores mexicanos*, 50).
- RIVA PALACIO, Vicente, *Monja y Casada, virgen y mártir*, edición y prólogo Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1974 (*Escritores mexicanos*, 18).
- RIVERA CARBÓ, Eulalia, «Alameda Central de la Ciudad de México. Cuatro siglos de remodelaciones» en *BiCentenario, el ayer y hoy de México*, México, Instituto Mora, núm. 20.
- ROUMAGNAC, Carlos, *La prostitución reglamentada. Sus inconvenientes, su inutilidad y sus peligros. Disertación leída ante la Sociedad Mexicana Sanitaria y Moral de Profilaxis de las Enfermedades Venéreas*, México, Tipografía Económica, 1909.
- SAHAGÚN, Fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés, 1829.
- SHCIVELBUSH, Wolfgang, *Disenchanted night. The industrialization of light in the Nineteenth Century*, USA, University of California Press, 1995.
- SCHMIDT, Peer, «“Siéndome preciso no perder minuto”. Tiempo y percepción del tiempo en México, 1810-1910,» en Alicia Mayer, coord., *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, t. 2, pp. 271-282.
- TORQUEMADA, fray Juan de, *Monarquía Indiana*, reproducción de la 2ª ed. Madrid, 1723, intr. Miguel León Portilla, México, Porrúa, 1969.
- VALLE ARIZPE, Artemio del, «La Llorona», en *Ciudad fantasma. Relato fantástico de la Ciudad de México (XIX-XXI)*, Antología de Bernardo Esquinca y Vicente Quirarte, México, Almadía, 2013.
- ZARCO, Francisco, «México de noche», en *Escritos Literarios*, sel. prol. y notas de René Avilés, México, Porrúa, 1980 (Sepan Cuantos, 90).

- «El crepúsculo en la ciudad», en *Escritos Literarios*, sel. prol. y notas de René Avilés, México, Porrúa, 1980 (Sepan Cuantos, 90).
- *La Ilustración Mexicana*, México, Ignacio Cumplido, 1851-1855, 5 tomos. Recuperado de: <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=umn.31951000746074h;view=1up;seq=174>.

HEMEROGRAFÍA

Boletín Republicano, 22 de febrero de 1868.

Diario de México.

- 10 de mayo de 1865.
- 16 de octubre de 1805.
- 3 de noviembre de 1805.

El águila mexicana.

- «Ocurrencias de la Noche», 9 de julio de 1825.
- 27 de octubre de 1825.

El correo del comercio, 5 de septiembre de 1873.

El diario del hogar, 5 de junio de 1890.

El fanal del Imperio mexicano, Teresa de Mier, Servando, «Memoria Político Instructiva», 15 de mayo de 1822.

El foro, 26 de mayo de 1880.

El imparcial, «Bien hecho», 27 de marzo de 1898.

El mexicano, «La luna», 21 de octubre de 1866.

El monitor republicano.

- 30 de abril de 1871.
- 1 enero de 1881.
- 16 de abril de 1882.
- 7 de julio de 1882.
- 20 de septiembre de 1883.
- 25 de septiembre de 1885.
- 29 de octubre de 1886.
- 21 de noviembre de 1886.
- 7 de agosto de 1888.

El mosquito mexicano.

- 17 de julio de 1835.
- 21 de agosto de 1835.
- 22 de julio de 1836.
- 17 de julio de 1835.
- 2 de septiembre de 1836.
- 2 de septiembre de 1836.
- 19 de mayo de 1837.

El mundo ilustrado, 13 de febrero de 1898.

El nacional entre 1890 y 1891.

El observador de la República Mexicana.

- 27 de junio de 1827.
- 31 de octubre de 1827.

El partido liberal, 15 de septiembre de 1886.

El popular, «Chamusquinas», 16 de mayo de 1898.

El siglo diez y nueve.

- 7 de noviembre de 1849.
- 20 de enero de 1850.
- 21 de enero de 1850.
- 17 de agosto de 1861.
- 25 de junio de 1873.
- 21 de enero de 1878.
- 28 de octubre de 1878.

El Sol.

- 8 de abril de 1824.
- 12 de agosto de 1826.
- 6 de marzo de 1828.
- 17 de abril de 1828.

El tiempo, 19 de septiembre de 1890.

El Universal, 9 de agosto de 1849.

La enseñanza objetiva, 10 de diciembre de 1887.

La Patria, 5 de junio de 1877.

La Libertad, 25 de febrero de 1883.

La Voz de México.

- 28 de septiembre de 1888.
- 10 de junio de 1890.
- 16 de septiembre de 1890.
- 4 de diciembre de 1897.



*La noche develada. La ciudad de
México en el siglo XIX* se terminó
de imprimir en Octubre de 2017.
En su composición se utilizaron
Berkeley, Calisto y Eurostile

Las páginas de este libro dan cuenta de las horas que van del crepúsculo al amanecer; de la noche con todas sus expresiones y actividades. Muestran a la Ciudad de México del siglo XIX envuelta entre el bullicio y el silencio; entre las horas alegres y las tenebrosas. Presentan las distintas actividades sociales emprendidas en las llamadas horas negras, más resplandecientes por la luz de los candelabros, quinqués y velas que alumbraban los salones, teatros y cafés para dar paso a los bailes, tertulias y espectáculos. Pero también hablan de aquellas actividades que asustaban a los paseantes y ponían a temblar a los viajeros, cuando los ladrones y pordioseros hacían de las suyas, no obstante la presencia de los serenos que estaban ahí para la salvaguarda de los transeúntes nocturnos. Descubren, así, que para muchos actores sociales la vida no fue solo sueño, y que la noche tiene una gran historia que contar.



Calidad en
Edición
Académica

Academic
Publishing
Quality



ef
CÁTEDRA
EULALIO FERRER